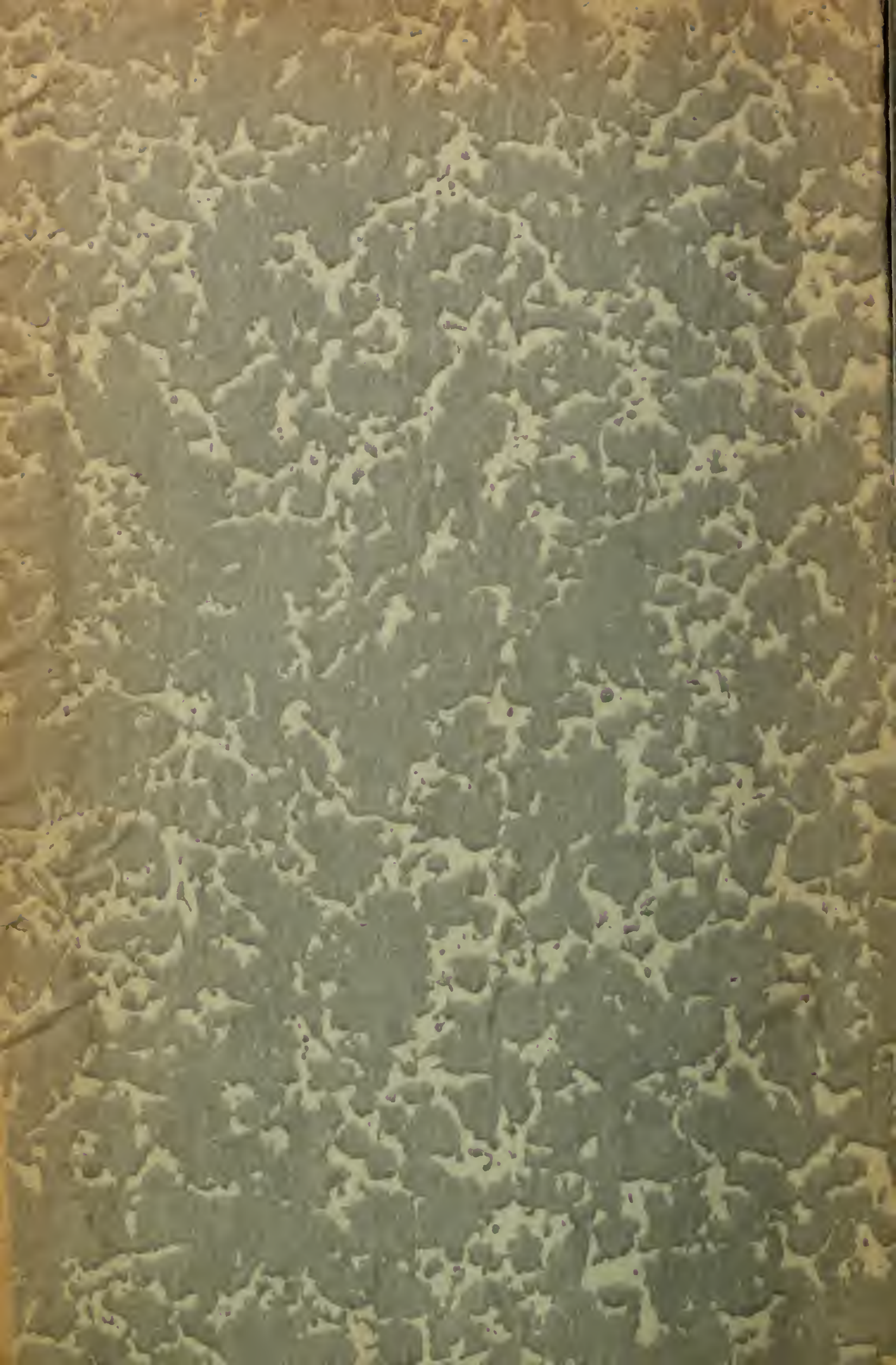
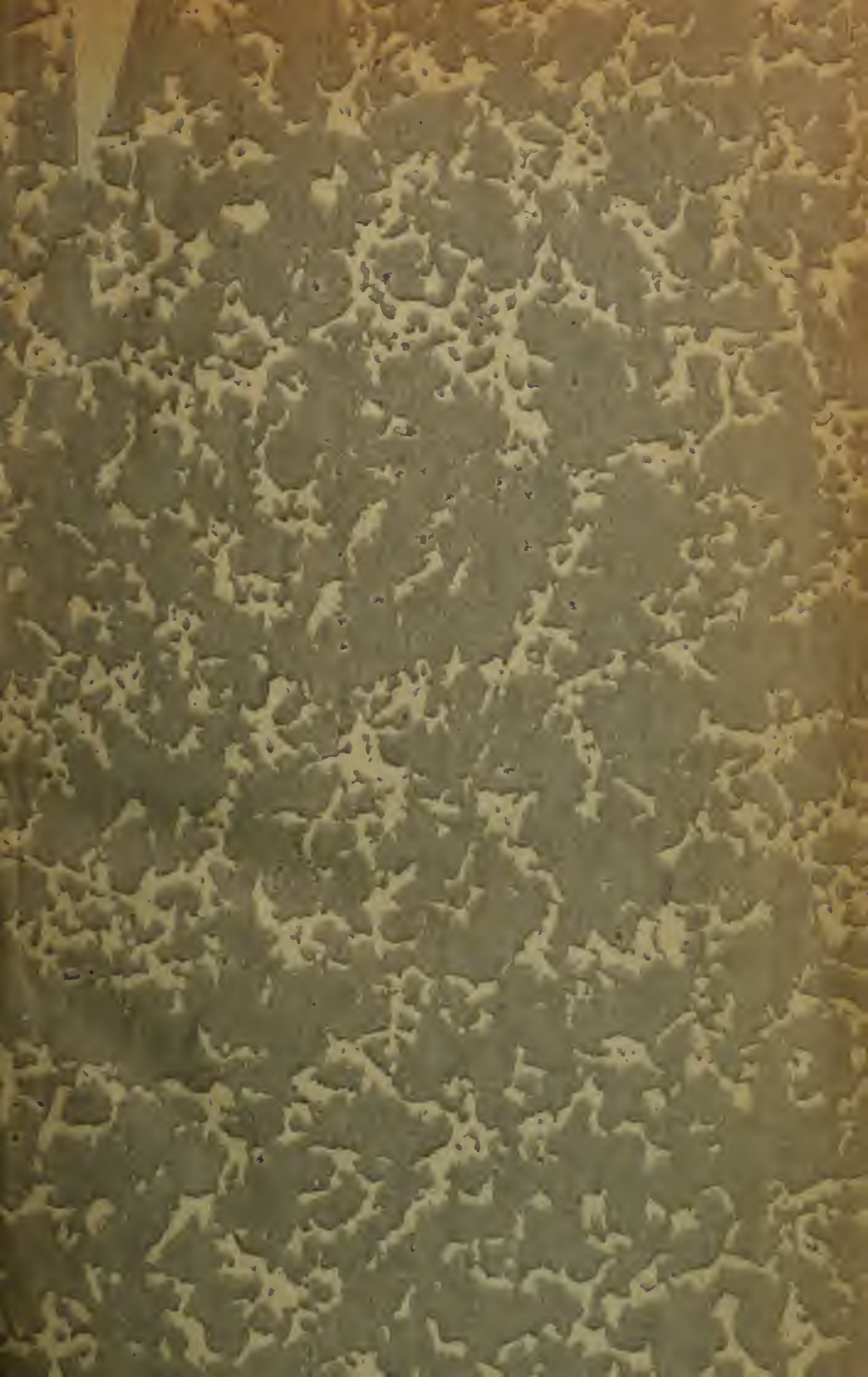

3 1761 07802984 0





EL PÍCARO OFICIO

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado. 30.-MADRID

JOAQUÍN BELDA

EL PÍCARO OFICIO

NOVELA

SEGUNDA EDICION



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¡Quién disparó? (2.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
¡Saldo de almas! (3.ª edición).
La Farándula (3.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (6.ª edición).
Una mancha de sangre (2.ª edición
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (2.ª edición).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (3.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición)
El Compadrito.

TRADUCCIONES

La Piara, directa al alemán con el título *Saubande.* Casa editorial Haas. Berlín, 1917.

A RAMÓN PÉREZ DE AYALA

UNO DE LOS POCOS A QUIENES LOS ESCRITORES DE SU MISMA EDAD PODEMOS LLAMAR MAESTRO SIN QUE AL LLAMÁRSELO NOS QUEDE NINGUNA RESERVA MENTAL.

EL AUTOR

... Tú HACES HOMBRES, *como se dice; yo hago literatura, artículos, libros. Si la gente no nos paga o no nos acepta, nos quedamos sin comer. Tú vendes placer a tu modo; yo al mío; los dos a costa de la vida. En muy pocos años serás una vieja asquerosa, si antes no te mueres podrida; yo me habré vuelto idiota, si antes no muero agotado.*

PÉREZ DE AYALA.

(*Troteras y danzaderas,* pág. 97.)

PRIMERA PARTE

I

Javier consultó el reloj..., es decir, echó mano al bolsillo del chaleco para consultarlo, pero suspendió la acción: ¡vaya una memoria! La noche antes lo había dejado en la casa de préstamos de la calle del Pez a cambio de catorce pesetas.

Volvió a atravesar la mampara de hierro que separaba el vestíbulo de la escalera, y se abrió paso a codazos entre la masa de compañeros que salía de las clases de las once. Subió hasta el primer descanso y miró el reloj que había a la entrada de los claustros.

—Las doce menos veinte. ¡Qué le hemos de hacer! Me fumaré *el Canónico*.

Como lo pensó lo hizo: salió a la calle, y escapándose de dos o tres grupos que tomaban el sol en la acera, corrió al café de la Universidad.

En una de las mesas del fondo le esperaban ya Calamocha, Paco Santero, Daniel y Felipe Alvarez y el señor de Pastrana; en el centro del tablero de mármol había un vaso de café

con leche y un plato con media tostada. Hoy el consumo lo hacía Daniel Alvarez, a quien le tocaba el turno: el gasto lo pagaban todos a escote, según costumbre diaria; total, diez céntimos por bolsillo y la propina, que la daba siempre el señor de Pastrana.

—Vamos, hombre, yo que tú tardo más.

—No es culpa mía: nos acaban de soltar ahora mismo.

—Pero, ¿es que has ido a *Político?*

—He ido.

—Y ¿ha pasado lista?—preguntó Santero.

—La ha pasado y te ha puesto dos faltas.

—¡Cómo dos! ¡No hay derecho! ¿Es que no habéis dicho que estaba enfermo?

—Lo hemos dicho, y por eso ha sido el ponerte dos en vez de una. Dice que como no es posible que de aquí a mañana te pongas bueno, mañana tampoco asistirás...

—¡Vaya un tío!

—Bueno, dejad ahora esas tonterías. Siéntate, Javier—ordenó Calamocha, que hacía de jefe de la banda.

—Ya estoy.

—Ahora danos la enhorabuena. Ya tenemos nombre para el periódico.

—¿Cuál?

—A ver si lo aciertas.

—Es difícil; pero... *¿La Voz de la Juventud?*

—Déjate de voces; ese es un título muy largo; no hay manera de pregonar eso. Hemos elegido un título breve, conciso, y al mismo

tiempo propio de un periódico que, como el nuestro, vendrá pegando.

—Entonces *La Goma* — interrumpió Felipe Alvarez, que desde que estaba encargado de la sección festiva del futuro diario mostraba un encarnizamiento peligroso en el chiste.

—¡Fuera! ¡Patoso! ¡Que te frían un huevo!

—Bueno, venga el nombre—cortó Javier.

—Pues, se va a llamar... agárrate... *El Trueno*.

—No me gusta.

—¡Serás idiota!

—No hay manera de que eso se le pegue al oído al público. Además, su pregón va a parecer una amenaza: *¡El Trueno! ¡El Trueno!*... Ya puestos en ese terreno, hubiera sido más bonito llamarle *El Relámpago*.

—¡Claro! O *El Granizo*—insinuó ¡quién había de ser! Felipe Alvarez.

—Ese punto ya no hay que discutirlo: el nombre lo hemos acordado por unanimidad. Vamos a otra cosa, en la que ya no vamos a estar tan acordes. ¿El periódico ha de salir por la mañana o por la noche?

—¡Pido la palabra!

—Y yo.

—Vamos despacio: hablaremos primero unos y luego otros. Es la única manera de entenderse. Habla tú primero, Paco.

Yo digo que un periódico de la mañana me parece una tontería; en primer lugar, la venta callejera, que es lo que a nosotros nos ha de sostener, no puede ser igual a las ocho de la

mañana que a las ocho de la noche; a aquella hora no suele haber por las calles más que cuatro clases de gentes: barrenderos, estudiantes, modistas y mozos tostando café; es decir, gente toda sin una peseta, y que, como es natural, no va a gastarse los pocos céntimos de que dispone en comprar nuestro periódico.

—Sí, pero, en cambio...

—¡Silencio! Luego hablarás tú.

—En cambio, por la noche... No necesito decirlo: la gente que va a los teatros, la que se retira a casa después de las ocho, que es la mitad de la población de Madrid, los tertulianos de los cafés, ¡qué sé yo! Además, por la noche tiene uno el cerebro más despejado, con más ganas de leer...

—Eso serás tú.

—Y la mayoría de las personas.

—Bueno, ¿tienes algo más que decir?

—¡Tantas cosas! Pero, en fin... que hable éste a ver.

—Yo lo que digo es una cosa muy sencilla: yo no leo nunca periódicos por la noche. En cambio, por las mañanas me doy cada atracón de prensa en las clases mientras explican el Código de Alarico o la Constitución belga..., y lo que me pasa a mí le pasa al noventa y nueve por ciento de las personas.

—Por lo menos al noventa y nueve por ciento de los matriculados en Historia del Derecho o en Derecho político.

—Pido la palabra—demandó enérgico Felipe Alvarez.

—Bueno, pero para hablar en serio; si no, más vale que te calles.

—Completamente en serio. Aquí, por lo que se ve, hay dos opiniones en eso de la hora de salida: unos quieren que salga por la mañana y otros por la noche. ¿No es eso?

—Continúa.

—Bueno, pues a mí se me ha ocurrido el medio infalible de que todos queden contentos. Vamos a hacer una edición de la mañana y otra de la noche.

—¡Gracioso!

—¡Idiota!

—Tu zumba es una estupidez, y debo decirte que, si empezamos todos por tomar a broma la cosa, no vamos a ir a ninguna parte. Eso de las dos ediciones, claro que ahora no; pero si las cosas marchan como yo espero, dentro de un año hablaremos.

—¡Un año! No eres tú nadie fijando fechas.

Por fin quedó acordado que el periódico saldría en las primeras horas de la noche; dos razones poderosísimas inclinaron el ánimo de la reunión en ese sentido: la primera que, saliendo por la noche, el periódico podría hacerse durante el día, sin tener que trabajar de madrugada, como hubiera habido que hacer para que saliese por la mañana; la segunda era una razón de competencia de empresa: había que hacerle *la cusque* al *Heraldo*, quitándole el mayor número posible de lectores.

Se discutía la cuestión de los corresponsales:

—Ayer tuve carta de Obregón—comunicó Calamocha—, que, como sabéis, está empleado en el Gobierno civil de Barcelona. Promete enviarnos una correspondencia diaria con las noticias más gordas de los periódicos de allí y con las que pueda coger hábilmente en el propio Gobierno.

—Y ¿cuánto habrá que darle por eso?—planteó el señor de Pastrana, que representaba el elemento ponderado de la reunión.

—Las gracias... y gracias. ¡No faltaba más! Obregón es como mi hermano; además, será accionista del periódico en cuanto envíe las veinticinco pesetas que tiene ofrecidas.

Javier se levantó para marcharse.

—Bueno, yo me voy.

—¿Dónde vas, hombre?

—Tengo que hacer. Desde luego me adhiero a todos los acuerdos que toméis. A la noche iréis por Candela, ¿no?

—Iremos.

—Pues hasta luego.

Salió a la calle y ganó de prisa la plaza de Santo Domingo. El día era de otoño, claro: como pintado para lo que él proyectaba.

No le entusiasmaba, no podía entusiasmarle la idea de fundar un periódico con treinta y seis duros de capital, y si entró en el ajo, fué por su gran amistad con Calamocha y por el afán de ver en letras de molde su firma al pie de uno de aquellos trabajos de reconstrucción del viejo Madrid en que él pretendía anublar la memoria de Mesonero Romanos.

Pero otra cosa no; su optimismo de veinte años no era tan fuerte como para creer que con ciento ochenta pesetas se pudiese fundar algo más que una comparsa de carnaval. Y no comprendía cómo Calamocha y los otros—a excepción de Felipe Alvarez—podían haber tomado en serio el asunto.

Pronto se olvidó de él. Mientras bajaba por la calle de Preciados iba haciendo cuentas; estábamos a veintidós del mes, es decir, faltaban por lo menos diez días para que su padre le enviara los treinta duros de todos los meses, y él disfrutaba en la actualidad una suma de dieciséis pesetas, cuyos sumandos eran las catorce que le habían dado la noche antes por el reloj y dos que le quedaban de la mensualidad corriente.

Un almuerzo en la Bombilla para dos—continuaba disertando para sí—, si había de ser algo decente, no podía costarle menos de diez pesetas con la propina. La vuelta había que hacerla en tranvía, pues cualquiera le hacía subir a pie a la muchacha la cuesta de San Vicente con lo débil que estaría después de lo que allí iba a pasar; total, sesenta céntimos del alma. Es decir, que le quedaba para el resto del mes una suma de cinco pesetas con cuarenta céntimos, y de ella tenía que salir el café, el tabaco, el afeitado y las orgías de los sábados por la noche.

Menos mal que Margarita la de Candela le fiaba como a parroquiano antiguo... En vista de ello se decidió.

—De hoy no pasa—iba diciendo casi en voz alta—; la chica está por mí; eso no hay más que abrir los ojos para verlo. La cuestión está en que pierda el miedo, y lo que es hoy lo pierde.

Al llegar a la Puerta del Sol fué a sacar el reloj para ponerlo con el de Gobernación. Nuevo chasco; la costumbre diaria le había hecho olvidarse del *episodio* del empeño.

Miró la esfera oficial y era la una menos cuarto. Muy bien; dentro de quince minutos, el cuerpo apetitoso de su morucha doblaría la esquina de la plaza de Santa Ana y calle de la Gorguera.

Tenía el tiempo justo y se metió por Espoz y Mina.

II

Tuvo que esperar su buena media hora: cuando el reloj de Canseco marcaba la una y diez vió pasar a la Patro y Rosita, con quienes su Maruja salía casi siempre del obrador. Le dijeron entre risotadas:

—Lo que es hoy va usted a estar de guardia lo suyo.

—¿Por qué?

—Ya lo verá: por muy pronto que acabe tiene lo menos para una hora.

—Pero ¿dónde se ha quedado?

—Ahí, en la Visitación, en el tupi de doña Bernarda.

—Pero ¿ha entrado?

—Ya lo creo; *la* dijimos si quería que la esperásemos y nos dijo que no, que iba a tardar. Nos ha encargado que se lo dijéramos a usted para que no se desespere.

Y se marcharon riendo por la calle del Gato; le conocían de verle a diario en el mismo sitio, en espera de Maruja. Unas veces ésta se separaba de ellas y se iba con él por la calle de la

Gorguera abajo; otras le dejaba plantado, sin contestar siquiera a su saludo:

—Hoy no puede ser. Es tarde, y me esperan en casa.

Javier no protestaba y parecía no darle mucha importancia a la cosa. Pero hoy la tardanza comenzaba a intrigarle; ¿qué tenía que hacer la chica en el tupi aquel? Antes de responderse a sí mismo la vió aparecer por la esquina de la calle del Príncipe; venía de prisa, con el velo muy echado sobre el rostro, y tan guapa como siempre. Salió a su encuentro:

—¿De dónde vienes?

—¡Ay! ¿Hace mucho que esperas?

—Un ratito; pero, ¿de dónde vienes?

—De ahí, del tupi ese de la Visitación. ¿No te lo ha dicho la Patro?... Mi madrina me mandó recado al obrador a media mañana, diciéndome que me esperaba a la salida; lo de siempre: que le diera dos reales, que llevaba tres días sin poner el puchero. ¡Te digo que estoy más harta!

Por la acera del jardín pasó un caballero bien vestido y entrado en años; se fijó en el grupo, y cuando hubo andado lo suficiente para que Javier quedase de espaldas, se volvió y saludó a Maruja con la mano. La chica le contestó con un casi imperceptible movimiento de los ojos.

—Bueno, ¿vamos?—le dijo Javier, echando a andar a su lado.

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde? ¡Ahora sales con esas!

¿Es que ya no te acuerdas de lo que hablamos ayer?

—Sí, pero...

—¡Ay qué gracia!... ¡A ver si vas a tener miedo a última hora!... Ya sabes que yo no me como a nadie.

—No, si no es miedo; es que...

Bajaban ya a la Puerta del Sol por Espoz y Mina.

—Déjate de tonterías; me parece que te tengo demostrado muchas veces que yo no soy peligroso. Acuérdate de la otra tarde, cuando nos perdimos por los bajos de la Huerta del Obispo; ¡si yo hubiera querido aprovecharme! Te quedaste como una paloma atontada. Y ya ves que nada pasó...

—Ya lo sé; pero es que lo que no pasa una vez pasa otra.

—No seas tonta; hoy, como siempre, no haremos más que lo que tú quieras: almorzaremos, tomaremos un rato el sol por la carretera, a la vista de todo el mundo, y, cuando tú dispongas, nos volvemos a Madrid, y tú te vas a tu casa y yo a la mía. Me parece que el programa lo aceptaría una novicia del Sagrado Corazón.

—Claro, dicho así...

—Anda, sube.

Estaban al pie de uno de los tranvías Bombilla-Hipódromo, que se disponía ya a dar la vuelta para seguir por Preciados. Maruja subió la primera y se acomodó contra una de las vidrieras en un diván de dos asientos; el estudiante ocupó el otro, y cuando el tranvía se

puso en marcha no se hubiera cambiado ninguno de los dos por el propio rey de Prusia.

Mientras hablaban de cosas indiferentes, ambos iban pensando lo mismo: «Hoy va a ser». En él era una decisión vehemente; en ella un presentimiento inexplicable. Evocó la fecha del día: 16 de Octubre. En el calendario de su vida quizá hubiese de marcar esa fecha con tinta roja.

Cuando el camarero del restaurante los vió entrar muy cogiditos del brazo se tragó al punto la partida; antes de que se lo pidieran ya les había instalado en el cuartito más apartado de la casa, que tenía un amplio ventanal a la huerta.

— Cubierto, ¿verdad? — preguntó mientras arreglaba los trastos de la mesa.

—Sí, eso es: dos cubiertos.

No pasó nada durante el almuerzo; no podía pasar tampoco, pues el camarero no cesaba de entrar y salir a cada plato. Ni siquiera se cruzó entre los dos muchachos un beso de aquellos que a lo mejor se cambiaban en plena calle a poco que la deficiencia del alumbrado lo permitiese. Estaban cohibidos, acobardados, como si les amenazase un grave peligro.

Sólo cuando el camarero, servido ya el café, cerró de un golpe la puerta que daba al pasillo, se atrevió Maruja a levantarse y, sin decir palabra, se acodó en el ventanal, mirando a lo lejos. Javier se colocó a su lado y le rodeó castamente la cintura con el brazo izquierdo.

Había en el campo una paz infinita; en la

orilla del Manzanares lavaban ropa unas mujeres; en los prados de la ribera opuesta pastaban unas vacas, y de la Casa de Campo salía de vez en cuando alguna detonación.

Hacía calor en aquella plenitud del sol otoñal que daba al paisaje un tono de ardiente melancolía. Se diría que el cuadro de aquella Naturaleza estaba pidiendo música: una música suave y callada de cualquier maestro, aunque fuese del maestro Luna.

Y la música saltó, pero no fué Luna, fué Chueca; un *chotis* que un organillo tocaba a lo lejos, pero que se podía bailar con un poco de oído y buena voluntad.

—¡Qué bien se marca esto, chiquilla!—suspiró Javier con las mejillas bermejas.

—Vamos a verlo.

En un dos por tres se quitó el velillo, lo arrojó sobre el diván que había en la estancia, y se agarró—porque fué ella, y no él—a su novio.

¡Y vaya si se marcaba bien! Una vez más la música sirvió de Galeoto, se apretaron los dos cuerpos hasta formar uno sólo y en esta forma recorrieron la estancia en varias vueltas de la danza. Al terminar una de ellas, el mozo se dejó caer sofocado en una silla.

—¡Hija, por Dios! ¡Que no soy de mármol!

Pero ella, por lo visto, había perdido la cabeza con la digestión; ya, en pleno cuarto de hora, le increpó violenta:

—¡Vamos, soso! ¿Es que vas a ser tú el que tenga miedo?

De un tirón le obligó a levantarse.

—Yo... ahora verás.

Se agarraron de nuevo, y no habían andado dos pasos, cuando cayeron—esta vez ambos—en el diván que parecía aguardarles hacía rato...

Al cabo de unos minutos, la chica lloraba con quejidos nerviosos sentada en el mismo altar de su sacrificio. El muchacho le rociaba la cara con agua de la botella y procuraba calmarla.

—¡Vamos nena! Si ya pasó. ¡Parece mentira!

—¡Qué sabes tú de eso! Los hombres no podréis nunca comprender...

Un nuevo sollozo le cortó la frase.

—Te advierto que has sido tú la que has tenido la culpa. ¿Por qué me sonsacaste?

—Eso no lo digas; hemos sido los dos.

....

Tardaron cuarenta minutos en andar los pocos pasos que separaban al merendero de la estación del tranvía. Maruja se detenía a cada paso, y se acurrucaba contra él, como protegiéndose de peligros imaginarios.

Anochecía: a medida que faltaba la luz diurna, la chica recobraba la serenidad, y su rostro tornaba a su natural color.

Descendieron a la puerta del cine de la Flor, y entraron para hacer tiempo hasta las seis. La película se las traía: «La deshonra de una hija». En ella se demostraba de un modo plástico cómo las muchachas que se van solas con los novios por esos mundos de Dios, acaban siempre en el hospital.

Maruja no se conmovió ante la alusión. Al contrario, al despedirse de Javier en lo alto de la calle de Carretas, le dijo con un apretón de manos, aludiendo a lo ocurrido aquella tarde:

—¡Ay, chiquillo! No puedes figurarte el favor que me has hecho.

III

Salió por fin a la calle el primer número de *El Trueno*.

La noche en que lo hizo, a eso de las ocho y media, caía sobre Madrid una mansa lluvia otoñal que llenaba de reflejos lustrosos el asfalto de la Puerta del Sol. Los dos vendedores que Calamocha había colocado estratégicamente en las esquinas de Alcalá y de Carretas, al pregonar el periódico, no se sabía si lanzaban al aire el nombre de un nuevo rotativo, o anunciaban el acontecimiento de la tormenta con fragores milenarios.

—*El Trueno. El Trueno*—. La verdad es que el nombrecito se las traía.

En el café de Candela de la calle de Alcalá —que era algo así como el cuartel general de toda la banda—esperaban aquella noche nuestros amigos el resultado de la venta callejera.

A las diez llegó Santero con una cara de funeral que alarmó a todos: nadie se atrevió a preguntarle. Se sentó con mucha calma y bebió un sorbo del café que había dejado a medio

consumir para salir de inspección. Se limpió pausadamente el bigote, y se dispuso a lanzar la bomba.

—¿Sabéis lo que va vendido del periódico a estas horas?

Un silencio mortal acogió sus palabras. Entonces él, como si sus labios no se atrevieran a pronunciar la tremenda cifra, abrió un dedo de la mano y lo dejó vibrando en el aire.

—¿Una mano?—demandó ansioso Daniel Alvarez.

—¡Un número!

—¡Qué horror!

Hubo una pausa angustiosa. Al fin Calamocha, abriendo paso al optimismo, exclamó:

—Bueno, hay que tener en cuenta la nochecita que nos hace, ¿eh? En una noche así, todo lo que no sea vender gomas para tener bien cerrado y sujeto el varillaje de los paraguas, es tirar el dinero a la calle.

Carmen, la hermosa camarera que coqueteaba con todos sin hacer caso a ninguno y que aquella noche sustituía en su turno a Margarita, a quien tocaba de descanso, se acercó con pretexto de limpiar la mesa.

—¿Qué? ¿Cómo va eso?

—Mal hija, muy mal—contestó Javier—; a este paso no sacamos ni para pagarte los cafés.

—Lo siento... —Y dirigiéndose al señor de Pastrana, que la contemplaba embobado desde un rincón, le dijo entre risas—: Entonces, de lo que hablamos esta tarde, ¿no hay nada?

Él la hizo señas de que callara, pero ya los

demás habían notado el juego, e intervinieron con gana de bronca.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¡Que lo diga!

El señor de Pastrana se removía en su asiento, contrariadísimo.

—Nada: bromas de ésta.

—¿Cómo bromas mías? ¿Ahora salimos con esas?... Si usted no lo dice lo digo yo.

Todos a coro:

—Eso, eso, que lo diga.

—Pues nada, que esta tarde, cuando ustedes se fueron al Ateneo, volvió en seguida el señor de Pastrana, se sentó solo en mi turno y empezó a decirme que dentro de poco iba a ser muy rico gracias al periódico, que iba a tener un éxito estupendo; que en cuanto tuviese dinero en abundancia pensaba poner casa, y, como no quería vivir solo, que si yo no tendría inconveniente en irme a vivir con él; que me tendría como a una reina, con coche a la puerta y todo lo que yo quisiera.

—Bravo, bravísimo...

—¡Estúpida!—murmuró el aludido.

—¡Anda! Y eso que no digo lo otro.

—Por mí puedes decir lo que quieras.

—¿Qué es lo otro? ¡Que lo diga!

—¿Lo digo?

—Tú sabrás...

—Venga, mujer; no te des tanto tono.

—Pues me ha dicho—al llegar aquí Carmen no pudo reprimir una carcajada—que me fijase despacio en el escaparate de Lacloche y eligiese con el pensamiento la alhaja que más me

gustase, sin reparar en lo que podría valer.

—¡Qué buen humor!

—Pero señor de Pastrana, ¿esas tenemos?

Como el café estaba medio vacío, pasada ya la hora de la aglomeración, acudieron las demás camareras y la juerga se generalizó a costa del infeliz.

Era un tipo interesante el tal Pastrana, con sus cuarenta años corridos, siempre rodeado de jóvenes de quienes hubiera podido ser padre, pretendiendo pasar por uno de ellos. Sus quince años de fracasos en la literatura le daban una grave autoridad entre los aspirantes a principiantes, a los cuales les apabullaba de continuo con la relación de sus escritos. Había colaborado en todos los periódicos de España y en la mayor parte de los de América, pero una sola vez en todos ellos, pues su estilo soporífero y de mazacote convidaba poco a la reincidencia. En *El Trueno* se le había asignado el papel de administrador, y, contando sin duda con los ingresos que tal plaza podía proporcionarle, se había permitido desarrollar ante los ojos de Carmen aquel porvenir de color de rosa. Porque pensar en otra cosa era absurdo; el señor de Pastrana vivía de un destino de cuatro mil reales en las oficinas del Instituto de San Isidro, y de los sablazos que daba a una tía suya, pensionista, más fea que el general Weyler, con quien, según malas lenguas estaba embrollado.

A las doce abandonó la tertulia el café; seguía lloviendo, y en el portal de la Central del

Mediodía aguantaba a pie firme la humedad un sujeto mitad golfo y mitad señorito, que llevava un hongo por cuyas canales caía el agua como en una presa. Era el novio de la Carmen, que esperaba la salida de ésta; el señor de Pastrana le miró con insolencia y escupió al suelo.

Con dos paraguas y un impermeable viejo que llevaba Santero, se defendieron del chubasco hasta la Puerta del Sol. El vendedor de la esquina de Alcalá había desertado ante el enemigo y ya no estaba en su puesto, pero preguntaron en el kiosco del *Heraldo* y se enteraron de que, fuera del número que vendió a primera noche—y que por las trazas debió ser una equivocación del comprador—, no se había estrenado.

Dieron la vuelta hasta llegar a la esquina de Carretas; firme en su puesto como un héroe de Numancia, el golfillo colocado allí por Calamocha continuaba gritando, con las piernas entumecidas por la humedad:

—*El Trueno*. El primer número de *El Trueno*.

—¡Y el último!—pensó, sin decirlo, Felipe Alvarez.

—*Vox clamantis in deserto*—dijo Calamocha, y abordó decidido al vendedor.

—Hasta ahora—dijo éste—ni una linda perra. Veremos a ver si ahora, a la salida de los teatros, cae alguno.

Por lo visto era un optimista el muchacho, a prueba de desengaños.

En aquel momento arreció la lluvia, y el

grupo empezó a disolverse en busca cada cual de su olivo. Vieron venir un hombre por el centro de la plaza, con el cuello de la americana subido, sin paraguas, y corriendo con todo el vigor de sus piernas. Desde lejos empezó a sisear al muchacho, que no había cesado en su pregón:

— *El Trueno*. El primer número de *El Trueno*.

—A ver, dame uno—dijo llegando junto a él y alargándole una perra.

Calamocha y los suyos quedaron mudos de asombro y ebrios de satisfacción.

—Debe ser una persona de gusto—dijo Felipe Alvarez, aludiendo al comprador.

—Algún intelectual que sabe lo que compra —agregó el señor de Pastrana con su habitual suficiencia.

—¿Veis cómo no debe nunca perderse la esperanza?—agregó radiante Calamocha.

Pero el comprador había tomado ya su partido; desdobló el periódico en medio de la lluvia horrorosa, que ahora apretaba más que nunca, y lo extendió paternalmente sobre su sombrero a guisa de paraguas; después metió las manos en los bolsillos de la americana, y echó a correr, calle de Carretas arriba, como quien huye de la suegra.

—¡Habrá tío!—exclamó Calamocha ardiendo en furia.

El primer impulso de casi todos fué correr detrás del tío para pedirle una explicación; Felipe Alvarez los contuvo con un gesto de prudencia:

—Pensad que si la mitad de los habitantes de Madrid hubieran hecho lo que acaba de hacer ese señor, a estas horas hubiéramos vendido trescientos mil ejemplares de *El Trueno*.

¡Era verdad! La realidad se les imponía de un golpe. Ateniéndose a ella, todos convirtieron la vista al muchacho, que, impertérrito en su esquina, seguía gritando:

—*El Trueno*. El primer número de *El Trueno*.

El éxito que acababa de obtener daba fuerza nueva a su garganta; por lo visto, había quien le escuchaba; su voz no caía en el vacío.

Santero tuvo un rasgo de prócer.

—¿Y si le convidamos? Se lo merece: es un valiente.

Pensado y hecho; poco menos que en volandas atravesaron con el chico la Puerta del Sol, subieron por el Carmen y torcieron a Mesonero Romanos; al final, pasado ya Jacometrezo, y muy cerca de la calle del Desengaño, había un tupi al cual Javier y los suyos le llamaban el Candela chico. Estaba servido por mujeres, pero ¡qué mujeres!

Tomando copas de cazalla les dieron en él a nuestros amigos las dos de la mañana.

El golfillo vendedor, en su borrachera, no cesaba de gritar con vocecilla ronca:

—*El Trueno*. El primer número de *El Trueno*.

IV

Desde que ocurrió *aquello* en el merendero de la Bombilla, Maruja y Javier se veían a diario dos veces en el sitio de costumbre. Ahora ella llegaba sola, adelantándose a las compañeras, y él tenía que fumarse todos los días la clase de Derecho canónico, que empezaba a las doce y acababa a la una y media.

Al día siguiente de aquello, llegó Maruja muy azorada:

—¡Chico, qué vergüenza! Me lo han notado.

—¿Qué dices?

—Las del taller; sobre todo esa demonio de Patro. ¡Claro! Se conoce que ella ha pasado ya por ello.

—¡Ah, vamos!

—Pero, oye, ¿qué tengo yo hoy en la cara?

—No sé; como no sea que estás más guapa que nunca...

Y era verdad: una alegría especial invadía la cara de la chiquilla y hacía brillar con reflejos de satisfacción sus ojos negrísimos. Sus labios parecían más rojos, y de toda su persona

se escapaba un aire de mayor seguridad y firmeza, que se completaba con el timbre más grueso de la voz.

—Cualquiera diría que lo llevo pintado en la cara. Al entrar en el obrador todas me han mirado y se han reído; luego, mientras trabajábamos, no dejaban de pincharme: —¡Que sea enhorabuena! — ¡Buen provechito! — *¡Cuidao* ahora los primeros días!... Ahora, al venirme, la Lola me lo ha explicado: dice que anoche su hermana nos vió a ti y a mí subir en el tranvía por la cuesta de San Vicente.

—Pues ya se comprende: se figuran lo que no vieron. ¿A ti te importa?

—¿A mí? ¡Válgame Dios! Si yo creo que la mayoría de ellas lo que me tienen es envidia.

—Probablemente.

Daban grandes paseos antes de separarse en la altura de Carretas, bajando ella sola por Barrionuevo, y siguiendo él hacia la red de San Luis, donde vivía. Algunas noches se citaban también después de cenar, en la puerta del teatro Romea, y entraban en él o marchaban al Coliseo Imperial, donde ella se conmovía mucho con aquellas comedias sentimentales; pero lo más frecuente era que se dedicaran a pasear por las calles aprovechándose de la dulzura de las noches, que en Madrid, en Octubre, tienen una majestad ateniense.

Alguna vez se internaban por Lavapiés, y una de ellas, al volver por la calle del Olmo, la detuvo él por un brazo a la puerta de una casa

cuyo portal estaba iluminado a pesar de ser las once y media:

—Oye, ¿quieres que entremos?

—No, no; por Dios, déjame.

Y dió un tirón como para separarse de él. El chico entonces bajó la voz, y le dijo amoroso al oído:

—Anda, tonta; si no nos ve nadie. Entra...

—No, no; contigo, no.

No se fijó él al pronto en la respuesta, aunque la oyó perfectamente. Lo que hizo fué llevarla con rodeos toda la calle de Santa Isabel abajo hasta desembocar en el Botánico. No había nadie en el paseo a aquellas horas, ni siquiera la clientela habitual de cortesanas de quince céntimos, a quien unas batidas de la policía tenía alejadas por aquellas noches de su mercado ordinario. Los últimos coches que traían de la estación del Mediodía los viajeros del rápido de Barcelona, acababan de pasar, y en medio de la soledad nocturna, Javier y Maruja se acomodaban como mejor podían en uno de los bancos de piedra adosados a la verja del jardín; los corpulentos árboles de éste servíanles de dosel, y acompañaban con su leve murmullo la canción amorosa que dos cuerpos jóvenes entonaban.

Y allí, las resistencias de la chica ante la puerta de la casa nefanda se trocaban en facilidades y complacencias, poniendo ella de su parte cuanto fuera menester para que el mozo no quedara descontento.

Otras noches eran los altos del Hipódromo

o los finales de la calle de Serrano los que protegían con su negrura discreta aquellos idilios, en que todo había que hacerlo por tanteo, pues no se veía ni gota. Eso sí, con el oído muy atento por si pasaba alguien y le daba la maldita idea de tropezarles con el pie.

—Ves, tonto—decía ella cuando regresaban al centro—; lo mismo o mejor que en esas casas, y además...

—¿Qué?

—Nos hemos ahorrado, por lo menos, dos pesetas.

Lo que más le chocaba a Javier, cuando a sus solas pensaba en su aventura, era la facilidad y sencillez con que había acaecido todo ello. Aquella chica había pasado de doncella a mujer con la misma tranquilidad con que los personajes políticos pasan del Ministerio de Gracia y Justicia al de Marina, sin entender ni una palabra de ninguna de las dos cosas.

Nada del aspecto trágico que algunas veces revisten estas cosas; y, sobre todo, nada de reproches para el causante del mal una vez pasado el entusiasmo ciego del primer momento. ¿Es que realmente no sería para ella un mal lo ocurrido? Entonces, ¿qué clase de mujercita era aquélla?

La verdad es que él no había tratado de averiguarlo; cuando la conoció al azar, en medio de la calle, en aquella misma esquina de la Gorguera, por donde él pasaba a diario para ir al Ateneo, ella le dijo que era huérfana de padre y madre y que vivía con su madrina en

un cuarto de la calle de Calatrava, mal comiendo las dos con los siete reales que ganaba en el obrador de doña Encarna, calle de Ventura de la Vega.

Todo esto puede que no fuera verdad, pero a él no le importaba. ¿Quería él a la muchacha? No, señor; no tenía más remedio que contestarse así cuando examinaba un poco su conciencia; a última hora, y casi sin proponérselo, había encontrado en ella un medio económico de saciar el apetito carnal de sus veinte años, y se aprovechaba de ello, sin grandes inquietudes morales.

Una sola cosa sabía como segura: que la chica, fuese cual fuese su verdadera historia, había tenido en él el indiscutible iniciador de los fuegos de su carne; no era él tan tonto como para no haberse fijado en el momento crítico, y aunque había oído hablar de ciertas simulaciones tan antiguas como el mundo, él se reía de ellas ante la plena evidencia de lo innegable.

Además, aquella transformación del rostro y de todo el cuerpo de la muchacha a las veinticuatro horas del lance, ¿era cosa que también se podía fingir?

La misma noche en que *El Trueno* hizo su aparición en el estadio de la Prensa, al separarse todos después de la juerga seca del cazalla, Javier siguió con Santero por la calle del Desengaño hasta la puerta de la casa de aquél; se despidieron, y nuestro amigo continuó solo, para dar la vuelta por la calle del

Barco y de la Puebla, antes de volver a su casa, donde no se atrevía a entrar con la cabeza cargada por el alcohol.

Había dejado de llover, y el cielo se había calmado como por ensalmo, dejando ver el fulgor de unas estrellas; Javier iba pensando en lo efímera que había sido la gloria de su debut literario con aquella crónica de *El Trueno*, primera que veía la luz pública, pero de las cuales él había escrito muchas en los pupitres de la biblioteca del Ateneo. *Viejo Madrid* era el título general de esta de ahora, bajo el cual él pensaba publicar una serie.

¡No estaba mala serie!... *La fuente de Pontejos* era el subtítulo de la crónica, que no era más que un trabajo eruditísimo acerca de los orígenes y fundación de la famosa fuente donde hoy cargan sus cubas los gallegos. En el trabajo, nuestro hombre destruía la leyenda de que dicha fuente debiera su fundación al marqués de Pontejos, siendo probable que el título de este prócer hubiese salido del pilón de la precitada fuente. Fundaron ésta los godos de Clodoveo, en una excursión que hicieron por Madrid para ir a tierras de Avila, y en la cual excursión, como les aconteciera tener sed en el camino, encargaron a uno de los gardingos que les daban escolta que buscase agua haciendo excavaciones. Pero con el fin de que la tierra removida no les entrase por los ojos, le dijeron, mientras ellos acampaban en lo que hoy es acera del Oriental:

—Para cavar *ponte lejos*.

De aquí, por corrupción—que es como vienen siempre estas cosas—, vino *ponte-ejos*, y de aquí *pontejos*.

Rumiando todas estas cosas de su artículo iba el joven Javier cuando, al pasar por la acera de la izquierda de la calle del Barco, vió parado un coche de punto a la puerta de cierta mansión donde tiene el placer un palacio. Las hojas estaban entornadas, y el evocador del viejo Madrid miró hacia dentro, con esa atracción carnal que ejercen siempre en nosotros a cierta edad—de los quince a los ochenta—los lugares a que sabemos no va la gente a rezar el rosario.

No vió nada más que dos bultos que venían hacia la calle y una luz tibia que los alumbraba desde lo alto de la escalera; pero oyó algo que le hizo detenerse instintivamente, y luego apresurar el paso para esconderse en el quicio de la puerta vecina.

¡Aquella voz! ¡Qué parecido más extraño!

Salió primero un señor de edad, con el pelo más bien blanco que negro, y vestido correctamente; de su persona se escapaba un fuerte olor a tabaco caro, que resultaba muy agradable. Tras él, que se ladeó un poco abriendo la portezuela del coche, apareció una mujer muy joven, con el pelo y los ojos muy negros y los labios muy rojos; el rostro era de un blanco lechoso que contrastaba con el azabache de los cabellos.

Aún se reía, cuando el viejo la cogió de un brazo ayudándola a subir al coche.

Era Maruja.

Javier la vió muy claro, y vió también cómo el mantoncillo de crespón que siempre llevaba se enganchó en el pasador de la portezuela y acudió el viejo a desengancharlo.

En seguida el coche partió hacia la calle del Desengaño.

V

¿Fueron celos?

De ninguna manera.

¿Despecho?

Tampoco.

¿Simple curiosidad por saber quién era la golfa aquella a quien él había tomado por una modistilla decente, pero con ganas de divertirse?

¡Quién sabe! Lo cierto es que Javier no pudo pegar un ojo en toda la noche.

Cuando a las ocho de la mañana le llamaron como de costumbre para no perder la primera clase, se levantó de prisa, y en vez de lavarse del modo corriente y habitual entre humanos, llenó de agua la palangana y metió en ella la cabeza para un baño tónico. A la criada, que vino a llamarle por segunda vez, por si se había dormido, le encargó que el café del desayuno lo trajera cargadito.

La patrona le llamaba café a una infusión de bencina en polvo y extracto de huesos de aceituna; aquel día, obediente a la indicación del

joven, que era uno de los pocos que le pagaban puntualmente el hospedaje, volcó un tintero en el tazón del desayuno, y el café se presentó ante los ojos de Javier con un espesor negroselva que confortaba la vista.

Ya preparado el cuerpo y el espíritu, se lanzó a la calle el estudiante encendiendo un pitillo; la mañana era hermosa, y por vivirla valía la pena dejar la cama, aunque fuera un poco a deshora. En su camino diario hacia la Universidad pasaba por la calle del Barco; hoy pasó también y miró a los balcones con un extraño resquemor. Para la casa, empezaba a aquella hora el descanso diario.

Sin saber para qué, quedó parado unos momentos en la acera de enfrente; después siguió y llegó a clase a punto que los compañeros entraban.

—¡Vamos! ¡Vaya una nochecita!—le dijo un compañero de banco.

—¿Yo?

—No puedes negarlo, no hay más que verte la cara.

Entraban ya en el aula, y otro le dijo por lo bajo:

—¿Qué, vendisteis mucho anoche?

—Chico, no lo sé.

—Guárdame un número; quiero leer tu artículo.

—Bueno.

Ocupó su puesto en la primera fila; el catedrático de Historia del Derecho, que lo era aquel hombre noble y digno que se llamó don

Matías Barrio y Mier, explicaba su lección de la época goda con el tono cordial y persuasivo que hacía cobrar singular afición a su palabra.

Sin embargo, hoy Javier no le oía: siempre escuchaba él con singular complacencia—al contrario de lo que le ocurría en las demás clases—aquellas evocaciones de épocas mejores que hacía don Matías; no con el tono petulante del que todo lo sabe y busca con su enseñanza la humillación de los demás, sino con aquel otro humilde y paternal en que el profesor parece decirle al discípulo:

—Todo esto que yo sé puedes aprenderlo como yo lo he aprendido, pues hombres somos los dos; no es cuestión más que de fijarse un poco.

Pero hoy el discípulo estaba demasiado preocupado. ¿Qué haría? ¿Se presentaría, como de costumbre, en la esquina de la Gorguera, fingiendo no saber nada, y limitándose en los días sucesivos a un espionaje que le pusiera al corriente de todo? Acaso le faltara habilidad para fingir una absoluta ignorancia y se le escapase alguna palabra imprudente en lo mejor de la conversación... ¡Se lo contaría todo a la chica, pidiéndola que ella misma le explicase...! Pero esto era pueril; Maruja empezaría por negar, para acabar inventando una historia plagada de infundios que a él le dejaría tan en ayunas como antes.

A toda costa había que enterarse; tenía vehementes deseos de saber hasta qué punto había estado haciendo el nutria al tomar por una apa-

sionada de sus hechuras a la que, por lo visto, tenía por oficio apasionarse con todo el que la ofreciera unas pesetas.

Mientras el profesor explicaba la fusión de vencedores y vencidos en los años de esplendor de la dinastía goda, él continuaba dándole vueltas al magín, buscando el medio de salir pronto de dudas.

Y en una de esas vueltas lo encontró. Pero ¿cómo no se le había ocurrido antes? Tentado estaba de abandonar la clase fingiendo un apremio del intestino, y marchar corriendo a la calle del Barco a entrevistarse con la dueña de la casa famosa.

Pero no; se fumaría hoy el *Político* también y aprovecharía el tiempo hasta la una; así, cuando viese a Maruja, tendría ya realizado la mitad de su plan. Porque, para realizar la otra mitad hacían falta, por lo menos, otras veinticuatro horas.

Desde la mitad de la calle del Pez se volvió; era una tontería—lo sabía por experiencia—ir a tales horas a una casa de aquellas, donde la batalla de toda la tarde y toda la noche no tenía más tregua que las horas de la mañana. A la dueña no podría verla, durmiendo como estaría la buena señora, en un reposo honradamente ganado; tendría que entenderse con alguna de las encargadas, sin peinar y con los ojos hinchados de sueño, que ni sabría ni querría darle los informes que él necesitaba.

A la tarde ya sería otra cosa; comería con toda tranquilidad, tomaría café en Candela,

para no faltar a la costumbre, y allá a las cuatro, cuando la vida del amor comienza en las calles y en ciertos interiores, se encaminaría pausadamente a la calle del Barco y... se enteraría de todo.

Así lo hizo: en Candela no había nadie en su mesa, pues Calamocha, Santero y los hermanos Alvarez, retenidos por sus clases hasta muy tarde, no aparecían por allí hasta las cuatro.

—Mira, Margarita, me vas a traer con el café una copa de *cognac*.

Mientras fué la chica al mostrador, llamó al cerillero y escogió un puro de a real. Había que prepararse, pues no era cosa de presentarse allí como un simple estudiante, que, por lo exiguo de la bolsa, es siempre ganado poco simpático en ciertos sitios.

Procuraba meditar bien lo que había de decir y la forma en que había de plantear la cuestión. De que Maruja era una de tantas, estaba él tan convencido como que le suspendían en Derecho canónico al llegar Mayo. Además de lo visto en la noche anterior, le convencían ciertos recuerdos a que él antes no había concedido importancia. Entre otros detalles, se acordaba de la resistencia desesperada que ella había opuesto siempre a entrar con él en ciertas casas, aun sabiendo que nadie podría verlos, ni a la entrada ni a la salida. ¡Claro! Temería que las dueñas la delatasen tratándola delante de él como a parroquiana antigua. Ella misma lo había confesado inconscientemente la otra

noche, al decirle ante la puerta de la calle del Olmo:

—No; contigo, no.

Naturalmente; pero con otro, siempre que se terciase.

—Oye, Margarita—le dijo a la camarera cuando volvió con el servicio—, nunca te lo he preguntado, ¿tú dónde vives?

—Ahora me he mudado.

—No seas tonta; ¿por qué te figuras que te lo pregunto?

—Por saberlo, ¿no?

—Es porque si fueras vecina de una chica que yo conozco...

—¿Dónde vive esa chica?

—En la calle de Calatrava.

—Uy. ¡Echela usted un galgo! Yo vivo en la de la Escalinata.

No era guapa ni mucho menos esta rubia Margarita, pero tenía una simpatía especial en el rostro y en toda la persona, que comunicaba singular atractivo a su trato. Era castiza, como decía el señor de Pastrana, aunque sus preferencias estaban por Carmen. ¡Qué lástima no tener aquí a mano al tal señor para preguntarle su opinión sobre Maruja!

Hipócrita sí era hasta el exceso; no había más que haberla oído unas horas antes, cuando, al salir del obrador, se encontró, como de costumbre, con Javier. Ni un recelo, ni una sola alusión a la escapada de la noche anterior, nada, en fin, que delatase en ella otra cosa que la obrerilla sentimental dispuesta a diver-

tirse con su novio, pero nada más que con su novio. ¡No faltaba más!

Cuando él, evitando todo lo posible volver a verla antes de saber a qué atenerse, le dijo que aquella noche no podría esperarla, tuvo ella descoco para decirle:

—¡Ah, granuja! ¿Es que tienes a otra?

VI

Lo primero que le chocó a Javier cuando se encontró frente a frente de la dueña de la casa fué el porte absolutamente honorable de esta señora. Nada del tipo vulgar de la celestina que libros y dibujos han popularizado, y nada tampoco del tipo de la madama postiza, que, en fuerza de cumplidos y zalemas, acaba por enseñar la pata. Más bien una sencilla y buena mujer que comerciase en cera, o en encajes para vestiduras de imágenes.

Sin fijarse en la edad ni en el pelaje del estudiante, le acogió bondadosamente, como a todo el que llegaba a su casa; le hizo pasar a una discreta habitación, que daba a la calle, pero que tenía esmerilados los cristales del balcón, y le invitó a sentarse en un amplio sofá grana.

Ella quedó sentada al otro extremo del mueble, con las manos cruzadas como en misa; delante de los dos se alzaba una soberbia cama con dosel y vestiduras crema, que no dejaba lugar acerca del uso a que se destinaba.—Conviene advertir que no todas las camas de este mundo se destinan a lo mismo.

Ante aquel mueble, verdadero trono de la voluptuosidad, la dama adoptó el mismo empaque que si estuviese ante el estrado de un concilio. Vestía de negro e iba peinada con sencilla pulcritud.

—¿Habrá sido aquí?—pensó Javier, acordándose de Maruja y mirando al lecho.

Al mismo tiempo la dama le decía:

—Pues, usted dirá lo que quiere.

—Pues yo... quisiera... ¿no recuerda usted una chica que estuvo aquí anoche...?

—Anoche estuvieron cuarenta y siete—dijo sonriendo la dueña.

—Bueno; yo le daré a usted sus señas, a ver si así...

—Será lo mejor...

—Mire usted; es joven, muy joven, tendrá ahora unos diecisiete años. Blanca, con el pelo muy negro; los ojos también negros, alta, con un mantón oscuro... Estuvo aquí anoche con un señor de edad y salieron a eso de las tres...

—Espere usted.

Tocó el timbre que había a la cabecera de la cama... No tardó en aparecer una mujer, mitad criada y mitad señora:

—¿Se puede?

—Diga usted, Bernarda; a ver si conoce usted a la mujer que dice este joven.

Javier repitió ante la recién llegada las señas de su novia.

—Esa debe ser la que vino con don Florencio. Se llama Paloma.

—No, entonces no es esa. Esta que yo digo se llama María.

Sonrió la encargada:

—Bueno, ese será su nombre, pero aquí, sabe usted...

La dueña intervino discreta y afable:

—Sí; ya sabe usted que todas ellas se cambian el nombre.

Lo sabía; había estado torpe al no recordarlo. Pero le hirió más la frase de la dueña, dicha con toda naturalidad...: «ya sabe usted que todas ellas...» Luego Maruja ¿era una de tantas?

Para no dar un paso en falso quiso cerciorarse:

—Y ¿está usted segura de que es esa?

—Segura; anoche, con esas señas no vino nadie más que ella.

—Saldrían a eso de las tres, ¿verdad?

—Sí, señor; poco más o menos.

—Dígame: y ¿viene por aquí con frecuencia?

—Algunas veces.

—¿A diario?

—No; a diario no, ni mucho menos.

—Y... ¿siempre con el mismo señor?

—¡Ah!, no; con muchos, pero casi siempre con señores de edad.

¡Era completa, por lo visto! Le había tomado de tonto sin paliativos, al hacerle la ofrenda, allá, en la Bombilla, de una cosa que era algo asi como una fruta del mercado. Quiso saber más:

—Y ese señor que anoche vino con ella, ¿quién es?

Se miraron las dos mujeres rápidamente, y la dueña se apresuró a replicar:

—No le conocemos más que como parroquiano antiguo; no sabemos más que su nombre... y... puede que tampoco se llame así.

Por segunda vez había estado indiscreto con aquellas mujeres todo discreción. Para no serlo una vez más, fué directamente a lo suyo:

—Y ¿no podría venir si yo la cito?

Era la segunda parte de su plan. Encontrarse con ella allí mismo, para que, cogida *infraganti*, no pudiese negar.

—Sí, señor. Cuando usted quiera.

—Esta misma tarde, por ejemplo...

—¡Ah, no! Eso no; tenemos que esperar a que ella venga aquí y nosotras le diremos que usted la espera tal día, a tal hora.

—Y ¿cuándo podrá ser eso?

—Pues... véngase usted mañana a estas horas, y si ha venido, quizá pueda usted verla mañana mismo.

—Pero, ¿no pueden ustedes avisarla, ir a buscarla ahora mismo...? Yo esperaré lo que haga falta.

—Si no sabemos dónde vive.

Iba a decir que él sí lo sabía, pero, aparte de que recordó que sólo conocía la calle mas no el número, temía cometer una nueva indiscreción.

—Bueno, pues entonces volveré mañana a esta misma hora.

—Es lo mejor.

—Si pregunta quién es el que la llama, dí-

ganle que uno que sólo la conoce de vista.

—No—volvió a decir la dama, sonriendo—, no preguntará.

¡Vaya! Por lo visto la niña entraba con todos, como la romana del diablo.

Se despidió de aquella señora tan amable y salió a la calle.

Al llegar a casa encontró sobre la mesilla de noche una carta del interior con sello de la estafeta del Senado. Era de su tío: un primo hermano de su padre, ex ministro liberal, cuya influencia no supo nunca explotar ninguno de la familia de Javier, y a quien éste sólo visitaba cada cuatro meses por pura cortesía.

Sin embargo, el tío se acordaba alguna vez del sobrino; la carta decía así:

«Querido Javier: Mañana, a las doce, pásate por esta tu casa. Tengo que hablarte. Tu tío, *Froilán.*»

VII

Cuando al día siguiente acudió a la cita se encontró al pariente en mangas de camisa y afeitándose con una maquinilla junto al balcón de su suntuoso gabinete.

La timidez con que siempre entraba en aquella casa se le disipó un poco al ver al prócer en aquel traje, digámoslo así. Era gordo, adiposo, y hablaba cachazudamente, como si le costase un gran trabajo.

—¡Hola! ¿Recibiste ayer mi carta?

—Sí, tío.

—Bueno, pues siéntate.

Pausa larga, durante la cual la maquinilla del prohombre hizo una detenida excursión por la sotabarba.

—Oye, ¿qué es eso de *El Trueno?*

—Pues... un periódico..., permítame usted que le llame así..., que hemos fundado unos cuantos compañeros.

—Pero ¿quién lo paga?

—Pues entre todos.

—¿Y os sale muy caro?

—Nos salía, porque ya...

—¿Qué?

—Ha dejado de publicarse.

—¡Caramba! Qué vida tan efímera... Leí una cosa tuya en él; no estaba mal, pero a la mitad del artículo se te fué el santo al cielo. Aquello de la fundación de Pontejos huele a bola.

—Pero..., ¿es que usted ha visto el periódico?

—Me lo enseñó ayer en el Senado Vallespina, el de *La Nueva Era*.

—Y ¿cómo ha llegado a manos de Vallespina?

—Dice que lo compró la otra noche en la Puerta del Sol.

—¡Ah..., sí!

—Quiere que vayas a verlo.

—¿Quién?

—Vallespina; dice que se le figura que tú tienes condiciones, y que acaso en su periódico pudieras hacer algo.

—Pero... ¿es de veras?

—Eso me dijo; de manera que tú vas a verlo hoy mismo. Él está en la redacción a última hora de la tarde; le dices que has hablado conmigo, que vas de parte mía.

Javier salió radiante de casa de su tío; tan radiante, que se le olvidó ir a esperar a Maruja en el sitio de costumbre.

¿Qué era aquello? ¿Qué le quería Vallespina, de quien no sabía más sino que era cretino de nacimiento? ¿Sería posible que su efímera aparición en las columnas de *El Trueno* fuese la base de una carrera periodística que él se ima-

ginaba brillante por demás?... Según eso, era mentira todo aquello de la lucha por la firma y de que para llegar había que trabajar mucho, como él oía decir a diario en los salones del Ateneo a unos cuantos jovenzuelos impacientes.

La tarde iba a ser de emociones; a las cuatro tenía que acudir a la calle del Barco, donde, si Maruja acudía, se iba a desarrollar una escena de sabor agreste que ya se estaba él figurando en lo que acabaría. Después, con la miel en los labios todavía, a entrevistarse con Vallespina, entrevista de la que saldría seguramente el cimiento sólido de su porvenir.

Porque Javier dejaba volar su imaginación con todas las alas desplegadas. Era seguro. Vallespina, entusiasmado con las galanuras de su pluma, no le llamaba para menos que para encargarle de la dirección efectiva del periódico desde el puesto de redactor-jefe, con cien duros mensuales y entrada libre en todos los teatros... Y es que el joven no conocía todavía cómo las gastaba el cretino periodista, verdadera ave de rapiña para cuantos le servían. Después sí lo conoció, con grave daño de su corazón.

Cuando llamó a la puerta de la casa de la calle del Barco le abrió la dueña en persona; sin dejarle siquiera saludar, le habló gozosa:

—Pase usted. No tardará ni media hora.

—¿Está usted segura de que vendrá?

—Segurísima. Ayer estuvo aquí poco después de marcharse usted.

—¿Sola?

—¡Sola! No viene nunca sola; ¿para qué?

—Es verdad. ¿Preguntó quién era el que quería verla?

—Sólo quiso saber la edad y el tipo.

—Menos mal. Y ¿qué le dijo usted?

—La verdad, pero muy por encima, como usted me encargó.

Era la discreción personificada aquella señora, digna de ocupar más altos puestos. Le hizo pasar a la habitación donde habían hablado el día anterior y le dejó solo, no sin preguntarle antes:

—¿Se le ofrece a usted algo?

—Nada, señora, muchas gracias.

—Si quiere algo, ahí tiene el timbre.

No tuvo que esperar arriba de un cuarto de hora. Fueron unos minutos de emoción; aquella estancia, muy superior en limpieza y confort a los cuartuchos en que él acostumbraba a saciar sus amores baratos de estudiante, le hablaba de muchas cosas agradables, que, por lógica asociación de ideas, él pensaba disfrutar muy pronto casi a diario con los cien duros que Vallespina le iba a facilitar.

¡Qué mujercitas iba a traerse aquí, a esta propia estancia, por su cuenta y riesgo! Pensaba recorrer toda la escala social, hasta marquesas de esas tronadas que se prostituyen por cincuenta pesetas, según le había oído contar al señor de Pastrana.

La puerta se abrió sin que ningún ruido exterior lo hubiera anunciado.

—¿Se puede?

Era la voz de Maruja, pero no la ordinaria, sino otra semifingida que ella, por lo visto, adoptaba para representar sus comedias de pasión. Se puso en pie de un salto y el corazón se le convirtió en un tambor; no contestó a la demanda de permiso para entrar.

—¿Se puede?—repitió la voz.

—Sí—dijo turulato el muchacho, por decir algo.

Y entró; sólo que no era la misma: más adornada, más señorita, cambiado el mantón de diario por un velillo que le recogía la cara, y con el gran bolso colgante del brazo, que parece ser el emblema de las damiselas de cierto oficio. Estaba más guapa, era la verdad.

Quedóse parada, sin atreverse a cerrar la puerta; pero su indecisión duró un segundo, explotando al fin en una franca carcajada, que acabó de desconcertar al muchacho.

—Pero... ¿eres tú?

—Sí... yo soy ¡¡Paloma!!

Lo comprendió todo y vió que era tarde para el disimulo. Se arriesgó, y de un salto, después de haber cerrado la puerta de un golpe, fué a sentarse sobre las rodillas de su novio, a quien hizo caer de un golpe en el sofá.

Éste tuvo un postrer alarde de enérgico reproche:

—¿Por qué eres tan sucia?

—¡Ay, hijo, porque no tengo más remedio!

—Y ¿no me lo has podido decir el primer día?

—¿Qué te iba a decir? ¿Me preguntaste tú

algo?... ¿Me has dicho ni una sola vez que me querías para algo más que para divertirte un rato?

—Pero yo creí que por lo menos sabrías guardar las apariencias.

—Y las guardo, no te quepa duda. Ya ves: voy todos los días a trabajar a mi taller... bueno, casi todos, porque esta tarde, por ejemplo, he hecho novillos.

—Un mes largo llevo yo haciéndolos en *Canónico* por esperar a mi novia. Y ahora resulta que la novia me ha salido gallineja.

—¡Qué estúpido!

—Oye, pero... ahora caigo, antes que se me olvide. Yo te deberé a ti la mar de dinero.

—A mí, ¿de qué?

—De las veces que has estado conmigo; como es tu oficio... ¿Cuánto acostumbras a cobrar cada vez?

—¡Si crees que me vas a enfadar con esa guasita! Lo único que haré será callarme una cosa que te iba a decir; ni te lo mereces, ni me ibas a creer aunque te lo jurara por la gloria de mis padres.

—Diciéndomelo tú lo creo a ciegas. ¡No ves que no me has engañado nunca!

—¿Ves? Por eso no te lo digo.

—Y ¿qué era? Dilo, mujer, aunque no sea más que por pasar el rato.

—No quiero.

—No vayas tú a enfadarte ahora. Para unos minutos que nos quedan que vernos en esta vida, no vale la pena que te pongas tonta.

—¿Es que ya no quieres nada conmigo?

—La del humo.

—Como quieras; pero dime si es verdad que no nos volveremos a ver, porque entonces, aunque no me creas, y aunque me llames embustera, te tendría que decir una cosa.

—No te pongas seria.

—Es un segundo nada más. Oyeme; tú podrás pensar que soy la golfa más indecente de este mundo, después de todo no te faltan motivos para ello; pero que te conste que tú, fíjate bien, tú, has sido... el primero.

—¿El primero... qué?

—¿No me entiendes?... Que esta golfa indecente, cuya historieta vas a conocer ahora mismo porque te la voy a contar yo de cabo a rabo...

—Déjame de historias.

—Me da la gana; digo que yo, cuando me entregué a ti en la Bombilla... no lo había hecho antes a nadie. ¿Te enteras? ¡A nadie!

—Ves tú; eso ya es insultarme. Es llamarme lila en buenas palabras.

—No, si es que me tiene sin cuidado que te lo creas o no. Pero yo tenía que decírtelo.

—A ver si vas a decir ahora que he sido yo el que te ha metido en esta vida de pocilga que llevas.

—No lo diré porque no es verdad. Antes de que tú me conocieras ya vivía yo en la pocilga, como tú dices, hacía un rato.

—Entonces...

—Pero yo no tengo la culpa de que tú no me

quieras entender. En esta casa, y en otras de esta clase, me conocen a mí hace más de dos años; en ese tiempo, figúrate la serie de tíos indecentes que yo habré tenido que tratar.

—¡Cualquiera se lo figura!

—Pero ninguno de ellos ha podido decir que ha obtenido de mí más de lo que puede dar una socia que está dispuesta a todo por comer, menos a dar su honra—eso que vosotros llamáis la honra, teniendo como tiene su nombre en los libros.

—¡Si crees que eso te disculpa!...

—Si yo no trato de disculparme. Yo soy libre como el pájaro y no tengo que darle cuenta a nadie de lo que haga.

—¿Tampoco a tu madrina?

—¡Mi madrina!... Ella fué la que me trajo las primeras veces a estos sitios, con la excusa de que no teníamos para comer.

—¡Que es una señora excusa!

—Luego aprendí yo a venir sola; pero muchas veces me espera ella a la salida en la esquina más próxima, para ver lo que me han dado. Me coge los cuartos y se va con ellos a la tienda de comestibles del barrio y allí se los deja a cambio de unos sacos de garbanzos, arroz, café...

—Sí, etcétera, etcétera.

—¡Anda que si ella supiera...!

—¿Qué?

—Lo que tú me has hecho... Ella quería que me conservase intacta hasta que se presentase un caprichoso que pagase bien el estreno...

Pero ya ves, yo he preferido que seas tú, que, por lo menos, eres joven y me gustas.

—A ver si me vas a decir que estás enamorada de mí y que te me entregaste por amor.

—No hijo... ¡Qué tontería! ¡Enamorarme! Aún no he sabido lo que es eso... Ahora, que prefiero haber caído como caí, por mi gusto y sin aparato, que haberlo hecho en una casa de éstas, por llevar a mi madrina unas pesetas más. Así por lo menos, por muy golfa que tenga que ser en esta vida, siempre podré decir que la primera vez fué por mi capricho.

—No te pongas romántica.

—Descuida, es una ráfaga... Pero dime, ¿me crees o no me crees.

—¿Te hace mucha falta que yo te crea? Porque a mí me da lo mismo; al verte la primera vez me equivoqué; no eras lo que yo creía. Lo demás me tiene sin cuidado.

—¿Vamos?

—¿Dónde?

—Ahí—dijo la chica, entornando los ojos, y señalando a la cama.

—No, no, deja...

—¡Qué tonto eres! Ya que estamos aquí..., lo mismo te van a cobrar...

—Oye, aunque no sea más que por curiosidad, dime ¿qué hacías tú con tus amigos antes de... lo de la Bombilla? Porque cuando ellos te buscaban por algo sería.

—¡Ya lo creo!... Pues, menos... lo que hice contigo, todo.

—¡Qué asco!

—No lo sabes tú muy bien.

—Bueno y... ahora ya, supongo que habrás ampliado el campo de tus operaciones.

Se echó a reir.

—Una vez no más. Y fué anoche, en esta misma casa; era un parroquiano antiguo, y el pobre viejo se quedó asombrado cuando le dije que podía ya...

—¿Y qué?

—¿Qué?... No creas: hay hombres de sesenta años que, cuando dicen allá voy, hay que quitarse de en medio.

—¡¡Puerca!!

Pero ya esto se lo dijo a tiempo que se metía en la cama.

—Gracias a que esto es muy ancho y podré dormir la siesta sin que me estorbes demasiado.

—Como tú quieras; vamos a ver quién se duerme antes... Estate quieto.

—No me da la gana.

—Pues no decías que...

—Eso dije, pero...

En lo más álgido del diálogo aún tuvo fuerzas la descocada para decir:

—No me negarás que aquí se hace todo con más comodidad que en los bancos del Botánico.

—Sí, pero allí hay más poesía en el ambiente.

VIII

—Nada, nada, joven, cuente usted conmigo para todo. Tiene usted un porvenir de color de rosa, como este pañuelo que yo llevo para las narices y que algunos compañeros del Senado motejan de cursi... Venga usted por aquí a diario; ¿dice usted que por las mañanas tiene que ir a la Universidad? ¡Qué lástima! Ya veremos el modo de arreglar eso, aunque sea haciendo yo que le dispensen a usted de las clases. ¿No le parece?

—De perlas, señor Vallespina.

—Pero, por la tarde sí podrá usted dedicarnos un buen rato. A las dos ya empieza aquí el trabajo, y hasta las ocho u ocho y media, según el día, estamos todos aquí. Con que a trabajar mucho, joven; tiene usted las grandes condiciones, no necesita más que soltarse. Mañana le presentaré al redactor-jefe y al personal de la redacción; ya verá usted: gente muy simpática toda ella... Ahora no hay aquí ninguno, aunque debieran estar todos, pero es que creo que se ha declarado un formidable incen-

dio en la calle de Atocha y allí han acudido todos buscando información.

—Bueno, pues... muchas gracias por todo, y hasta mañana.

—Hasta mañana, joven; muchos recuerdos al tío... Ya mañana le diremos a usted la clase de trabajo que ha de hacer; me parece que por ahora, y aparte el trabajo de redacción que haga usted aquí por las tardes, le voy a encargar de la información de la Universidad. El que la hace ahora me tiene muy disgustado, pues resulta que se ha echado una novia en la calle de los Reyes, y se pasa las horas muertas hablando con ella sin aparecer por la Universidad.

—Yo, en cuanto a eso...

—Ya lo sé, ya lo sé; su tío me ha asegurado que es usted una persona decente, sobre todo a fin de mes. ¡Hasta mañana, pues!

—Adiós, señor director, y muchas gracias.

Le dió una palmadita en el hombro y se perdió por los pasillos de la casa taconeando como una cacatúa.

Javier bajaba la escalera de la vieja casa, con honores de palacio, sumido en un mar de confusiones.

Muy amable aquel señor Vallespina y muy lírico cuando le hablaba de su porvenir y de los encantos de la profesión, pero, ¡qué raro!, ni una sola alusión al sueldo que pensaba darle, huyendo, como espíritu exquisito, de todo lo que fuera hablar de intereses materiales. ¿Dónde habían quedado los cien duros mensua-

les y la plaza de redactor-jefe con que el joven había soñado, como mínimum de sus aspiraciones? Aquel señor, que en su diálogo brillante no se había atrevido ni a ofrecerle un cigarro de cincuenta, tenía todas las trazas de un viejo prestamista metido a director de periódico.

A la tarde siguiente, en punto de las cuatro, presentóse Javier en la redacción de *La Nueva Era;* le pasaron a un salón grande con tres balcones a la calle, y en cuyo centro había una mesa alargada, torrada de paño verde; varios tinteros y otras tantas plumas se esparcían por ella, sobre la que había, además, varios periódicos y un par de tijeras enormes.

Seis individuos escribían en la mesa grande, y en otras dos pequeñas que había en los rincones se hallaban instalados dos caballeros: uno joven, con barba negra, que escribía nerviosamente entre sorbos de una taza de café, y que, según luego supo, era el secretario de redacción; el otro, de más edad, semicalvo y con unos sutiles lentes de oro, rasgaba las cuartillas muy pausadamente y con la cabeza casi metida en el papel.

Vallespina les fué presentando al recién llegado:

—Don Javier Escosura, nuevo redactor del periódico.

Estaba cohibido, azorado, como gallina en corral ajeno; un joven casi imberbe con aire de suprema petulancia, le acogió con una sonrisa protectora.

—¿Es usted pariente de Escosura?

—Hijo, sí señor; da esa casualidad.

—Pero, ¿de Escosura el diputado?

—No, no señor; estos son otros Escosuras.

El joven petulante, al oir esto, pareció retirarle de pronto toda su protección. Le volvió la espalda y continuó hinchando un telegrama.

Le dijeron los nombres de todos: Marmolejo, el cronista de Tribunales; Esparza, encargado de la información palatina; Vallalonga, el financiero de la casa, un hombre que hubiera sido ya varias veces ministro de Hacienda si aquí se hiciera justicia al mérito; Torralba, el repórter de sucesos, gran camarada, según luego pudo ver, hombre jovial si los hay, siempre con el chiste en la boca y las tarjetas de casas non santas en el bolsillo.

Al presentarle a don Crisanto García de la Fanosa, o sea el redactor-jefe, éste, sin alzar apenas la cabeza del montón de cuartillas, largó un «muy señor mío», grave y solemne, que al joven le dejó helado; don Crisanto volvió en seguida a su trabajo, del que habían venido a distraerle con gran disgusto suyo.

Era un hombre serio y transcendental, que además de aquel puesto de redactor-jefe, cuyas ganancias no eran muchas, tenía tres o cuatro destinos del Estado en otras tantas juntas y comisiones, todas utilísimas para el bien de la Patria.

Terminadas las presentaciones, el director le colocó en el extremo de la mesa grande, y poniéndole delante un tintero y un manojo de

cuartillas, le encomendó a las manos pecadoras del joven petulante que hinchaba telegramas:

—Dígale usted a Escosura cómo ha de hacerlo.

—Sí, señor. Mire usted, es muy sencillo. Los telegramas, tal y como llegan a la redacción, no es posible insertarlos en el periódico; hay que ampliarlos; por ejemplo, mire usted este de Pamplona: «Llegó capitán general tarde corrida miuras aplazada mañana cólico Joselito». Si lo ponemos así, va a parecer que dice: «Llegó el capitán general algo tarde a la corrida de los miuras, que ha tenido que aplazarse por un cólico de que ha sido víctima Joselito».

—¡Claro!

—Pues, no señor; hay que ampliarlo, hay que hincharlo, como decimos en el argot de redacción, y así pondremos: «Esta tarde ha llegado el capitán general de la región, acompañado de su distinguida señora. Recibiéronle en la estación comisiones de los cuerpos y centros militares y un sobrino suyo que es canónigo de este cabildo. La corrida de miuras anunciada para esta tarde ha tenido que aplazarse hasta mañana a causa de la indisposición que aqueja al espada Joselito. Se cree que lo que tiene el valiente espada sevillano es un cólico nefrítico sin consecuencias desagradables por ahora.»

—Comprendido. Verá usted.

Cogió el muchacho la pluma y el papel de los telegramas, y en media hora se hinchó sie-

te. Cuando hubo terminado su misión, entregó las cuartillas a su maestro accidental. Éste las leyó de prisa, y no pudo menos de lanzar a Javier una mirada de asombro. ¿Quién era y de dónde había salido aquel muñeco que, el primer día de trabajar en su oficio, realizaba en unos minutos la tarea que a él le costaba todos los días sus tres horas largas, después de tres años de aprendizaje?... Iba a levantarse para depositar las cuartillas de Javier en el cesto que había ante el sitial del director, cuando una consideración de amor propio le hizo detenerse.

—Está bien, amigo Escosura; sólo en este del extranjero se le ha escapado a usted un lapsus. No es extraño, porque como es la primera vez...

—Sí, es posible.

—A ver el original... Sí; eso es; aquí dice: «Fallecido alcalde Bremen». Y usted ha puesto: «En Bremen (Alemania) ha fallecido el alcalde a consecuencia de una hemoptisis». Esto de la hemoptisis está bien, pues no ha de venir la familia del muerto a rectificarnos, pero es que Bremen es el nombre del alcalde, que debe ser el de Londres, porque el telegrama viene de allí. Digo esto, porque yo no recuerdo que en Alemania haya ninguna población que se llame así.

—¿No?

—No, no; ahora estoy seguro. Hágame el favor de rectificar esto en esa forma: «Ha fallecido el alcalde de Londres, míster Bremen, etcétera, etcétera».

Y lo rectificó. ¿Por qué no? Probablemente a los lectores del periódico les daría lo mismo que el fallecido fuese un alcalde que otro, y aun que toda la ciudad de Bremen hubiese muerto a consecuencia de una epidemia. Por cosa tan nimia no valía la pena de reñir una batalla geográfica con un compañero de redacción, el primer día de entrar en ella.

Sólo que, al salir aquella noche a la calle, iba él un poco desencantado; ya era periodista, ya pertenecía oficialmente al gremio de luchadores de la pluma, no por broma y afición como los fundadores de *El Trueno*, sino por formal consagración de quien podía conferirle la sagrada investidura; y aquella noche, las letras de molde de la columna telegráfica de *La Nueva Era* anunciarían calladamente al público el nacimiento de este nuevo cruzado de las cuartillas, llamado indudablemente a grandes destinos.

Su *debut* le conmovía hondamente, y por feliz asociación de ideas pensó cuán poco se había llevado con aquel otro *debut* de Maruja en el restaurante de la Bombilla, de aquella Maruja que antes de caer plenamente en sus brazos la tarde memorable, no había hecho con los hombres más que jugar. ¡Jugar! Como él con las letras en las columnas de *El Trueno*.

Sólo que si toda la poesía del oficio era aquella de la hinchazón de telegramas... Pero no, era pronto para juzgar; aquello sería el aprendizaje natural de todas las profesiones, el noviciado de los religiosos de la letra molde, que

él habría de pasar para no ser una excepción.

Y pensaba en aquel otro noviciado de Maruja, que duró dos años, por los lechos más o menos inmundos de las cuevas del Amor.

IX

Los días, y aun las semanas siguientes, se desarrollaron en un ambiente de trabajo para Javier, que le hicieron olvidarse de muchas cosas.

Como en *Historia del Derecho* no pasaban lista diaria, solicitó y obtuvo del bueno de don Matías que le permitiese asistir a clase sólo tres días a la semana, faltando los otros tres; en éstos, a las nueve de la mañana en punto ya estaba en la redacción, donde a aquella hora no había nadie más que Torralba, y el secretario de redacción, verdadero siervo de la gleba de Vallespina, que le hacía trabajar doce horas diarias, obligándole hasta a escribirle sus cartas particulares.

Sobre la mesa grande había a aquella hora un gran montón de periódicos, formado por dos ejemplares de cada uno de los de Madrid de aquella mañana y de la noche anterior. A las nueve y media llegaba Vallespina y se hacía servir una gran taza de café, que iba bebiendo a sorbitones, mientras repasaba por encima to-

dos aquellos periódicos, señalando en ellos con lápiz rojo cuanto creía aprovechable para la confección del suyo. Los números eran entregados al brazo secular de Torralba y Javier, que, armados de aquellas grandes tijeras que formaban parte de la redacción de la casa, iban recortando los sueltos o los artículos y metiéndolos en las carpetas de cada uno de sus compañeros. Con ellos a la vista tenía después cada cual que confeccionar su sección, copiándolos descaradamente en último caso, y cuando el ingenio no daba para más.

Torralba amenizaba la tarea con chistes de su propia cosecha:

—Hombre, un artículo de Maeztu para García de la Fanosa. Le formará el cuadro.

—¿Para qué?

—Para qué ha de ser: para fusilarlo ignominiosamente.

A las diez y media marchaba Javier a la Universidad para la clase de *Político*, y a las doce y media estaba de vuelta en el periódico, de donde ya no salía hasta las dos. El *Canónico* ya no existía para él, pues había sido borrado de lista a primeros de Noviembre; era una ofrenda más de las muchas que él había sacrificado en el altar de Maruja.

Por la tarde, después de la visita diaria a Candela, caía por el periódico a las cuatro; los primeros días acudió a las tres, pero se encontró con que a aquella hora, y a pesar de lo que le había dicho Vallespina en su primera entrevista, no había allí nadie más que el conserje

y Aznar, el secretario de redacción, siempre amarrado al banco como un galeote. El propio Vallespina no solía aparecer por allí antes de las siete, pues pasaba la tarde en el Senado, de donde era uno de los adornos vitalicios.

Por la noche no faltaba nunca a su tertulia de Candela, donde enseñaba, con mal disimulado orgullo, a Calamocha y los suyos el número de *La Nueva Era*, indicándoles los sueltos o las informaciones que habían brotado de los puntos de su pluma.

—Mirad: este entierro lo he hecho yo. Los nombres de los concurrentes los he copiado de la edición de la tarde de *La Corres*... Estos telegramas de Bulgaria también son míos.

—¡Hombre! ¿cómo puede ser eso?—intervino Felipe Alvarez—; yo creí que eran de Sofía.

—Bueno, los hemos hecho a medias entre Sofía y yo.

De todos los de la tertulia, el que más le admiraba era Calamocha:

—Oye, Javier—llegó a decirle una noche que se quedaron solos—, ¿yo no podría ingresar también en el periódico?

—Hombre, ya ves, si de mí dependiera...

—Ya me lo figuro... Pero, chico, es que me he convencido de que al principio no tiene uno más remedio que ser un asalariado. Si quiere uno debutar de propietario y director se expone a correr un temporal como el de *El Trueno*.

—¡Y que fué deshecho!

—Ya, ya; por eso yo ahí, aunque fuera de meritorio, entraría con gusto.

Aunque fuera de meritorio... Le hizo gracia la salvedad a él, que, para salvar un poco la negra honrilla, les había dicho a sus amigos que disfrutaba un sueldo de quince duros.

¡Pobre Calamocha! Veía el oficio desde fuera, poetizado como todo lo que se conoce de oída. Si supiera que toda su ganancia en el periódico eran unos billetes de teatro, que llegaban a sus manos un par de veces por semana, cuando no los querían los demás...

El señor de Pastrana no dejaba de prodigarle sus consejos un día y otro, como hombre experto en el oficio.

—Procura siempre destacar tu personalidad en las columnas del periódico; eso no le es nunca difícil a quien tiene, como tú, algún talento.

—Pero ¿cómo voy a destacar nada inflando telegramas?

—No te importe; un telegrama no lo infla lo mismo un hombre de talento que un burro. Es cuestión de malicia... Además, que tú en el periódico debes aspirar a hacer tu género, lo tuyo: esas evocaciones del Madrid viejo, en las que eres ya maestro.

—Sí, sí; bueno es Vallespina para eso.

—Esa es la contra que tienes ahí. Vallespina es el asfalto hecho cerebro; a mí me devolvió una vez un artículo maravilloso sobre las mujeres de Shakespeare, diciéndome que no sabía él que Shakespeare hubiera estado casado más que una vez, y que si me refería a las otras, a las que el gran dramaturgo hubiera podido conocer fuera del hogar conyugal, es que yo me

había creído, por lo visto, que su periódico era *La Hoja de Parra*.

—¡Qué más quisiera él!... Es que es muy bruto.

—Más, más todavía.

Pero entre todas las admiraciones que le rodeaban de puertas adentro del café, había una —en estado naciente todavía—que era para el estudiante motivo de orgullo y de una especial ternura cardíaca. Carmen, la hermosa y opulenta Carmen, por cuyo palmito iba a Candela el sesenta por ciento de los parroquianos, había empezado a distinguir a Javier con una asiduidad admirativa, llena de emoción; como el muchacho no se sentaba en su turno—y ya se sabe que el respeto a la parroquia de la compañera es uno de los preceptos del Decálogo camareril—se contentaba ella con comprar todas las noches un número del periódico en que Javier escribía y hacer que éste le dijera al entrar los artículos que debieran llevar su firma. El joven se colaba a mansalva, y rara era la noche en que no señalaba a la admiración de la chica el propio artículo de fondo, obra de cemento armado, casi siempre del serio García de la Fanosa.

¡Que se chinchara don Crisanto! Era este un robo que el joven consideraba perfectamente lícito, aunque no fuera más que por castigar la soberbia del redactor-jefe; y si no, que permitiese Vallespina que cada redactor firmara sus artículos, rompiendo una costumbre añeja.

Carmen, en los ratos que le dejaba libre el

servicio, se sentaba junto al mostrador y se embebía en la lectura del periódico; no era esto en ella costumbre nueva, pues de ordinario aprovechaba los ratos de vagar del oficio para dedicarse a la lectura de sus autores favoritos—Trigo, Prevost, Insúa, Musset—, de quienes llevaba siempre un tomo en la bolsa de los cuartos. La influencia que tales autores ejercían en el ánimo de la hermosa camarera le daban a Carmen un tinte romántico, que se revelaba en la perenne languidez de sus miradas de ensueño, y que se avenía mal con aquel novio desastrado, mitad chulo, mitad señorito, que la aguardaba por las noches a la salida del café. ¡Por más que quién sabe! ¡La vida es tan compleja!

Javier se complacía en extremo de aquella admiración de la muchacha, que no pasaba una vez por su mesa sin darle la enhorabuena por lo que acababa de leer.

—Es muy bonito. ¡Vaya, vaya, con don Javier!

Cuando Margarita tenía vacación y ella la sustituía en su turno, se enredaban en largas conversaciones acerca de literatura, o de lo que Carmen entendía por tal.

—¿No le parece a usted, don Javier, que a Insúa podemos llamarle el Flaubert español?

—Sí que podemos llamárselo con toda tranquilidad: él no se ofenderá, ni Flaubert tampoco, probablemente.

—Se parecen algo; claro que el señor Flaubert era más grueso.

—Espera, espera, que no sabemos cómo será don Alberto cuando llegue a la edad que tenía Flaubert al hacerse el retrato que tú habrás visto en las portadas de sus traducciones de Maucci.

—También es verdad, porque Insúa está ahora muy grueso; pero es muy simpático.

—¿Le conoces?

—Ya lo creo: viene por aquí de vez en cuando a tomarse una copa de *cognac*.

—¿Una nada más?

—A veces, tres.

—¡Ah, vamos!... Pues oye, una de las veces que venga me vas a hacer el favor de decirle que te deje pagada una copa para mí.

Otras veces el diálogo se remontaba.

—A mí Prevost no acaba de convencerme: yo creo que esas *demi-vierges* son exóticas hasta en Francia.

—¡Tal vez! Yo en Bayona no las he visto por ninguna parte.

—Luego, lo que escribe, pareciendo la realidad misma, yo creo que peca mucho de cerebraico.

—¿También viene por aquí Prevost a atizarse copas de *cognac?*

—No, no; ese no.

¿Dónde habría aprendido esta chica todo aquello? Flaubert, Prevost, cerebraico... ¿En qué fuentes habría bebido la hermosa Carmen? Probablemente en las mismas que nuestros literatos más eximios; hoy la cultura se ha abaratado tanto, que el ser que no la posee es porque es un descuidado.

X

El caso era que, con unas cosas y otras, Javier se había olvidado de Maruja.

No había vuelto a ver a la chica desde el día en que se encontraron en la calle del Barco; al separarse, después de un gran rato de refocilamiento, ella le dijo en la puerta:

—Oye, ¿nos volveremos a ver?

—¡Quién sabe!

Y se separaron con un apretón de manos, como dos buenos amigos.

Los primeros días dejó él de ir a buscarla a la esquina de la Gorguera, porque, ensimismado con la novedad del periódico, no se acordó apenas; además, su carne, harto satisfecha en la última tarde, carecía de estímulos en unas cuantas horas. Después, día por día, dejándolo de hoy para mañana y de mañana para el otro, fueron pasando semanas y semanas, y eran ya tres meses los que habían pasado.

Una noche, poco antes de Navidad, al volver a su casa del periódico, le pareció verla por la acera izquierda de la calle del Caballe-

ro de Gracia; llevaba muy recatado el rostro, e iba tan de prisa, que apenas pudo seguirla con la vista. Detrás marchaba un hombre bien vestido, ya maduro—no le convenían, por lo visto, jóvenes a la chiquilla—, y renqueando tanto para seguirla en su andar de paloma, que le faltó poco para caer en un bache de los muchos que adornaban la calle.

Por pura curiosidad siguió de lejos a la pareja: torcieron por los derribos de la Gran Vía y siguieron por la calle del Clavel; ella, de cuando en cuando en cuando, volvía rápidamente la cabeza para cerciorarse de que la caza era segura. ¡No le faltaba ningún detalle a la muy puerca, ya metida de lleno en el oficio, por lo visto!

Al llegar a la plaza de Bilbao siguieron por las Infantas, y ya cerca de la plaza del Rey, se metieron en una casa de la izquierda. Conocía bien la geografía madrileña del vicio la condenada, teniendo en cada barrio, y aun en cada calle, un apeadero donde guarecerse con la compaña, sin que ésta tuviese que andar mucho.

No volvería a verla más: le daba asco. No es que él lo tuviese de las pobres profesionales del placer, para quienes, a pesar de su inexperiencia natural, que no le permitía conocerlas muy a fondo, tenía más compasión que otra cosa; pero le repugnaba el engaño de aquella mocosa, que quiso dárselas con él de honesta y seducida, cuando no era más que un pellejo de tantos.

A los tres días de este encuentro, la portera de su casa le detuvo al subir a cenar.

—Señorito Javier...

—¿Qué hay, Librada?

—Han estado a buscarle hace una media hora.

—¿Quién?

—Una joven.

—¿Qué señas tiene?

—Pues guapita, alta, bien vestida. Dijo que le dijera a usted que había estado aquí Maruja.

—¡Ah, sí!... ¿Usted qué le ha dicho?

—Pues la verdad: que no estaba usted, pero que no tardáría, porque siempre acostumbraba a venir a estas horas... Estuvo ahí esperando un rato, y se marchó diciendo que se le hacía tarde, que volvería otro día.

—Bueno, pues mire usted: si vuelve, le dice usted que me he marchado a París para unos cuantos días, y si vuelve otra vez, le dice usted que he regresado, pero que ya no vivo aquí y que usted no sabe dónde me he mudado.

—Bueno, bueno; usted es que no quiere verla.

—La verdad, sentiría encontrármela.

—Pues descuide usted, que yo la espantaré.

De esto último había pasado más de un mes. La chica no volvió por la Red de San Luis, y la portera no tuvo que molestarse en espantarla.

Una tarde de las primeras de Febrero, Vallespina envió a Javier al Círculo Militar, donde había una velada necrológica en honor de un general ilustre.

—La cosa empieza a las seis—le habia dicho—; de modo que si se prolonga un poco no podremos recoger la información en el número de esta noche. No importa; tome usted notas, y mañana la hace usted despacio.

Javier estaba triste aquella tarde. ¿Por qué? No podría precisarlo: motivo concreto, determinado, no tenía ninguno. El chasco que él se había llevado días antes con la Carmen no era razón para entristecerle, pues desde un principio lo había tomado el chico a beneficio de inventario; le ocurrió que llegó un momento en que él quiso trocar la admiración de la joven en algo más útil y sustancioso, y, aprovechando una noche en que el novio—según ella le dijo—no le esperaba porque estaba malo, la aguardó a la salida del café y se unió a ella descaradamente en la esquina de la calle de Carretas. Carmen lo acogió muy friamente, y como él profundizara en sus propósitos, le paró en seco a la altura de la calle de Atocha y le dijo, sin enfadarse, pero con firmeza:

—No se canse usted, Javier. Yo, aunque no lo parezca, soy una mujer honrada; vaya por otras que lo parecen y no lo son ni en pintura. En el café todo lo que usted quiera, porque al fin y al cabo es mi oficio; pero en la calle no me mire usted más que como a una extraña.

¡Vaya con el oficio! Por lo visto todo era cuestión de oficio en este mundo, donde las apariencias engañan al más listo.

Pero no era por esto por lo que Javier Escosura estaba triste aquella tarde de Febrero.

¿Por qué era? No lo sabía: acaso no se tratase más que de una simple indisposición gástrica, que, como es sabido, suele ser casi siempre la base de todas las melancolías.

La función del Círculo se prolongó demasiado, conforme a los cálculos de Vallespina; algunas de las poesías que se leyeron en el acto contribuyeron a entristecer más el ánimo del joven repórter, cosa que no tiene nada de particular si se tiene en cuenta que se trataba de una velada necrológica, en la que es natural que no se recitasen versos de Pérez Zúñiga ni se cantasen villancicos.

El caso fué que cuando nuestro joven salió a la plaza del Angel, su alma era el depósito de todas las melancolías. Sin darse cuenta siguió por la plaza de Santa Ana y torció a la izquierda; cuando recobró un poco el ánimo se encontró parado en la esquina de la calle de la Gorguera.

Había llegado hasta allí y se había parado en el sitio donde conoció a Maruja y donde la esperó tantas veces, por una serie de movimientos mecánicos absolutamente ajenos a su voluntad. Desde que vió a la joven la última vez en la calle del Barco no había querido pasar por allí; ¿por qué hoy lo hacía, pudiendo haber bajado por Carretas a su casa?

Digo... ¡y a aquella hora! Cuando ella y sus compañeras pasaban por allí... Fué un rayo de esperanza... ¡Si pasase ahora! Miró el reloj de Canseco y eran las ocho y media: demasiado tarde.

¿Por qué sintió de pronto unas ganas infinitas de verla? Después de tres meses de indiferencia primero, de olvido absoluto después, ¿qué significaba aquella ansia vehemente de ella y de sus carnes que se le agarraba a las entrañas y le humedecía los ojos?... ¿Era la evocación del sitio y el prestigio de la hora?

Para librarse de ello quiso andar hacia la calle del Príncipe; se contuvo de pronto. ¿Y si se había retrasado en salir y pasaba todavía?... ¡Pobre Maruja! Abandonada por él, que acaso hubiese sido capaz de impedirla que se hundiese demasiado en el estercolero, ¿qué habría sido de ella? ¿Por qué le habría buscado aquella noche en su propia casa hacía poco más de un mes? ¿Es que estaría mala?... La hipótesis le hirió como un bofetón en pleno rostro; acaso estuviese a aquellas horas en el lecho de un hospital expiando sus liviandades entre efluvios de yodoformo.

Pero, sobre todo, ¿por qué le venían a él a la memoria en aquel momento todos aquellos recuerdos y todas aquellas suposiciones después de tanto tiempo? ¿No era esto absurdo e ilógico? En aquellos tres meses había él continuado satisfaciendo su naturaleza carnal con la estrechez a que le obligaba la de su bolsa, y en el trato efímero con mujercillas que no tenían más que carne no había echado de menos ni una sola vez las ternuras de su Maruja, cuyo recuerdo se le hacía cada vez más difícil. Y ahora, en cambio, sin que ningún grito de la carne—dormida por aquellos días—se lo recor-

dase, despertaba de pronto en él la necesidad imperiosa de verla, de besarla, de compensarla con sus caricias de todo aquel abandono que ahora le parecía criminal.

Era un deseo que le quemaba, que le hacía daño y que no tenía nada que ver con el celo del macho buscando a la hembra para que la especie se salve.

Dieron las nueve y no apareció nadie. La calle del Gato empezó a poblarse de sombras, que exhalaban un fuerte olor a perfumería barata de entre las gasas de sus echarpes. Una de aquellas sombras se le acercó despacito, le examinó a su antojo y, plantándosele delante, le invitó respetuosa:

—¿Vienes, chiquillo?

No era fea, con el pelo pintado de rubio y la cara bañada en colorete y polvos de arroz. Javier, que no sabía ser nunca grosero con estos pobres seres—lo que le valía reputación de panoli entre sus compañeros de Universidad—, le contestó afable:

—No, hija, no puedo. No tengo un cuarto.

—¡Qué lástima! Porque me gustas mucho.

—Muchas gracias; pero no pierdas el tiempo conmigo.

Se fué de allí por no tener que rechazar otras proposiciones semejantes. Aunque cualquiera de aquellas desdichadas le hubiera ofrecido gratis sus encantos—ofrenda que para su mocedad, sin dos pesetas, constituía de ordinario el ideal en materia amorosa—, la habría rechazado del mismo modo. No era esto una ilu-

sión suya: en el bolsillo llevaba casi intacta la mensualidad, recibida el día anterior, y, sin embargo, sintió que su amargura le alejaba de aquellas mujeres en la obsesión repentina de su Maruja.

¿Estaría a estas mismas horas la muchacha en cualquiera otra esquina de Madrid deteniendo a los hombres para ganarse el sueldo diario? Era posible, y tremendo para él, que indirectamente tendría la culpa de todo. Imposible a tal hora enterarse de nada; pero se prometió no faltar al día siguiente, a la una, al mismo sitio de sus encuentros pasados; si la veía, procuraría enterarse del sainete o del drama de su vida, y si no, la buscaría por Madrid entero, en la casa de la calle del Barco, donde fuese, hasta encontrarla.

Porque la necesitaba, con necesidad absoluta de su alma y de su cuerpo, que de pronto, y en un revivir inconcebible, volvía a presentársele como algo suyo, que él había dejado prestado a los demás, pero que ahora recuperaría en uso de un derecho sagrado.

Dió la vuelta por la plaza del Angel y bajó por Carretas; no se sentía con fuerzas para ir a casa; le espantaba la soledad de su cuarto, donde la imagen de ella se le agrandaría, atormentándole con más intensidad.

Una de las carteleras de la Puerta del Sol le dió resuelto el problema por unas horas; en el Real se anunciaba *La Traviata* por la Bellincioni y Stracciari: la función empezaba a las nueve y eran las nueve y cuarto. Apretó el

paso por la calle del Arenal; hacía frío y perdonaba la cena por aquella noche.

Cuando escaló las alturas del paraíso, Armando decía a Margarita sus cuitas amorosas en la propia sala del festín de la cortesana; Margarita—Violeta en la ópera—le oía como quien oye llover, pero bien claro se adivinaba que de aquella lluvia acabaría la cortesana por mojarse.

Javier, que había leído cuatro o cinco veces la obra de Dumas—¿quién no a su edad?—, que la había visto representar otras tantas a doña María Tubau, y que se sabía casi de memoria la partitura de Verdi, se conmovió profundamente aquella noche durante toda la representación.

Qué verdad tan grande dijo el que dijo que el paisaje, y casi todo en este mundo, no es más que un estado del alma... En el tercer acto, cuando Armando, comportándose como un cochero amoral, abofetea con un puñado de oro a su ex amante en plena fiesta mundana, Javier se echó a llorar. Él no había abofeteado a nadie con oro ni sin él, pero había hecho algo peor: olvidar.

En cambio la muerte de la pecadora al final de la ópera no le conmovió lo más mínimo; acaso porque le pareció que después de todo lo que aquella mujer había sufrido en los cuatro actos, lo mejor que podía hacer era morirse.

XI

Desde las doce y media estaba Javier plantado como una higuera en la esquina de sus fatigas. Había tenido que adelantar la salida del periódico con pretexto de que estaba algo malucho.

La murria de la noche anterior le impidió dormir hasta las cinco de la mañana, y como a las ocho se había levantado, tenía en la cara dos ojeras del tamaño de dos pimientos, que hacían completamente verosímil lo de la enfermedad.

Le duraba la tristeza, aunque algo atenuada por la hermosura del Sol y por la esperanza de ver pronto a la que tales tormentos le causaba. A medida que pasaban los minutos le latía el corazón con más violencia, y cuando el reloj de Canseco dió la una, tuvo que ponerse a pasear a lo largo de la acera para disimular un poco su impaciencia. Sólo pasaron unos minutos y aparecieron por la calle del Príncipe las primeras bandadas de esos pájaros gorjeadores, que es como los poetas llaman a las mo-

distas; no importa que algunas sean más feas que Moncayo; en todas hay juventud, y donde hay juventud, hay alegría, por lo menos en potencia.

Los ojos del estudiante se abrieron como para tragarse a todas las que venían; tenía pensado cómo había de abordar a Maruja; se colocaría a su lado, y si le rechazaba, se colgaría de su brazo sujetándola con disimulo.

Algunas cruzaron el jardín de la plaza y se perdieron por la del Angel; otras siguieron, pasando por enfrente de él, casi rozándole con con los flecos de los mantoncillos; vió dos o tres caras conocidas que él recordaba de meses atrás, algunas indudables compañeras de Maruja, con quien recordaba haberlas visto alguna vez.

Pero Maruja no aparecía; pasaban grupos sueltos y con cada uno se le iba al joven un jirón de su esperanza. Uno que apareció formado por tres, y que venía muy despacio por el centro de la calle, le hizo parar la atención con todas sus ansias. ¿No era aquella de en medio?... Se acercaban; no, ¡no era!

Pero la chica le miró atentamente desde lejos, y al pasar por su lado hizo ademán de pararse. Era la Patro:

—Javier.

—Hola, Patro.

Una misma pregunta se escapó a un tiempo de los labios de los dos:

—¿Y Maruja?

La coincidencia les hizo callar un momento.

Por fin habló Javier medio temblando, horrorizado ante el fracaso de sus esperanzas, que presentía en la respuesta:

—Pero, ¿es que no ha ido hoy al taller?

—¿Hoy?... Pero si hace más de un mes que no sabemos de ella. Se marchó del obrador sin despedirse; yo creí que usted sabría algo...

—¿Yo? Hace tiempo también que no la veo.

—¿Riñeron ustedes?

Al decir esto se le acercó cuanto pudo; había engruesado aquella demonio de chica, con pechos de persona mayor, y que parecía tener retratada en el rostro toda la travesura de una mujer corrida.

—¿Reñir?... sí... a medias.

—Y ¿desde cuándo no sabe usted de ella?

No quiso decirle la verdad entera:

—Desde hace un mes..., poco más o menos.

—Era muy loca...; no se enfade usted, pero era muy loca.

—¿Loca? ¿Por qué?

—¡Ay, no! Si se enfada usted no he dicho nada.

—¿Enfadarme? No, tonta, es que quisiera saber por qué dices eso; simple curiosidad.

—En el taller nos han contado unas cosas de ella...

—¿Sí? A ver, a ver, ¿qué os han contado?

Bajó la voz cuanto pudo, y dijo, metiéndole al muchacho las palabras por la boca:

—Dicen que está con uno.

¡Con uno!—pensó sarcásticamente Javier—¡Con cincuenta!

—Yo no sé nada, pero me gustaría enterarme.

—¿Sí?... Pero ¿es que aún la quiere usted?

—No, no es por eso; pero quisiera saber lo que ha sido de ella.

—Yo quizá se lo pueda decir dentro de unos días.

—¿De verás? ¿Cómo?

—Verá usted...; pero ¿por qué no me acompaña usted a casa? Vivo aquí cerquita, en la calle de Postas; es que quiero contarle a usted unas cosas, y aquí parada se me va a hacer tarde.

—Vamos.

Se puso a su lado, mientras las dos acompañantes de Patro seguían detrás, a modo de parejas de escolta.

—Pues verás... digo ¡ay! pues verá usted.

—Es lo mismo, hija, sigue.

—Ella, aún siendo novia de usted, tenía sus cosas.

—Ya lo sé.

—¿Que lo sabe?

—Sí, me he enterado después.

—En el tupi ese de la Visitación recibía ella sus visitas, y no es chiste; muchas veces, de allí se iba con el visitante a una casa de Ventura de la Vega que está enfrente de nuestro taller. Una tarde, a eso de las cuatro, yo y una de estas que va aquí detrás; pero... verá usted...

Se volvió y llamó:

—Oye, Remedios, haz el favor. Ven tú también, Trini.

Acudieron presurosas las dos, muy satisfechas de que se las diera parte en el chismorreo.

—Vamos a ver: ¿no vimos tú y yo, una tarde en que nos mandó la maestra por cinta, cómo Maruja se metía con uno en la casa de enfrente al taller?

La aludida—más fea que un dolor a las doce de la noche—se apresuró a confirmar:

—Sí, señor, sí; lo vimos. Él era un militar.

—Oiga usted; ella nos vió y ¡se puso más colorada!

—Más que el pantalón de él.

—Eso quiere decir que era de infantería—intervino grotesco Javier.

—¿Quién, ella?—demandó la fea.

—No, mujer, él—intervino Patro.

—Bueno, bueno; pero aclaremos. Ese militar, ¿era un caballero oficial o un simple soldado raso?

—Debía ser comandante.

La fea volvió a intervenir toda indignada:

—¡Comandante! ¡Pues no subes tú poco! Segundo teniente cuando más.

Era la voz de la envidia.

—Bueno; pero era oficial, ¿no es eso?

—Claro que era.

—Menos mal; respiro.

Sí, porque para Javier hubiera sido un golpe tremendo saber que su Maruja se había convertido en una de aquellas hetairas de los desmontes de Rosales, que proveen de amor barato a toda la guarnición. Bien es verdad que aho-

ra, con eso de los soldados de cuota, hay *sorche* que no se contenta con menos que con la Cleo de Merode para epatar en la Fuente de la Teja.

—Bueno, ¿y eso cuándo fué?

—Hace mucho tiempo. Cuando usted no la había dejado todavía.

—Pero, ¿hará tres meses?

—No, tanto no.

En Carretas se separaron las dos amigas, y Patro siguió con Javier por el callejón de San Ricardo.

—¿Y dices que tú podrás enterarte de lo que hace ahora?

—Dentro de unos días, sí.

—¿Cómo?

Desde que se habían quedado los dos solos, la muchacha se pegó a Javier como una lapa, tanto, que éste, al mover un poco el brazo, hubo de rozar, más de una vez, el pecho prominente de la chiquilla. Ella le hablaba mirándole fijamente en los ojos como si quisiera grabar su imagen en ellos para siempre.

¡No me faltaba más que esto!—pensaba el joven—. En seguida voy a morder yo el anzuelo, para que luego me resulte esta chica otro camelo, que, como la Maruja, quiera hacerme tragar el paquete de su inocencia.

Llegaron, siempre muy juntos, a la plaza de Pontejos; Javier no podía pasar nunca por esta plaza sin emocionarse. Recordaba su artículo de *El Trueno*, especie de bautismo literario, en que el cielo se encargó de poner el agua con

una generosidad admirable. Miraba conmovido las piedras de la fuente, y pensaba si realmente no habría él exagerado al afirmar que aquellos pedruscos habían sido puestos allí por los godos. ¿No eran muchos años? ¡Y qué de cosas habrían tenido que ver aquellas piedras —con el Ministerio de la Gobernación siempre enfrente—si era verdad lo que Escosura afirmaba en su artículo!

—Ya hemos llegado.

—¡Ah! ¿Vives aquí?

—Aquí, en el quinto piso mano derecha, tiene usted su casa y una amiga.

—A propósito: ¿dónde vive Maruja?

—¿Maruja?

De buena gana le hubiera mentido, pero pensó que era tonto hacerlo; prefirió decirle la verdad a medias.

—Pues sé la calle, pero no el número.

—Eso me pasa a mí. ¿No es en la de Calatrava?

—Sí, y me parece que en la acera de la derecha, entrando por Toledo, pero tampoco estoy muy segura... Pero, ¿es que aún la quiere usted?

Esto lo dijo la Patro como un reproche; su tontería le hacía ver como inexplicable el hecho de que Javier, teniéndola a ella al lado, pensase aún en otra mujer. Le hizo la pregunta ya dentro de la entrada, donde hizo pasar al estudiante; casi se apoyó en su brazo para decirle:

—No es digna de usted. Se merece usted algo más.

—¿Tú crees?

—Una mujer que le quiera, pero a usted solo, y que no se vaya con otros de picos pardos.

—¿Y si no encuentro esa mujer?

—Alguna habrá... Sin embargo, lo que usted quiera saber de Maruja yo se lo diré; conozco mucho a su madrina y me la encuentro casi a diario en la calle de Carretas.

—Siendo así, ¿cómo no le has hablado de ella cuando empezó a faltar al taller?

—Porque es una tía que no me gusta. Si viera usted qué poco gana una parándose a hablar con ella en la calle... Pero por traerle noticias a usted la hablaré. ¿Por qué no va usted esta noche a buscarme a la salida del taller?

—Voy a tener yo mucho que hacer a esa hora...

—Entonces mañana, o cuando usted quiera.

—Ya veremos.

Para despedirle le dió la mano, apretándosela con fuerza. Por curiosidad volvió él la cara desde la esquina, y la vió plantada en el portal, mirándole fijamente; al meterse en la casa le hizo adiós con la mano.

Por la tarde se fué a la calle de Calatrava y empezó a preguntar en todas las porterías de las casas de la derecha; la pregunta era siempre la misma:

—¿Vive aquí una chica modista que se llama Maruja?

En algunas casas le contestaban en seguida:

—No, señor; aquí no.

En otras, la portera vacilaba un poco:

—Maruja, Maruja...

—Sí, señora; que vive con su madrina. Es una chica alta, de ojos negros...

—No, señor; aquí no es—interrumpía siempre la interrogada.

En una de las porterías se encontró, en vez de portera, un hombre de hosca catadura, que roncaba repantigado en un sillón; tuvo que despertarlo.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Quién me llama?

Y le colocó la pregunta de rigor.

—¿Que si vive aquí Maruja?... ¿Y yo qué sé?

—Hombre, como es usted el portero ..

—¡Yo qué he de ser el portero! Soy el marido de la portera, por desgracia... Pero aunque lo fuese, ¿es que va uno a saberse de memoria los nombres de las ochenta y seis personas que viven en la casa?

—No se enfade, hombre; ¿a quién podría yo preguntárselo?

—Ahora a nadie, porque la mujer ha ido a un *recao* y no volverá hasta la noche.

Javier le alargó un pitillo; el cancerbero se humanizó un poco:

—Esa por quien usted pregunta, ¿es casada?

—No, señor.

Se rascó la cabeza por encima de la gorra:

—Mire, usted: suba ahí, al primero; a la derecha verá usted una puerta que tiene una campanilla; llame usted ahí y quizá le puedan decir algo.

Subió, tiró del cordel lleno de grasa, y escu-

chó al interior un levísimo tintineo de campana; pasó un rato y se abrió una mirilla por donde salió una vocecilla infantil:

—¿Qué deseaba?

—Hace el favor de decirme...

Pero antes de que terminase, cerróse de golpe la mirilla y se abrió la puerta cautamente. El interior de la casa era una cueva, lo mismo que la escalera, por donde Javier tuvo que subir a tientas.

—¿Qué deseaba?—volvió a preguntar la vocecilla de flauta.

—¿Hace el favor de decirme si vive aquí Maruja?

—¿Maruja?... Aquí, no, señor; pero pase usted.

—Muchas gracias; no quería más que saber...

—Pase usted, pase usted..., voy a avisar a mamá, por si ella sabe...

Se encendió una bombilla en la estancia, y Javier, sin pasar aún, pudo ver un recibimiento pobre con sillas y sofá de anea y una mesa camilla en el centro; a un lado había una cómoda con jarrones de flores, y al fondo se veía la entrada de una alcoba, algo más lujosa que el recibimiento.

—Pase usted, joven; mamá viene en seguida.

La que hablaba era una chiquilla de catorce años cuando más, muy mona, con el pelo en bucles, caído sobre los hombros, y una blusita de seda roja muy escotada.

—Siéntese aquí—señalando el sofá—, que voy a pasar recado.

Se oyó dentro un cuchicheo y un vozarrón grueso de ternera, que gritaba, como para que le oyese la visita:

—Pero, Dalia, ¡por Dios! ¿Por qué no le has pasado al gabinete?

Oyóse un frúfrú de sedas; lo que se aproximaba, por el ruido que metía, debía ser un catafalco con faldas.

Y así fué: por una puerta, que medio tapaba un portier, apareció una mujer grande, espléndida de formas, morena y de facciones duras, de ese tipo de mujer gigante de los barrios bajos madrileños, que con el otro menudito y ligero de las obreras y menestralas, forma el compendio de la raza. Llevaba una bata de encajes, muy sujeta en el pecho—que era enorme—y muy suelta en todo lo demás. Con gran confianza, como si conociera a Javier de toda la vida, se sentó en el sofá al lado suyo, y le habló con su voz gorda:

—¿Por quién preguntaba usted? Porque ahora no hay nadie en la casa.

—Quería saber si vive aquí...—y colocó la cantata que ya se sabía de memoria.

—Mire usted: aquí vivir no vivimos más que mi hija y yo; pero se le puede traer quien usted quiera, siempre que sea persona... vamos... ya me entiende usted.

—¿Traer?

Lo comprendió todo: se había metido en una cueva más, no tan pregonada y conocida como otras, pero igual en cuanto a lo demás.

—Esa Maruja que usted dice, ¿es que la ha

visto usted entrar aquí o es que usted la conoce de otro lado? Yo no recuerdo de ella...

No sabía qué decir para salvar el triste ridículo de la situación.

—No; es que... me dijo que vivía en esta calle, pero no me dijo el número.

—¿En esta calle? ¿Maruja?... No, señor; ya ve usted si yo las conoceré a todas...

—Pues entonces es que me ha engañado.

—Seguramente.

—Así que yo le pido a usted perdón...— y fué a levantarse para marcharse.

—¡Ay!, pero no se vaya usted por eso. Ya que ha venido... Dalia—dijo a la chica, que estaba de codos en la camilla sin quitar vista del joven—, abre el gabinete y que pase ahí este joven.

—Señora, si yo no quería más...

—Ya le digo que aquí se le puede traer a usted lo que quiera. Usted me dice su gusto y yo no tengo más que mandar un recado. Ya ve usted, ahí en la calle esa de al lado hay una mujer, en la tienda de huevos, que si a usted le gusta, viene en cuanto yo la llame. ¿No la conoce usted?

—No, señora; no tengo ese honor.

—Pues es una gran mujer; de lo mejor que hay por estos barrios; es casada. El marido está siempre ahí en la tienda con ella. Si quiere usted, puede salir a la calle, pasar por la tienda como quien va a otra cosa, y verla. Si le gusta, yo la mando llamar en seguida... Aquí, en el piso de arriba, vive otra... pero esa

no le debe gustar a usted; es muy delgada, y yo creo que a usted, por su edad, le deben gustar llenitas.

—Sí... ¡Se hace lo que se puede con todas!

—Y, en último caso, si no quiere usted salir a buscarlas a la calle...—al llegar aquí el catafalco se conmovió, bajó los ojos tímidamente y ensayó un conato de rubores—aquí nos tiene usted a nosotras.

—¿A quiénes?

—A la niña... y a mí.

La niña había ido a abrir el gabinete. La madre—o lo que fuera—aprovechó la ausencia para alabarla:

—Es una criatura todavía; pero con personas formales como usted ya se atreve. Porque usted, a pesar de la edad, parece muy seriecito.

—Tengo mis horas... Pero, ¿es que la niña ya...?

—No, no; nada malo; no vaya usted a pensar... Está todavía como salió de mis entrañas; pero para jugar, no es porque sea mi hija, pero es un bocado delicioso.

Todo aquello, dicho con el vozarrón de chantre que disfrutaba aquella señora, era algo muy grotesco y muy puerco a la vez.

—Si no le gusta a usted ella, pues... yo ya no soy lo que fuí; no trabajo por mi cuenta más que raras veces. Si quiere usted que haga esta tarde en su obsequio una rareza... la haré.

Se miraron y se rieron a la vez; ella se aproximó todo lo que pudo y le puso una mano en el hombro.

—No tengo lo que mi hija tiene: frescura de niña; pero poseo otras muchas cosas que ella, ¡la pobre!, como es tan niña, aún no puede tener.

—Lo creo.

—Y, en último caso, entre las dos se completa todo...

¡Qué asco! — pensó para sí el joven; pero mientras lo pensaba se dirigió al gabinete, guiado por la mano experta de la dueña de la casa.

....

Al bajar había regresado ya la portera: tenía cara de buena persona, y se dirigió a ella:

—Antes le pregunté a su esposo y no supo darme razón: una tal Maruja, modista, que vive con su madrina...

—¿Maruja?... Esa debe ser la de aquí al lado, dos portales más abajo.

Y era, efectivamente; sólo que la portera de la casa le sacó de dudas de un modo absoluto:

—Sí, señor; aquí ha vivido hasta hace un mes, en que se llevó los muebles.

—Y ¿dónde ha ido a vivir?

—Pues, sabe usted, que no me lo dijo...

—¿Con quién vivía?

—Con su madrina..., es decir, casi sola, porque la madrina apenas paraba en casa ni de noche.

—Y ¿no tiene usted ni una idea de dónde se habrá podido marchar?

—Nada, no, señor; a mí me parece que vino

con ella a hacer la mudanza un hombre, así como un criado de casa grande.

—¿Había venido antes por aquí ese hombre?

—Alguna vez, cuando ella no estaba, a traerle alguna carta.

—Y ¿no subió nunca?

—Nunca, no señor.

—Bueno... entonces lo que yo busco se ha perdido.

La portera sonrió bondadosa:

—Alguno se lo habrá encontrado, señorito.

XII

Una tarde, al llegar Javier al Ateneo a la hora del café, se sentó en una de las tertulias del salón de tapices: la formaba ese elemento heterogéneo que pulula siempre por los salones de aquella casa, compuesto de estudiantes, empleados con aficiones literarias y escritores incipientes junto a otros ya consagrados por la fama. Don Cristóbal de Castro, que la presidía, hablaba con su facundia habitual del cambio que iba a operarse en la dirección de *El Cuento Semanal*, el simpático periódico muerto cuando la vida le sonreía con más fuerza; el inmortal cantor de Flérida se dirigió a Javier para decirle:

—Oye, Escosura — sabido es que el egregio autor de *Gerineldo* tutea a todo el mundo, como buen moro de Córdoba—, ¿por qué no escribes tú un *Cuento Semanal?*

—¿Yo?

—¡Claro! ¿Por qué no?

—¿Para qué? ¿Para que esté siete años archivado en los cajones de la mesa del director, y

al cabo de ellos me digan que no les sirve?

—No, señor; yo me encargo de hacer que te lo publiquen: ¿no ves que me ha llamado la propietaria para que yo encauce aquello?

—Que tú te encargas...; pero, ¿hablas en serio?

—¡Qué tonto! Pues claro... Bueno, siempre que esté bien escrito; ahora, si sales con una batata, lo mejor será que te lo metas en los bolullos.

—Pues te cojo la palabra.

—Me alegro.

Diez minutos después, Javier Escosura estaba en uno de los pupitres de la biblioteca del Ateneo ante un montón de cuartillas, en una de las cuales se leía en letras muy grandes: *Rincones de Madrid: La Casa de los Guiomares.* Para documentarse se había mandado traer unos tomos de Mesonero Romanos y un Diccionario de la Lengua castellana, por lo que pudiera ocurrir; escribir cien cuartillas, al pie de las cuales había de aparecer su firma, lanzada así ya seriamente a los vientos de la publicidad, no era lo mismo que trazar unas líneas anónimas para las columnas de *La Nueva Era*, en las que la responsabilidad de los posibles disparates gramaticales sería en último caso del corrector de pruebas.

Le emocionaba la idea de este *debut* con todos los honores en la prestigiosa revista donde sólo colaboraban firmas ilustres o, por lo menos, conocidas, salvo alguna incógnita que se colaba de matute; claro que él, por lo pron-

to, sería uno de esos matuteros, gracias a la amistad de don Cristóbal, pero dejaba volar la imaginación, y tras aquel afortunado ensayo, veía él dilatarse el horizonte de sus éxitos en perspectivas luminosas.

Escribiría un libro. ¿Por qué no? Un libro en que le contase al público una serie de cosas interesantes que él tenía en la cabeza, sin nada de aquel lirismo filosófico que ahora parecía ser la consigna de todas las firmas nuevas. Y tras el éxito del libro empezarían a lloverle las colaboraciones en los periódicos, con las cuales él sabría formarse una renta segura, para trabajar con más independencia en empresas mayores.

No estaba tan sobrado de firmas buenas el mercado literario para que la aparición de una nueva que se traía cosas, fuese mirada con desdén por los directores de periódicos y de empresas editoriales. Y él triunfaría, no le cabía duda: contaba para ello con la fe, base del éxito, según él le había oído pregonar muchas veces allá abajo en plena cacharrería al general Vallés, aquel supremo optimista del amor y del esfuerzo. Triunfaría, y su triunfo le serviría para mandar al vergajo aquella árida carrera de Derecho que él seguía por rutina de sus padres, pobres viejos de provincias que nada sabían de estas embriagueces del triunfo y de la gloria.

Sólo que para todo eso hacía falta, lo primero, escribir el cuento, y se puso a escribirlo.

Había elegido por asunto la sencilla historia

de la casa de los Guiomares, viejo caserón de piedras góticas que se alzaba en una calle sombría de la Corte, en pleno barrio del amor y del vicio. En el palacio, que fué mucho tiempo morada de linajes ilustres, había instaladas en la actualidad una academia de baile flamenco dirigida por Antoñito *el Sonrosao*, y una casa de préstamos vergonzante, que se anunciaba en los periódicos con el título de «Monte protector del obrero».

A explicar esta sarcástica metamorfosis de los destinos del edificio se consagraba el cuento de Javier Escosura, y no hay que decir que el argumento le servía de pretexto para trazar unos cuantos cuadros de evocación maravillosa de ambientes pasados y de viejas edades. No estaba él muy seguro de que todo lo que afirmaba como sucedido en la época de los Felipes, fuese rigurosamente histórico: la mitad, por lo menos, lo había sacado él de su cabeza en las horas sombrías del atardecer en que se dedicaba a vagar por las calles por si se tropezaba a su Maruja, o en las no menos sombrías en que tenía que aguantar desde los bancos de la cátedra de Derecho político las explicaciones especiosas del profesor.

¿Y qué que no fuera verdad? ¿No tenía la fantasía derecho a reclamar su parte en la obra de arte, que al fin y al cabo no era un epítome de Historia? La probidad del artista evocador quedaba a salvo sólo con que todo lo que él contaba, si no ocurrió, hubiera podido ocurrir; y sabido es que todo lo que no ha ocurrido en este

mundo ha podido ocurrir, a poco que Dios se lo hubiera propuesto seriamente.

En uno de los pasajes del cuento había un doncel a quien la dama de sus pensamientos —cierta duquesita rebelde y casquivana—se le había fugado cierta noche con uno de sus pajes, y no le había vuelto a ver el pelo. El doncel lloraba, pateaba y se enfurecía al principio; mas luego, y a medida que los días iban pasando, sentíase invadido de una especial melancolía, refugiándose a las horas del crepúsculo en el aposento de la casa de los Guiomares donde la viera por vez postrera—y que era el mismo donde Antoñito *el Sonrosao* tenía ahora su cuarto de baño—, y allí se entregaba a las explosiones de su lírica amargura, llegando un día hasta coger la pluma y escribir una carta que luego había de entregar a los azares del viento, por si éste quería llevarla al paraje ignorado donde la ingrata estuviese.

Tenía Javier abierta en el corazón la llaga que la ausencia de Maruja le produjo, llaga que fué agrandándose a medida que adquirió el convencimiento de que la había perdido para siempre y de que nunca más la vería. La dueña de la casa del Barco, a quien acudió como a postrer rayo de esperanza en busca de informes, le acabó de borrar toda ilusión:

—Hace lo menos un mes que no viene por aquí, ni sé una palabra de ella.

¡Un mes! Por lo visto era la fecha de la desaparición, ya que de un mes le habían hablado también la Patro y la portera de la calle de Calatrava.

Mientras iba trazando sobre las cuartillas del cuento las frases que el doncel ponía en la carta, cuyo cartero había de ser el blando céfiro, se le escapaba el alma por los puntos de la pluma, al extremo de que, con una sencilla sustitución de nombres, hubiera podido llegar la misiva a manos de la ingrata modista.

«¿Qué te hice yo, ¡oh, Agata de mis sueños!, para que así me abandones? ¿En qué rincón de la tierra ocultas tu desvío, sin pensar en quien sufre por ti los tormentos de la ausencia? ¿Tan mal te fué a mi lado el tiempo que en él estuviste, que has necesitado emprender el vuelo? Y es que tú no has sabido nunca cómo yo te quería: engañada por mi indiferencia aparente de los primeros días—cuando descubrí tu traición, ¿te acuerdas?—, creíste que mi amor había muerto, como las florecillas a quienes asfixia la escarcha.

»Si me vieras ahora, te haria volver a mí la compasión, ya que no el amor; ¡si pudieras medir la intensidad de mi sufrimiento, cuando miro y no te encuentro a mi lado, cuando busco tu rostro para besarlo y no lo hallo, cuando quiero estrechar tus manos—¡sabias tórtolas que han anidado en tantos nidos!—y sólo estrecho el vacío que tú has dejado en mi corazón!...

»¿Por qué te has ido? ¿Qué te hice yo?... En estas horas en que el día padece el estertor de su agonía siento en toda su intensidad la grandeza de mi dolor. Se diría que al marcharte te has llevado toda mi vida, a la que no queda ya ni el lejano consuelo de saber que algún día he

de volverte a ver. No, no te veré más. Lo veo aquí, en la soledad de este aposento, que cobijó tantas veces nuestro amor; no volveré a acariciar con mis dedos temblorosos tus cabellos de ébano; no volveré a reclinar tu cabecita loca sobre mi pecho; no volveré a besar tu boca, que era para mí fuente sagrada de vida y muerte a un tiempo; no volveré a cerrar tus ojos cuando por las noches se rindan al sueño, como temerosos de enloquecerme con el fuego de sus pupilas, ¡hogueras de pasión!

»¿Es que has soñado con encontrar quien te quiera más que yo? ¿Es que buscas caricias más sabrosas que las mías?... Mira que buscarás en vano, porque no habrá en la tierra quien sepa quererte como yo te he querido, como yo te quiero, como yo te querré siempre. ¡Cruel! ¡Asesina!

»Dime dónde estás: yo te buscaré; yo sabré echarme a tus pies para perdonarte al mismo tiempo que tú a mí me perdones, pues si me has matado de amor con tu ausencia, yo quise herirte de desdén con mi desprecio. Te busco y no te encuentro...; y no te digo que paso la pena negra, porque en el siglo quince no se decían aún esas cosas... Te llamo y no me oyes; te llamo y no contestas a mi voz; te llamo y no vienes...»

Al llegar aquí Escosura dejó la pluma: estaba plagiando ignominiosamente a los hermanos Quintero en *El género ínfimo*. Pero quiso terminar la carta con un párrafo redondo que asegurase el entusiasmo del lector, y se tiró a fondo con la siguiente ¡balada:

«Después de darte mi amor, voy a darte la vida, porque moriré de mal de ausencia, de tu ausencia, que es para mí el peor de todos los males. Y si algún día llega a ti la noticia de mi muerte, no me llores, no eleves por mi alma preces al cielo, cuyas puertas se abrirán a su paso como alta recompensa a mi martirio. Limítate, ¡Agata mía!, a cortar una rosa del rosal fecundo de tu vida, y, tronchándole el tallo, murmura al caer la tarde: «Así tronché su felicidad, ¡oh, mi buen Liborio!» Y, si quieres, las hojas de esa flor puedes extenderlas sobre mi sepulcro.»

Así, sin más que poner Maruja donde decía Agata, podía él echar la carta en el buzón de la calle de Carretas. Sólo que en las oficinas del Correo Central no iban a entender bien la dirección: «A mi amor. Donde se halle.»

Por ello la despedida de Javier a Maruja —¡¡para siempre!!—tendría lugar desde las columnas de *El Cuento Semanal.*

SEGUNDA PARTE

I

Después del éxito de *El Cuento Semanal,* Javier Escosura había publicado un libro: la fortuna le acarició de nuevo, y esta vez con más esplendidez: del libro titulado *Linaje de héroes* se habían hecho dos ediciones en menos de diez meses, y la firma del joven se contaba ya entre las ilustres, con esa facilidad que hay aquí para consagrar genio a un individuo en cuanto sobresale un poco del nivel de los vulgares.

La crítica había elogiado el primer libro de Escosura con aquella cordialidad explosiva con que se acogen todos los primeros libros, siempre que el autor sepa moverse un poco en el nuevo mundo de las letras. Al segundo ya no le pasaría lo mismo: hablaría de él muy poca gente, y del tercero, los pocos que hablasen sería para decir que el autor era un pollino, que hubiera hecho mejor en dedicarse a sobrestante de Obras públicas. Era la historia eterna de todos los principiantes, y no había razón alguna para que la regla fallase en el caso de Javier.

Éste se había procurado una colaboración en un periódico de Barcelona, que le daba treinta duros por seis artículos mensuales, y otra en una revista gráfica de Madrid, que le valía veinticinco; la primera, para legítima satisfacción de su amor propio, le había venido sin buscarla; la segunda se la había proporcionado la buena amistad de un compañero, aunque sin que él tuviera que pedirla directamente.

Vivía feliz con sus cincuenta y cinco duros mensuales, y algunos más que caían de artículos sueltos en *Blanco y Negro* y los «Lunes» de *El Imparcial*, recibiendo así la plena consagración de persona decente dentro del campo de las letras. Poco después de la publicación de *El Cuento*—por la que recibió sus buenas doscientas pesetas—le planteó un dia la cuestión resueltamente a Vallespina; aprovechó la ocasión de bajar juntos del periódico una noche:

—Digo que cada día me va siendo más difícil venir al periódico con tanta asiduidad; mis trabajos han aumentado, y además los estudios de la Universidad...

—Veo que está usted trabajando muy bien, amigo Escosura; estoy muy satisfecho y usted también debe estarlo, pues tiene las grandes condiciones para nuestro oficio. Claro que a mí no hay quien me quite el orgullo de haber sido yo el que ha descubierto en usted tan felices disposiciones y el que se las ha ofrecido al público por primera vez.

Le daba unas palmadas en la espalda, como suprema recompensa a su mérito.

—Bueno; pero yo, francamente, estando, como estoy, muy agradecido a usted por la acogida que me dispensó al principio, quisiera algo..., vamos, un estímulo para seguir trabajando en el periódico.

—¿Un estímulo?

—Ya ve usted que mi firma vale ya algo; no es lo que era cuando vine a esta casa. Yo no diré que me vaya usted a dar los sesenta duros que le da a García de la Fanosa; pero, vamos, un estímulo, algo que me ayudase; ¡la vida es tan difícil a poco que se meta uno en gastos!

—¡Válgame Dios, amigo Escosura, y en qué ocasión me habla usted de ello! Cuando estoy metido en los gastos del alfombrado de la redacción; cuando he tenido que aumentar en treinta reales mensuales el presupuesto de conferencias telefónicas, porque los demás periódicos vienen pegando; cuando estoy abrumado, extenuado... Tenga un poco de paciencia; ¿cree que me he olvidado de usted? Precisamente ahora se van a crear en Gobernación unas plazas de escribientes décimos, y una de ellas pienso que sea para usted; así se lo he pedido al ministro, y creo que esta vez no me engañará; aunque estos liberales son bastante perjuros.

—¿Escribientes décimos?

—Sin obligación de asistir a la oficina, por supuesto; si acaso los primeros días del mes, para que el habilitado no tenga que llevarle el

dinero a su casa. Pero, ¡por Dios, amigo Escosura, no deje el periodismo! ¡Si viera usted lo que eso adiestra y prepara para todo lo demás! Y luego, andando el tiempo... quién sabe; de mi periódico, desde que yo lo dirijo, han salido ya un subsecretario, dos gobernadores, un diputado provincial y tres concejales.

Por no parecer desconsiderado, aguardó un mes después de aquella conversación, y al cabo de él se despidió del periódico con un pretexto tonto: el de que le cogía muy lejos del café de Candela.

Se marchó con pena, por el recuerdo del año y medio pasado allí, donde empezó a entrever el mundo de la Prensa, en el que él no vió más que dos clases de habitantes: los cucos y los héroes anónimos. Se dejaba en la redacción algunas buenas amistades, como la de Marmolejo, el cronista de Tribunales, y la de Torralba, el simpático repórter de sucesos, que celebró de corazón todos sus éxitos en aquel año, y le acompañó siempre con una frase de consuelo en sus amarguras.

A raíz de la desaparición de Maruja el mismo Torralba le había ayudado a buscarla por todo Madrid, poniendo en juego sus vastos conocimientos de gente de aventura, que le hacían andar como por su casa por ese mundo especial de las vidas errantes.

Al despedirlo en la redacción, Torralba le dijo, mientras le abrazaba:

—Adiós, chico; te doy la enhorabuena, porque eres uno de la jaula que se escapa a volar

con alas propias. Yo no puedo seguirte en tus vuelos, porque soy de los que han nacido para estar encerrados, y encerrado moriré; pero me alegraré que vueles muy alto y que vayas muy lejos, porque cada uno de vosotros que se emancipa es un vengador de los demás... Y si alguna vez te sirvo para algo, no dudes en acudir a mí.

—Lo sé, lo sé, y claro que me servirás.

Lo iba viendo poco a poco por experiencia, y tomaba nota del ofrecimiento, que hubiera sido necio desdeñar.

Abandonaba aquel mundo con el corazón ligero, pues comprendía que hubiera sido suicida permanecer más tiempo en aquella especie de Huerto del Francés, en que Vallespina hipotecaba unas cuantas inteligencias briosas, pagándolas con misérrimos destinos del Estado.

Por su parte, y fuera de lo que había aprendido de ciencia de la vida, no había sacado del periódico más que unos cuantos billetes de teatro, que llegaban a sus manos cuando nadie los quería. García Fanosa se quedaba casi a diario con los de los teatros mejores, y de nada servía que Javier se apuntase con anticipación en la lista que el conserje llevaba: el redactor-jefe se apropiaba siempre la parte del león, y a los demás les quedaban las barreduras.

Duro oficio el de periodista, agostador de energías y de inteligencias, la mayoría de las cuales hubiera brillado con luz propia en cual-

quier otro campo, a no ser por el extenuamiento diario de la ofrenda a la insaciable voracidad del público. Como Fanosa la parte del león de los billetes, se llevaba la Prensa lo mejor de los cerebros que a ella se consagraban, dejándolos débiles para empresas de otra índole. Legión de héroes anónimos en las que se entremezclaba algún cuco desaprensivo. Pero ¿en qué oficio no? Y ¡cómo se amaba a este de la pluma y las cuartillas, con ese amor loco con que se quiere lo que nos hace sufrir mucho!

Todo esto pensaba Javier al abandonar la redacción de *La Nueva Era;* terminaba allí una época de su vida que él recordaría siempre con gusto, con ese sabor agridulce de los recuerdos en que flota un encanto roto para siempre. No se quejaba de su suerte, porque, habiendo bordeado el abismo, se había librado de caer en él, conociéndolo para siempre sin necesidad de que nadie fuese a contarle cómo era.

En los días sucesivos notó en su vida algo anormal, un vacío extraño de algo que le faltase para la normalidad de su rutina; se había acostumbrado a aquel encierro de unas horas en la redacción, y ahora no sabía que hacerse para matar el tiempo.

Se refugiaba en la biblioteca del Ateneo leyendo sin orden ni concierto libros y más libros, y adquiriendo así una cultura algo traumática que le serviría para mucho en esta tierra de incultos. De su estancia en un colegio

de jesuitas le quedaba cierto conocimiento superficial del latín, que él echaba muy de menos en sus compañeros de Universidad, y que le permitía leer en su texto original las tabarras de Cicerón y los libros de Virgilio y Horacio, enterándose casi siempre de su contenido.

Para ir o volver del Ateneo a su casa—se había mudado a la calle Mayor—pasaba siempre por la calle de la Gorguera; no había ya peligro en el paso por aquella esquina, que era célebre en los anales de su vida; año y medio largo de tiempo era medicina más que suficiente para su melancolía amorosa, pues no se atrevía a llamarla amor.

Nada había sabido de Maruja en todo ese tiempo. A veces, al volver a su casa por las noches, cuando por otros motivos se encontraba triste o malhumorado, solía preguntarse: ¿qué habrá sido de ella? Y durante unos minutos pensaba con agrado en aquella criatura, que, a pesar de la vileza de su oficio, se le había entregado siempre desinteresadamente, todo lo contrario de todas las demás mercenarias que él había conocido desde entonces, siempre indagando en su bolsillo, mientras se decían prendadas de sus prendas personales.

Y, viendo esa realidad, pensaba que acaso con Maruja se le había ido la única posibilidad de un cariño verdadero, a pesar de las vilezas de que aparecía rodeado. Y, por las trazas, se le había ido para siempre.

II

Cuando Javier se notaba interiormente muy bestia se encaminaba solo a la calle de Atocha, cruzaba Antón Martín, pasaba por delante de los solares de San Juan de Dios y seguía la acera abajo hasta llegar frente al Salón Madrileño.

El repiqueteo constante de un timbre y la aglomeración de gente que entraba y salía por las tres puertas de la fachada, indicaban que iba a empezar la sección monstruo de las once. ¡Y qué sección! Javier tomaba una butaca lo más cerca posible de las baterías y se perdía por aquellos vestíbulos y pasillos, que le dan a la antesala del teatro aspecto de convento abandonado.

Por las paredes, y encima de unas máquinas infernales, donde echa usted diez céntimos y le salen... juanetes en los pies de esperar que salga una peseta en cuartos, había unos cuadros, anuncios de las artistas que trabajaban en el Salón, casi todas en cueros vivos, como si hubiesen perdido toda la ropa en un incendio o hubiesen empeñado el equipaje.

Algunas, por pudor, llevaban unos lazos de seda a la altura de media pantorrilla, y otras cubrían su cabeza con sombreretes más o menos fantásticos; pero todas, de hombros para abajo y de rodillas para arriba, dejaban a la carne que se manifestase libremente tras el velo incitativo de unas mallas.

Era aquello el aperitivo; daban la entrada para el festín y la sala se llenaba de un público hambriento de emociones, en el que estaban proporcionalmente representadas todas las democracias.

El programa era estupendo: por una peseta que costaba la preferencia y treinta céntimos la entrada general, no podía pedirse más, aunque nos trasladásemos con la imaginación a una de aquellas fiestas orientales en que los rajás de la India derrochan sus fortunas. Porque le servían a uno, en el transcurso de dos horas, nada menos que quince mujeres y tres cintas cinematográficas.

No hay que decir que cuando se reúnen quince mujeres, en cualquier país del mundo que sea, hay entre ellas de todo: feas, horrorosas y alguna a quien se puede mirar a la cara. Aquella noche había también un curioso ejemplar de cada clase de mujer: había una rubia, delgada como una espiga, que bailaba unas napolitanas acompañándose con un pandero, que parecía una equivocada; su puesto no estaba en un escenario de *varietés,* sino en una jaula de monos... En cambio, una morena, algo metida en carnes y en años, que cantaba unas

canciones del Albaicín, sin ser guapa, porque no lo era, tenía una tal expresión de simpatía en la cara, que al público le hacía aullar para ponerse a tono. Como uno de los grandes atractivos de la sección— del otro hablaremos luego—figuraba la hermosa Pepita Sevilla, y no creemos que a la adorable cupletista, reina del buen gusto y del ángel, tenga nadie pero que ponerle: sus enemigos dicen que tiene las carnes muy duras; pero, ¡vaya un defecto! El público hizo que el telón se alzase siete veces entre clamores a la artista, y, sin haberlo visto—¡Dios nos libre!—podemos asegurar que no sería el telón lo único que se alzase ante el triunfo de los ojos de Pepa.

Había una pareja de grillitos que bailaban tangos y garrotines; había una cantaora de flamenco por lo castizo, con bata de cola y moño bajo, a la que acompañaba con la guitarra un mozo crúo que, por lo mal encarado, debía haber sido empleado de Consumos en los felices tiempos en que había de eso en España...

El número final era otra de las atracciones de la noche, atracción que era un enigma, porque se trataba de un *debut*. Una bailarina de quien se decía que había logrado grandes éxitos en el Extranjero, española ella y de belleza excepcional, se presentaba por primera vez ante sus compatriotas, y había elegido para su presentación el escenario del Salón Madrileño.

La Empresa llevaba lo menos quince días anunciándola con grandes tiras por las calles,

y los sueltos de contaduría la presentaban como una estrella que Europa nos había descubierto para darnos una lección. Javier, al entrar en el teatro, ignoraba que iba a ser espectador de un tan fausto suceso; pero bien pronto las conversaciones de sus vecinos de localidad le fueron poniendo al tanto y le hicieron recordar los sueltos y las tiras que él había leído por aquellos días, sin darse cuenta.

La Palomita se llamaba la debutante, y cuando la orquesta—alzado ya el telón—preludió un pasodoble desgarrado y canalla, se extendió por toda la sala un murmullo de expectación; la mayoría de los circunstantes se removieron en sus asientos para buscar cómoda colocación, y de lo alto del techo cayó al escenario un raudal de luz blancoazulada que preparaba el ambiente para la aparición del prodigio.

Javier rápidamente pensó:

—Buen disgusto le van a dar a la pobre si después de tanto preparativo resulta una cacatúa.

Pero no había caso: salió la artista y, apenas el público la vió, estalló un aplauso, que inició la *claque*, pero que amplió toda la masa de espectadores.

Realmente la mujer se lo merecía; de la artista no sabíamos aún una palabra, pues no había hecho más que dar unas vueltas de paseo por el escenario ceñida con un soberbio mantón de Manila.

Javier se fijaba en ella con atención. ¡Qué

cosa más extraña! El parecido era exacto, un poco más afinadas las facciones y con un mayor desarrollo en el cuerpo, que destacaba ahora toda la pureza de sus líneas. Se dijera una hermana mayor que tuviera la misma cara y el mismo gesto.

Comenzó a bailar y la extrañeza del chico se convirtió en duda. ¡Sería ella!... Después de todo, ¿por qué no había de serlo? Bailaba de un modo torpe, a saltos inarmónicos, como novicia que aún no ha aprendido bien el oficio; sin duda, para descansar de la agitación del baile, o por notar que el público no se entusiasmaba demasiado con su danza, empezó a cantar un cuplé.

Apenas su voz firme resonó entre el brillo de la orquesta, las dudas de Javier se disiparon; acabaron de convertirse en certeza al notar un gesto de ella con el brazo derecho, de esos especialísimos que imprimen sello a la persona.

Sí, era Maruja.

El hallazgo no le produjo asombro ni alegría, más bien una impresión de bienestar inexplicable, como quien encuentra de pronto posible algo que estimó imposible de por vida.

Rápidamente, casi sin darse cuenta, formó su plan: al acabar la función pasaría a verla y... ya no se separaría de ella nunca. Bueno, esto último quizá lo había pensado demasiado de prisa. ¿Qué sabía él lo que ella le diría? A la vista de su Maruja, hermosa más que antes, y rodeada además de los esplendores de la fama,

sentía que en un momento le resucitaban en su alma todas aquellas vehemencias de antaño que él había creído enterradas por segunda vez; viéndola ahora, la deseaba con más fuerza que nunca, y llegaba a creer que era Dios mismo el que la había puesto en su camino aquella noche haciéndole entrar en aquel teatro, donde él acudía siempre como a un vermú para otros festines harto bajos de la carne.

Como artista, Maruja, o *La Palomita*, era una de tantas: ni pícara, ni ingenua, ni tímida, ni procaz, se quedaba en ese discreto término medio que es el sepulcro de tanta gente del oficio; pero el público se lo perdonaba todo en gracia a su hermosura. Esta era extraordinaria: los ojos, muy negros, los entornaba ahora para mirar, y resaltaban como dos luces en el blanco de nieve de su cara, que enmarcaban unos cabellos negrísimos. Los labios eran muy rojos, y las formas todas de su cuerpo, en el que se adivinaba una olorosa juventud, tenian aquel preciso desarrollo tan distante de la obesidad como de la delgadez, que es el supremo deleite de un adorador sano de espíritu.

Dándose muy bien cuenta Javier del entusiasmo que la chica despertaba, sentía halagado su orgullo allá en lo íntimo de su ser, al pensar que había sido él el iniciador de toda aquella maravilla: él fué el primero, y no le importaba que tras él hubieran sido legión; para tener en cierto modo derecho a la posesión de toda aquella belleza le bastaba, a su juicio, con aquella indudable primacía.

Bajó el telón entre aplausos, y el joven se encaminó a la puerta del escenario: un tío mal encarado, asomando los tufos por debajo de la gorra de empleado, le cortó el paso.

—¿Dónde va usted?

—¿Dónde? Adentro.

—No se puede.

—¿Que no? Verá usted cómo sí se puede — y apartándolo a un lado suavemente, siguió su marcha imperturbable.

Atravesó un pasillo que parecía una mazmorra, y cuando iba a preguntar para orientarse, vió cruzar a Maruja por el fondo, muy envuelta en una toquilla de lana, y meterse corriendo en un cuarto: llegó a él, vió una estancia no mucho mayor que un cajón de pasas, dividido en su mitad por una cortinilla: del lado acá de ésta habia dos sillas de tela roja.

—¿Se puede?—preguntó el joven con timidez desde la puerta.

—Adelante—contestó la voz de ella desde el otro lado de la cortina.

Pasó el mozo y se sentó en una de las sillas. La voz de Maruja preguntó:

—¿Quién es?

Iba a contestar Javier descubriéndose, pero cuando iba a hacerlo, se levantó la cortina por el lado opuesto, y apareció un hombre joven, muy alto, vestido correctamente y con cara de pocos amigos:

—Buenas noches—dijo hoscamente el recién llegado, y se sentó en la otra silla frente a Javier.

—Muy buenas—contestó éste con un leve saludo.

—¿Quién es, Ignacio?—volvió a preguntar Maruja.

El aludido no supo al pronto qué contestar; miró a Escosura, y replicó al fin:

—No conozco; una visita.

—¡Ah! Es que estoy desnudándome; tenga la bondad de esperar un poquitín.

—No hay prisa—dijo por fin Javier desafiando con la mirada al tío aquel—; no quiero más que tener el gusto de saludarla y darle la enhorabuena.

¿Le conoció en la voz? Tal vez, porque se apresuró a contestar:

—Muchas gracias, y dispénseme un segundo nada más: voy a salir en seguida.

En efecto, no había pasado un minuto cuando la cortina se descorrió del todo, y apareció Maruja, con la cara aún manchada por el colorete, y abrochándose una bata de gasas y encajes: por no hacerle esperar se habia puesto aquello antes de vestirse para la calle; al verle se quedó un poco parada, pero se repuso en seguida y le alargó una mano con toda calma:

—¿Es usted? ¿Qué tal, Javier?

¿Usted?... Bueno; el joven, para ponerse a tono, replicó en igual forma:

—Bien; ¿y usted?

—¿Qué tal le ha ido en todo este tiempo? ¿Acabó usted la carrera? Ya sé que es usted escritor... Muy bien.

No sabía qué decir, y para disimular su in-

tranquilidad hablaba a chorros, y le hacía al joven unas cuantas preguntas sin sentido; de pronto, como si se hubiera olvidado de algo, se volvió al señor de la mala cara y le dijo:

—¡Ay, perdona! Les presentaré a ustedes: Mi amigo Ignacio Santomera, de Bilbao; Javier Escosura...

Se levantaron para darse las manos, y ella aprovechó el momento en que el otro estaba de espaldas, para dirigir a Javier una mirada que quería decir todo esto:

—¡Cuidado con este tío, a quien maldita la gracia que le haces! Márchate en seguida y no me comprometas con tus tonterías.

Felizmente, Javier lo entendió así, y aprovechó unos segundos en que entró otra de las artistas a abrazar y besar a Maruja, para despedirse. Salió del paso con cuatro frases vulgares y recibió de ella la frialdad de otras tantas, que acabaron de cambiarle el humor.

Cuando iba por los pasillos aún pudo oir la voz de aquel tío antipático que le decía a Maruja:

—Has hecho mal en salir así: vas a enfriarte.

Cuando Javier salió a la calle estaba profundamente disgustado de sí mismo. Se tenía rabia.

III

Volvió al teatro a la noche siguiente, pero no quiso entrar a saludarla. La chica, ya más tranquila y sin la emoción del *debut*, le descubrió desde el escenario en la primera fila de butacas. Le miró dos o tres veces con toda indiferencia, como a todos los demás.

Pero él estaba decidido a salir adelante con sus deseos, a pesar del tío aquel de Bilbao, y al acabar el espectáculo se dirigió a la puerta del escenario; el portero le conoció de la noche anterior y se dispuso a cerrarle el paso; pero él, conocedor profundo del corazón humano, sacó del bolsillo una moneda de dos pesetas y se la puso en la mano a aquel tío.

—Pase usted, señorito—se apresuró a decir el hombre, apartándose a un lado y llevándose la mano a la gorra.

—No, hoy no quiero pasar. Lo que quiero es hacerle una pregunta.

—Diga usted—y se apartó con el joven a un rincón.

—Vamos a ver: ¿usted tendría inconveniente

en llevar una carta que yo le diera al cuarto de una artista?

—¿Qué artista es?

—La que debutó anoche: *La Palomita*.

—No se moleste usted; esa no toma cartas de nadie. Si fuera cualquiera de las otras, desde luego: puede usted contar conmigo.

—No, hombre; las otras no me interesan... ¡Caramba! Y, diga usted, ¿cómo podría yo enterarme de dónde vive? Aqui en el teatro deben saberlo.

—Espere usted.

Echó mano al bolsillo de la americana, y extrajo un papel mugriento, doblado en muchos pliegues.

—Aquí está.

—¡Ah! ¿Lo sabe usted?

—Sí, señor; ¿no ve que soy el avisador?

—No sabía nada.

—*La Palomita... La Palomita...* Aquí está: Plaza de las Cortes, 92.

—Bueno, pues muchas gracias.

—Vaya usted con Dios, señorito.

A la tarde siguiente Javier estaba sentado en uno de los bancos que hay al pie de la estatua de Cervantes, en el jardinillo de la plaza de las Cortes; a su espalda tenía el espléndido panorama que se extiende desde el Museo de Pinturas a la nueva casa de Correos: lo más suntuoso de Madrid; delante tenía los tres balcones del piso en que vivía Maruja, y a su derecha se alzaba provocador el edificio del Congreso de los Diputados; pero esto último no le interesaba.

Era el mes de Mayo, y el día era espléndido; antes de colocarse en su punto de observación había tenido la prudencia de depositar otra moneda de dos pesetas en el bolsillo de la portera de Maruja, y gracias a esa prudencia se informó de cuanto quería saber.

Maruja vivía allí, sola, con una doncella y dos criadas, desde hacía un mes, en que había llegado a Madrid. En este momento no estaba en casa; había salido, como de costumbre, en el coche, y en la casa no quedaba nadie más que una de las muchachas.

—Pues subiré a verla—dijo el muchacho.

—No se lo aconsejo, pues no le abrirán la puerta. Si quiere usted hablar a la señorita, lo mejor es que la espere cuando vuelva del paseo.

—Y ¿a qué hora es eso?

—Poco más o menos, a las siete.

—¡Y eran las cuatro y media!

Supo esperar pacientemente dos horas, durante las cuales se dedicó a contemplar los cortinajes de uno de los balcones de Maruja, que estaba abierto. ¿Cómo sería por dentro aquella casa? ¿Cuál sería de aquellas tres la habitación en que Maruja durmiese?

Cada vez que se oía ruido de carruaje por la Carrera o por la calle del Prado, Javier se levantaba del banco y miraba con avidez. ¡No era! Lo menos cien veces se levantó en las dos horas, las de mayor desfile de carruajes que iban y venían del Palace Hotel. Estaba nervioso, preocupado además por la idea de que le

descubriese en aquel acecho cualquiera de los amigos del Ateneo, a dos pasos de allí.

Por fin, por la calle de Fernanflor, apareció un coche descubierto de dos caballos; dentro iba sola una dama, nada llamativa, pero vestida con cierta elegancia discreta, de oscuro, y una pluma morada en el sombrero. Era ella; Javier salvó de dos pasos la distancia que le separaba de la verja del jardín, y cruzó presto la calle; cuando el carruaje se detuvo a la puerta de la casa, ya había el muchacho ganado la acera.

Ella al pronto no le vió; separó con una mano la manta que le cubría los pies, y saltó con ligereza de corzo; adelantóse él, entre tímido y resuelto:

—¡Maruja!

Le había visto, antes de que hablara; hizo un gesto de disgusto, y se apresuró a ganar la entrada sin contestar; fué una bofetada para él, que entró también, ya más decidido:

—Pero, Maruja, ¿qué es esto? ¿Qué te he hecho yo?

Se detuvo. Pero fué sólo un segundo; lo bastante para dulcificar un poco, muy poco, la expresión del rostro, y decir como en una queja, mientras ganaba la escalera:

—¡Válgame Dios, Javier, parece mentira!... Por lo visto tú es que te has propuesto comprometerme seriamente.

Y subió casi corriendo.

Le impresionó al joven el tono casi de amargura que llevaban envuelto aquellas palabras.

Salió a la calle y subió maquinalmente hacia el Ateneo; pero antes de llegar a la puerta, cruzó la calle y se metió en el café del Prado.

Se refugió en el rincón más apartado del simpático café, y pidió chocolate y recado de escribir. Aquello había que arreglarlo sobre la marcha; no podía él conformarse, así de buenas a primeras, con no significar ya nada en la vida de aquella criatura, para quien, por lo visto, no iba a ser en adelante más que un recuerdo molesto. Escribió:

«Maruja: Efectivamente, no quiero perturbar tu nueva vida, ni quiero espantarte la parroquia; pero para que me expliques por qué me has rechazado hoy tan violentamente, necesito hablar contigo a solas. Si en tu casa no puede ser—ya que, por lo visto, te tienen secuestrada—, tú dirás dónde: ¿te parece bien en la esquina de la calle de la Gorguera, a las ocho de la noche? Después de todo, no hace tanto tiempo que nos veíamos allí. Pero si no quieres ese sitio, otro, donde tú digas. A una mujer que sale sola a la calle en carruaje no ha de serle muy difícil encontrar un cuarto de hora y un cuarto interior donde burlar la vigilancia de sus carceleros. Escríbeme a mi casa. Tu... amigo, *Javier Escosura.*»

Fué hasta Carretas y echó la carta en el buzón del interior. Saldría en el primer reparto del día, y en todo él tendría tiempo de contestarle.

Pero ocurrió que pasó todo el día siguiente, y la contestación no llegó. Al otro volvió a es-

cribir muy temprano, antes de ir a clase:

«Veo que no quieres contestarme. Si piensas que pretendo obtener de ti a fuerza de súplicas lo que antes me dabas con tanta facilidad y sin pedirlo, estás equivocada. No quiero más que hablar contigo; la prueba es que preferiría que nos viéramos en un sitio público, en un café, por ejemplo, o en el Retiro. Espero que esta vez sí me contestarás.»

Vana esperanza; la esfinge seguía muda, y muda continuó después de tres o cuatro cartas por el estilo.

Javier, a la quinta, marchó una noche al Salón Madrileño. ¿A qué iba? No lo sabia; por lo menos tendria el consuelo de verla y de que ella le viese. Le vió al salir a escena y no volvió a mirarle en toda la noche; trabajó a disgusto, como deseando acabar, y cuando bajó el telón, negóse de un modo franco a la repetición del número, a pesar del pataleo insistente del público, que amenazaba hundir el pavimento.

Por una casualidad leyó él al día siguiente en la Puerta del Sol el cartel del Madrileño; en él no figuraba ya *La Palomita;* las letras grandes con que de ordinario se le anunciaba entre exclamaciones, ¡¡Exito estupendo!! ¡¡La reina de las cupletistas!!, habían desaparecido.

¿Estaría enferma? Para enterarse fué a su casa: la portera le puso en seguida al corriente:

—¡Cá!, no señor; si ha salido esta mañana.

—¿Sola?

—No, no sale nunca sola; con una amiga que ha venido a buscarla.

Entonces, ¿por qué aquella retirada, cuando el público, entusiasmado con ella, le tributaba todos los honores?

Javier pasó unos días de desaliento, de vaciedad vital, que le hacía verlo todo tras el prisma de un siniestro pesimismo. ¿Sería posible que se le escapase otra vez la felicidad, aquella menguada felicidad a que él aspiraba, como se le escapó la primera? Para atenuar sus *morriñas* se refugiaba de continuo en el seno de las tertulias de amigos, de Candela y del Ateneo, donde se charlaba con exceso, sirviendo esta charla de distracción a la amargura del mancebo.

Pudo comprobar en aquellos días el aserto de la opinión vulgar por lo que se refiere a la maledicencia de la gente de pluma:

—¿Habéis visto el libro de Fulano?—decía a lo mejor un mozalbete, refiriéndose a la última obra de algún consagrado.

—Sí, yo lo he visto.

—Y, ¿has visto nada más anodino e insulso?

—Ya, ya...

—Ese hombre ha perdido los papeles; cuidadado que yo soy el primero en admirar algunas cosas suyas, de la primera época; pero lo que es ahora, está completamente descentrado.

—¿Descentrado? Lo que ha sido siempre es un calabacín, con el fusil siempre en alto para disparar sobre Zola o sobre Maupassant, y darnos como suyas las obras ajenas.

—Ese es un defecto muy común a todos los de su generación. Tenían la creencia de que aquí no leían a los de fuera más que ellos, y obraban siempre creyéndose a mansalva.

—A propósito de mansalva. Me han dicho que Paco Tomillares no estrena ya en el Español.

—Ese hombre se ha agotado con tres obras.

—¡Y qué obras! Porque si fueran *Hamlet*, el *Otello* y *Los bandidos*; pero lo suyo...

—Los bandidos sois vosotros—replicaba un romántico, que se creía en el deber de defender a Tomillares—; si las obras de Paco fueran el *Hamlet* y cosas por el estilo, y yo no digo que lo sean, diríais de ellas lo mismo que estáis diciendo. ¡Pobre Schiller si viviera ahora!

—Vaya, ahora resulta que Tomillares es Schiller, un Schiller de Almería, ¿no es eso?

—No he dicho yo eso; pero protesto de que se le crea un agotado.

—¡Vaya si lo es! Y a los treinta y seis años, que es lo más triste.

—¿Cómo treinta y seis años? Protesto. Tomillares hacía ya ripios cuando yo estudiaba el bachillerato en San Isidro; recuerdo que unas baladas que publicaba en *El Liberal* nos servían para hacer muñecos de papel en la clase de Geografía, y ponerlos de rabo a los compañeros.

—Así habéis salido vosotros sabiendo Geografía... Vamos a ver, Maltrana, ¿cuál es la capital de Servia?

—No creo que estuviéramos hablando ahora

de eso; de lo que se hablaba es de que Tomillares tiene ahora, por lo menos, cuarenta y dos años.

—Más tenía Molière cuando escribió el *Tartufo.*

—Sí; pero escribió el *Tartufo*, tú lo has dicho.

—¿Quién escribió el *Tartufo?*

—El señor de Molière—dijo un joven sainetero, que en sus conversaciones plagiaba al simpatico *Duende de la Colegiata*.

—¡Qué idiotas sois! Pero vosotros, ¿es que no habéis leido las informaciones de Gibier en *Le Correspondant?*

—Yo me limito a leer diariamente *La Correspondencia*, de Leopoldo Romeo.

—Y, ¿qué dice el Gibier ese?

—Pues muy sencillo: que el *Tartufo* lo tomó Molière de una leyenda alemana del siglo XIII, de autor desconocido, y que esta leyenda alemana está tomada, a su vez, de un canto hebraico de los libros del rabí Sem-Levi, que lo compuso en Nínive, no se sabe cuándo; pero resulta, además, que ese canto hebraico no es más que una rapsodia del siglo VI, antes de Cristo, que se recitaba mucho en los pueblecillos del alto Ganges, los días en que se casaba un viudo con una viuda.

—Pues sí que es sencillo.

—A ese paso lo que va a resultar es que el *Tartufo* lo escribió nuestro primer padre Adán en sus ratos de ocio en el Paraíso. Porque vaya usted a saber de dónde habrán tomado su rap-

sodia los habitantes del Ganges en el siglo VI. No creo que fueran más respetuosos que nosotros con la propiedad literaria ajena.

—Pues Gibier, no sólo lo dice, sino que además lo prueba, con gran acopio de documentos y referencias auténticas.

—Pues eso es lo peor; porque demuestra que no se contenta con calumniar a Molière, sino que además reviste la calumnia de todas las apariencias de verdad para que tenga más éxito.

—Ahora que has dicho éxito, quien lo ha tenido, y grande, con su comedia de Lara, es Rodríguez Palacios.

—El, no.

—¿Cómo que él no? Pues yo estuve anoche y le hicieron salir siete veces después del segundo acto.

—No, si el éxito de la obra no te lo discuto yo; tiene un primer acto que no está mal. Para lo que se ve por esos teatros de Dios...

—Entonces...

—Pero es que yo creí que tú estabas en el secreto. A Rodríguez Palacios le escribe todas sus obras un canónigo de Toledo que es medio pariente suyo.

—No sabía nada.

—Pues es el secreto a voces. ¿No has notado el olor a incienso que tienen casi todas sus comedias?

—Es verdad.

—El buen canónigo no quiere que su firma aparezca ante el público, y además no estaría

bien que él anduviera metido entre bastidores, dirigiendo ensayos, peleándose con las actrices, etc., etc. De esta tarea se encarga Rodríguez, que además firma las obras, y luego los derechos de autor se los reparten a medias.

Javier abandonaba siempre estos corrillos con idéntica convicción; sí, se hablaba mal de los compañeros entre la gente de pluma; más que por envidia, como creía la gente de fuera, por diletantismo, por pasar el rato y hasta por mostrar cierto ingenio en la murmuración, que nunca le estaba mal al que de su ingenio tenía que vivir.

Pero al mismo tiempo recordaba el chico ciertas conversaciones por él oídas en tertulias de militares, de clérigos, de abogados... Recordaba las diatribas que caían sobre cierto coronel ascendido a general, sobre cierto beneficiado hecho canónigo... y sacaba la conclusión de que los escritores no tenían que ser envidiados por los demás en este terreno. Por regla general, en tales corros sólo resultaban personas decentes las que estaban delante en el momento de hacerse la clasificación.

IV

Una noche, estando Javier en el vestíbulo del teatro de la Zarzuela esperando el comienzo de una sección, la vió entrar con una señora de compañía y ganar presurosa el pasillo de las plateas. No le vió, estaba seguro.

No habrían pasado dos minutos cuando apareció el tío de Bilbao, muy puesto de *smoking* y mirando a todos los lados con manifiesta desconfianza. Se metió también en la platea.

Cuando el muchacho entró en la sala la vió ya en una de las plateas de la derecha, de cara al escenario, y haciendo el bis a la dueña que la acompañaba. El bilbaíno no estaba visible, pero por ciertos alzamientos discretos de la cortina y por los movimientos de ella, que a veces se acercaba como si hablase con alguien de dentro, se adivinaba que se había refugiado en el antepalco.

Javier, aunque no le quitó vista en toda la noche, no pudo enterarse de si ella le había visto o no; ni una sola vez llevó la vista a aquel lado, absorta como fingía estar en las inciden-

cias de la representación. Verdad es que no miraba a nadie, dejándose admirar por todos a completo sabor.

Dedujo Javier que tal vez aquel hombre sería un tirano que la tuviese prohibido mirar a nadie, obligándola, ya que no podía recluirla en la prisión de un harén como un sultán, a aquella constante despreocupación de cuantas personas la rodeaban, que le daban aspecto de orgullosa.

En tal caso, sería empresa honrosísima librar a su Maruja de aquella esclavitud, por la que la miraba digna sólo de una compasión infinita y no de rencor ni de desprecio. ¡Librarla!; lo de menos sería eso. Pero para que aquella libertad no fuese una tontería más que ella misma rechazase, haría falta tener las pesetas que aquel tío indudablemente tendría, para poder pagar aquel piso y aquel carruaje de Maruja, y aquel *esprit* costosísimo con que ella adornaba esta noche su gorrita, y aquellas alhajas que aumentaban el brillo de su juventud, haciéndola más codiciable.

Lo demás, librarla del tirano, que era al mismo tiempo el proveedor, el hombre-providencia que todas las chicas del oficio de Maruja necesitan y buscan con ahinco, sería arrojarla en brazos de la miseria posible y aun probable, ponerla en el trance de coger otra vez la aguja y trabajar diez horas diarias. ¡A los veinte años!

A esto de la aguja, quitándola de lo otro, le llamarían los moralistas redención por el tra-

bajo: a sus ojos y a los de todas esas señoras que, teniendo de todo en su casa y en su mesa, se dedicaban a construir Juntas y Patronatos para evitar que las chicas se prostituyesen, aquello sería una buena obra.

Sólo que la conciencia de Javier carecía, por lo visto, del resorte de esa moralidad; no por *posse* ni por independencia de escritor, sino por pura sinceridad de su espíritu, se quedaba siempre el muchacho con la duda de si el vicio y el trabajo, aplicados a la mujer, no serían dos nombres distintos de un solo envilecimiento.

Las ilustres damas de aquellas Juntas ignoraban, por lo visto, que en la mayor parte de los casos para aquellas chicas prostituirse era comer y hacer que comieran los suyos; era vestir con decencia y con lujo; era respirar aire puro en el Retiro o en la Moncloa en vez de asfixiarse en el mechinal de un obrador; era mandar en su casa en vez de soportar los mandatos de la maestra; era vivir, en una palabra, y no ir muriendo un poco cada día de anemia y de histerismo.

Partiendo del error de que las muchachas se prostituyen por vicio carnal, es decir, por lo que se llama vulgarmente dar gusto al cuerpo, aquellas damas predicaban contra ese gusto y contra ese vicio y hablaban de lo que sufren las pobres pupilas de las mancebías, de cómo se las maltrata, de cómo se las humilla, poniendo como remate de lo que ellas creen obra de redención la visión del hospital con sus horrores.

Pero, ¿y lo que sufren, y lo que se las maltrata, y lo que se humilla a las pobres pupilas de los talleres y de las fábricas? En esto encontraba Javier la frase compendio en aquella escena de *La Tirana*, en que el gran Martínez Sierra pone en boca de la cupletista alegre algo que es todo un poema: cuando la Tirana, para apartarla de la senda del vicio a que quiere arrastrarla, le dice como supremo argumento:

—¡Mira que morirás en un hospital!

Contesta la otra con donaire:

—¿Piensas tú morirte en un palacio?

No, no mueren en palacios, ciertamente, las profesionales del hambre y de la anemia, y lo más triste es que al morir no les queda el recurso de decir, como las otras:

—¡Que nos quiten lo bailao!

Renunciaba, pues, Javier en el instante a su proyecto de redención. Haría otra cosa: ¿para qué quería su pluma? Sí, eso es, escribiría un libro, su segundo libro, que fuese como la historia de aquel cautiverio de Maruja, recargando bien las tintas en la figura del tirano para hacerle bien odioso y repugnante.

¿En qué mejor empresa podría emplear el crédito de su firma? Sería como una venganza de la pobre chica, presa con cadenas de oro: venganza puramente romántica, pero venganza al fin.

Abandonó también tal propósito, que se le reveló al punto con todos sus caracteres de puerilidad; le repugnaba dar al público sus

asuntos secretos, aunque fuese en aquella forma velada y discreta, bajo la cual nadie descubriría su verdadera índole. Esto le parecía una profanación, digna sólo de aquellos escritores que no saben hablar más que de sí mismo y de sus cosas, como si el centro del mundo fuese su propio ombligo.

Total, que no haría nada para remediar lo que no tenía remedio; la vida era así, según la máxima filosófica de Baroja, y así había que vivirla o pegarse un tiro.

Sólo que de verla, del tormento y del placer de contemplarla a su sabor durante las dos horas que duró la función, se le abrieron una vez más las ganas de acercarse a ella, de hablarla por lo menos. Le sucedía esto siempre que la veía: tal les pasa a los hambrientos a la vista del escaparate de una casa de comidas.

Los místicos que dicen que la vista del ser amado es un consuelo no dicen más que la mitad de la verdad: es un consuelo, pero es también un martirio si a la vista no sigue algo más.

Al día siguiente intentaría..., pero ya estaba harto de tentativas. El sistema de las cartas no daba resultado más que para los carteros y los vendedores de sellos; sin embargo, mientras se le ocurría otro más práctico, insistió en él.

Sólo que ahora las cartas eran de súplica, de ardiente y fervorosa súplica, en que mojaba la pluma en lágrimas, mezcladas con algunas faltas de ortografía, que daban a las misivas cierto carácter de ingenuidad explosiva. Sin que-

rerlo, aparecia el escritor en algunos párrafos, con sus hipérboles, sus malicias estudiadas y sus lirismos de Juegos florales. Bien lo sentía en cuanto se daba cuenta de ello, con aquella separación absoluta que él quería establecer entre el hombre y el escritor y que era todo el ideal de su vida.

En las cartas llegaba, de súplica en súplica, hasta a la vileza; en una llegó a decirle que él se prestaría a todo, que pasaría por todo lo que ella quisiese con tal de que le dejase verla de cuando en cuando un poco de tiempo, como un ladrón que huye de la Guardia civil y pasa la noche en una chumbera.

Pero pasaban días, escribía él sus cartas—a veces dos en veinticuatro horas—y Maruja no daba señales de vida.

Un día, ya en el borde de la desesperación, pasó de la súplica al limosneo; se convirtió en mendigo y escribió la carta siguiente:

«Maruja: ya veo que no soy nada para ti; por lo tanto, ya no puedo pedirte nada. ¿Con qué derecho? Te pido perdón por lo que te he molestado en estos días, y te comunico que mañana jueves, a las diez de la noche, estaré en el banco del jardín que hay frente a tu casa. Si no soy para ti peor que el último de los barrenderos, te ruego, en nombre de tus padres—iba a poner en nombre de Dios, pero me ha parecido muy fuerte—, que te asomes un segundo no más al balcón de tu gabinete. Allí estaré hasta que te asomes, y si no lo haces en toda la noche, allí me sorprenderá el día, y el reúma ar-

ticular que me llevaré a mi casa será el recuerdo eterno que me hable de ti a todas horas.»

Quería vencer tocando el resorte de la compasión, que, según él había leído en ciertos psicólogos de moda, era un resorte que no fallaba nunca en el corazón femenino.

V

La noche, a pesar de ser de Mayo, era sombría; no diremos que hacía frío, pero sí fresco; Javier, que lo vió desde el balcón de su casa al terminar de cenar, sacó del fondo del baúl un traje de dril que allí dormía desde el verano anterior y se lo puso bonitamente.

El sombrero de paja, que en los primeros días de Octubre había ido al fondo de una sombrerera, pasó de él a su cabeza en esta noche memorable, y así vestido, como para unas oposiciones al catarro pulmonar, se echó a la calle y pasó por la Puerta del Sol en punto de las nueve y media.

En las Cuatro Calles se encontró a Felipe Alvarez que venía del periódico—un diario de la noche donde había logrado entrar para cultivar en versos modernos la sátira menipea—; el encuentro le contrarió en alto grado:

—¡Demonio! ¿Dónde vas, Javier?

—Mira, a... la estación de las Delicias a despedir a uno.

—Y ¿para eso te has disfrazado?

—¿Cómo disfrazado?

—Claro, hombre; porque no pretenderás hacerme creer que ese traje y ese sombrero casan con la temperatura de esta nochecita.

—Ya ves..., es que... me he vestido de prisa, ¿sabes?, y, lo que pasa..., que..., vaya se me va a hacer tarde; te dejo; voy a ver si cojo un *cangrejo* que me lleve hasta la Ronda.

—Y ¿cómo no has tomado el que va por Alcalá y te deja en la misma estación de las Delicias?

—Chico, no sé..., es que hay noches en que no sabe uno lo que se hace...; yo creo que si ahora tuviese que ir a un entierro me hubiese puesto una corbata roja.

—¡Distracciones de artista! Bueno, anda con Dios. Ya me contarás mañana si ha caído; porque tú vas de aventura, no me lo niegues. Por lo menos de pesca; verás cómo pescas algo.

—¡Dios te oiga!

Y echó a andar hacia la plaza de las Cortes.

Llegó a ella y vió con disgusto que las entradas del jardín estaban cerradas con alambres; tranquilo, y tiritando un poco, se puso a pasear por la acera de frente a la casa de Maruja. En aquellos parajes la noche era casi sombría; no se veía alma viviente por la plaza ni por las calles inmediatas; sólo el sereno pasaba de vez en cuando de una esquina a otra, con su lento paso de noctámbulo.

Por la parte de la Carrera se oía, cada cinco minutos, el tintineo de los tranvías *cangrejos;*

fuera de eso, ningún ruido concreto. Javier se creyó de repente transportado al medioevo; la casa de Maruja era un castillo feudal; el balcón donde él esperaba—¿esperaba?—la aparición de su dama, era el torreón de los enamorados que había en todos los castillos feudales, y que era donde solían instalarse los *water-closses;* el jardín que dormía a sus espaldas, era el bosque señorial donde el señor de la amada—en este caso el tío de Bilbao—apostaba sus pajes para que asesinasen por la espalda al galán enamorado, y él..., él era el trovador gentil que corría la tierra con el laúd destemplado a la espalda y sin una peseta en la escarcela.

Todo se conjuraba para trasladarle al medioevo; de uno de los palacios de construcción reciente que se alzan a la izquierda de la plaza, salió el arpegio de un piano; ¡extraña coincidencia! Era *El Trovador*, de Verdi:

«Deserto sulla terra
col río destino in guerra,
e sola speme un cor...»

Las lágrimas se dieron cita en los ojos de Javier; eso era él: un pobre solitario de la tierra a quien la sola esperanza de reconquistar un corazón le daba ánimos para todo; para todo, incluso para soportar aquel airecillo gris que venía de la plaza de Neptuno, y que completaba el cuadro de visión medioeval con su frialdad de llanura castellana.

El reloj de los Jerónimos dió las diez y me-

dia; los nubarrones que velaban la luna no aguardaban, por lo visto, más que esta señal, y empezaron a dejar caer sobre la tierra unas gotas del tamaño de adoquines hidrópicos.

No contaba con esto el trovador; el cielo se disponía a repetir la hazaña que señaló la aparición del primer número de *El Trueno*, como si quisiese subrayar con un comentario líquido los actos más importantes de su vida. A cuerpo y sin paraguas, podía echar el completo en el inventario de sus desdichas, pero no le importaba; mejor; así la ingrata del balcón-torreón se apiadaría más de él, viéndole desafiar por ella todos los elementos, desde el aguacero hasta el garrote del tío de Bilbao.

Cuando el chispeo se iba convirtiendo en llovizna, vió cómo uno de los balcones se abría despacio: la emoción le hizo tiritar más que la inclemencia de la noche. ¡Por fin! Cruzó la calle, ganó la acera, y se detuvo a su borde esperando, ¡esperando!...

Vió un bulto de mujer, blanca, silenciosa, como en las apariciones ancestrales, que se apoyó con desenfado en la baranda y alzó la cara al cielo como para lavársela con el agua de Dios.

—¡Maruja! ¡Maruja mía! ¡Muchas gracias! ¡Dios te lo pague!

Calló la sombra, quedado muda e inmóvil; un rayo furtivo de luna iluminó el balcón, y Javier sintió en el rostro algo así como una bofetada de sarcasmo.

No era Maruja, era la doncella, mujer no

despreciable, pero que en aquel momento le hizo el mismo efecto a Javier que si hubieran colgado en el balcón un mantel sucio o una sábana.

La dignidad le impulsó a huir, después de haber escupido en la acera, pero supo contener el impulso y habló a la aparición:

—¿Es que no está en casa?... ¡Ah! ¿Se calla usted? Pues para eso podía haberse quedado en el cuarto de la plancha; apostaría diez reales a que no ha terminado usted la tarea de la semana.

Ultrajada, sin duda, por aquellas palabras, la doncella se retiró del balcón.

—Vaya usted con Dios, doña Urraca: y dile a tu ama que la salida del Sol piensa este cura verla al pie de su casa.

Le pasó por la mente la idea de armar un escándalo que lo echase todo a rodar; le contuvo, sin embargo, el recuerdo de las ropas que vestía, que hubieran servido para que le tomaran por un borracho al acudir los del orden. Pero no pudo callarse; a gritos inició un letanía, al pie mismo del balcón:

—¡Ingrata! ¡Asesina! ¿Qué te hice yo para que con tantos humos me recibas? Pues qué, ¿no soy el mismo con quien una tarde en la Bombilla te comiste un arroz con cangrejos, y luego bailaste un *chotis*, y luego...

No pudo acabar; desde arriba le hablaban algo que no pudo oir al principio:

—¿Eres tú, Maruja? ¡Por Dios! ¿No me engañas?

—Calla—le susurró su voz semidivina—; espera en la esquina de San Agustín. Voy a bajar.

—¿Qué, tú?...—no acabó, porque el balcón había vuelto a cerrarse.

¿No sería aquello un medio de alejarlo? Pronto lo iba a ver; si le engañaban, estaba dispuesto a intentar el escalo, aunque tuviera que valerse para ello de una cuerda, que pediría prestada en la taberna próxima.

No le cabía en la cabeza cómo una mujer que se había negado hasta a contestar a sus cartas, iba ahora a arriesgarse a salir con él a la calle; o era ahora muy loca o antes había sido demasiado cauta.

La doncella venía hacia él, envuelta en un mantón, por en medio de la calle. Sin duda iba a pedirle explicaciones por lo del cuarto de la plancha. Todo como en el medioevo.

—Señorito.

—¿Qué pasa?

—Me manda la señorita...

—Pues le dices que no admito embajadores, ni siquiera embajadoras. Yo a quien espero es a ella, y si ella no viene voy a subir yo, aunque tenga que entrar por la chimenea.

—Si va a venir; me manda para que busque un coche y lo lleve a la puerta; montará en él y vendrá a buscarle aquí. ¿Dónde encontraré ahora un coche?

—Vaya usted a la parada de ahí arriba, de San Jerónimo, y si no lléguese hasta la de Santa Ana.

—Voy a ver.

Por la calle de San Agustín se oyó ruido de un coche que venía despacio.

—Oiga. Espere, que me parece que se va usted a ahorrar el viaje. Viene ahí uno.

Llegaba, pero cuando Javier le mandó parar, el cochero se excusó:

—Mire usted, señorito, que voy a relevar.

—Ande usted, hombre, ya relevará usted otro día. Vaya usted con esta mujer a aquella entrada.

—Si es para poco...

—Poquísimo, hombre; ahí a la vuelta...; cuestión de diez minutos.

—¡Arre, *Juanito!*

Juanito arrastró el coche como pudo, y Javier quedó esperando.

Poco tiempo, porque Maruja, que esperaba en la entrada, montó de un salto, y dijo al cochero:

—Pare usted en esa esquina.

Paró, y Javier, sin mirar quién le aguardaba dentro, abrió la portezuela y preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Tú dirás...

—¡Ah! ¿Me dejas que yo guíe?... Cochero, vamos a acercarnos en un momento a los Cuatro Caminos, pero sin prisa, ¿eh?

—Como usted quiera, señorito.

El auriga se había resignado y guardaba sus protestas para la hora de la propina. Sin embargo, al dar al caballo la orden de marcha, dándose cuenta de la carga que llevaba, no

pudo menos de exhalar una queja, que era una balada:

—¡Pobre *Juanito!*... ¡Con lo fría que está la noche y con lo que tendrán que... hablar éstos!

Y se subió hasta las orejas el cuello del impermeable.

VI

—¿Tienes frío?

—Ahora ya no, pero en la calle lo he tenido.

—¿Qué traje llevas?

—Uno.

—Sí, uno del mes de Agosto. Yo creo que estás loco.

—¿Es posible?

—Y, ¿qué es lo que quieres?

—¿Cómo que qué quiero?

—Claro: me has escrito un centenar de cartas: en todas ellas me decías que querías verme, que no deseabas más que estar a mi lado un rato; pues ya estás; ahora, ¿qué es lo que quieres?

—Pues eso, ¿te parece poco?

—Y, ¿cómo es que antes me huías y te separaste como quien se separa de un gato al que se le ha tomado poco cariño?

—Velay; cosas de la vida.

—¡Sí que estáis buenos los hombres!

—Y las mujeres.

—Estuve a buscarte en tu casa antes de marcharme.

—Lo supe.

—La portera me dijo que no estabas; no sé si sería verdad.

—Lo era.

—Lo que sé es que padecí mucho al pensar que me tendría que marchar sin verte; pero yo no sabía dónde buscarte. Me quedaban veinticuatro horas de estar en Madrid, y al café no iba a ir a verte.

—Bueno, te fuiste... y, ¿qué? ¿Dónde has estado?

—¡Uy! No se dice eso pronto. En muchos sitios; en alguno ni me he dado cuenta. He tenido la precaución de comprar una postal en cada uno de ellos, y las tengo juntas en un paquete: gracias a ellas podré recordar cuando quiera los sitios en que estuve.

—Sí que te has fijado...

—A lo mejor leo en un periódico algo gordo que ha pasado en tal o cual parte, y me pregunto: ¿he estado yo aquí? Cojo el paquete, lo desato y voy pasando una por una las postales hasta que encuentro el sitio, o no lo encuentro. Si lo encuentro, lo miro un rato y me digo: ¡qué bonito debe ser esto! Y a veces me da rabia haber estado allí y no haberme fijado en lo bonito.

—Y, ¿en todos esos sitios has trabajado como artista?

—¡Quita, hombre! ¡Por Dios! Eso de la fama mundial y de la estrella europea, que habrás leído, es mentira casi todo; cosas de ese, que como tiene dinero y quería que yo fuera artis-

ta, me ha hecho el reclamo a fuerza de pesetas.

—Y ¿quién es ese?

—Aquel que te presenté la otra noche en mi cuarto del teatro.

—Sí, ya me lo figuro; pero ¿quién es?

—Pues hijo, uno de Bilbao, que es más rico que puede. Es casado, y tiene tres hijos.

—¡Habrá sinvergüenza!

—La familia la tiene siempre en Bilbao, y él se pasa casi todo el año aquí.

—¿Dónde lo conociste?

—Pues en... en la calle. Me siguió, subió conmigo...

—¡Muy bonito!

—¿Dónde querías que lo hubiera conocido, en algún baile de Palacio...? ¿Dónde te conocí a ti?

—Es verdad: no te faltaba haber añadido más que «¡maldita sea la hora!».

—No; ¿por qué?

—Bueno, sigue.

—Pues nada, que le gusté y me dijo si quería irme con él a París. Me compró ropa hecha, dejé los muebles de mi casa en el guardamuebles...

—Lo sé.

—¿Que lo sabes?

—Sí; me lo dijo la portera de tu casa; porque yo también te he buscado a ti, como tú me buscaste a mí.

—¿De veras?

—Ya lo creo; sólo que ya era tarde.

—Nunca es tarde...

—Puede que tengas razón... Pero oye, ¿qué hiciste con tu madrina?

—La jubilé. Ignacio le dió mil pesetas y le buscó un puesto de ama de llaves en casa de un cura, medio pariente suyo.

—¿Quién es Ignacio?

—Ese, el de Bilbao.

—¡Ah!, sí...

—Pues llegamos a París, allí me equipó; durante dos semanas no hicimos más que recorrer almacenes, casas de modistos, joyerías... A lo mejor salía él solo a sus cosas y yo me quedaba encerrada en la habitación del hotel.

—¿Encerrada?

—¡Vaya! Sólo que un día me echaron una carta por debajo de la puerta; la abrí: era de un inglés que se hospedaba en la habitación de al lado; estaba escrita en español chapurrado, y me decía que me daba tres mil francos si le recibía media hora.

—¿Y tú?...

—¿Para qué quería yo los tres mil francos, si me sobraba el dinero por aquellos días? ¡Si me hubiera ofrecido sacarme de mi habitación sin que se enterara Ignacio, llevarme un día al campo y dejarme allí correr a mi antojo, puede que hubiera accedido!

—¿Lo rechazaste?

—No le conteste; pero un día en que Ignacio había marchado por la mañana anunciando que no volvería hasta la noche, me dejó—para que no me aburriera, decía él—la compañía de una dama vieja y seca que empezó a darme sa-

nos consejos de moral. Salió un momento al pasillo, y noté que hablaba con alguien: no he podido saber con quién ni lo que le dijo, aunque me lo figuro; lo cierto es que volvió, y, sin cambiar de tono, empezó a aconsejarme... que le hiciera caso al inglés de los tres mil francos; me dijo que me esperaba en un coche, detrás de la esquina inmediata, y, si yo quería salir, ella se encargaba de que Ignacio no se enterase de nada. Pero ¿dónde vamos?—le dije—. Me contestó que a almozar los dos juntos nada más, y que antes de las cinco de la tarde estaríamos de vuelta. Siendo así—le dije—, vamos.

—Y ¿fuiste?

—Te juro que lo hice más por salir a la calle y tomar el aire que por otra cosa.

—Lo creo.

—Me llevó a un restaurante del Bosque; yo casi me emborraché. El estuvo correcto y poco exigente, sin abusar de la situación. Yo pasé un día muy agradable, desde luego el más agradable de todo el viaje... A las seis ya estaba yo recluída en mi habitación del hotel, sentada al lado de la vieja, que hacía ganchillo. Cuando volvió Ignacio, a eso de las nueve, nos estábamos durmiendo las dos.

—Y ¿no supo nada?

—Ni sospecharlo siquiera, y eso que a mí me duraba todavía el colorcillo del *champagne* en la cara.

—¡Me alegro! Ese inglés me ha vengado. ¡Viva Inglaterra! Siempre será la patria de lord Byron.

—¿Quién es lord Byron?

—Uno que escribía, como yo.

—Al día siguiente Ignacio me llevó a una Academia de baile que dirigía una italiana. La señora Crestoni, que así se llamaba, dijo que yo tenía las grandes condiciones para eclipsar a la Otero y a *la Tortajada*. Me examinó las piernas, me palpó los muslos y... a los tres tres días de lección, aprovechando un descuido de Ignacio, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, me hizo proposiciones deshonestas con vistas a la... ¿cómo le dicen allí?

—Sí, sí; el nombre no hace a la cosa, como dicen también por allá.

—Yo me acordé de que me he criado en los barrics bajos y le contesté: «Pero, ¿es que usted se ha creído que a mí me gustan las cotorras?» Pareció no entenderme muy bien y me hizo guardar silencio, mientras me rogaba mimosa: «No se enfade, no se enfade; ¿qué hay de malo en ello?»

—Esta quería vengarme del inglés.

—Pero se quedó con las ganas. Lo cierto es que en poco más de veinte lecciones me enseñó a bailar. Ignacio estaba entusiasmado; a los pocos días salimos para Marsella, y allí debuté en un teatrillo de tercer orden.

—Y ¿qué tal?

—Ni fu ni fa. Pasé: el público apenas se fijó en mí. Canté cinco noches.

—Y ¿dónde más has cantado?

—En ninguna parte. Ni volveré a cantar; no me gusta el oficio.

El cochero golpeó en los cristales de la delantera:

—Señorito, que ya hemos llegado.

Estaban en la Glorieta de los Cuatro Caminos: el coche se paró.

—¿Dónde vamos?—volvió a preguntar el cochero.

Antes de responder, murmuró Javier:

—Parece mentira lo de prisa que pasa el tiempo. ¿Dónde vamos ahora?

—Donde tú quieras; yo no tengo prisa en toda la noche.

—Entonces, verás...

Se asomó por una ventanilla y gritó al cochero:

—Oye, vamos a llegarnos al Puente de Toledo.

En la soledad de aquellos parajes se escuchó, mientras daba la vuelta el carruaje, el estribillo monótono del auriga, como una lamentación:

—Arre, *Juanito*.

VII

—Dime: ¿y por qué te marchaste del Salón Madrileño tan de repente y sin anunciar despedida?

—Pues... vas a reirte cuando te lo diga, pero es la fija.

—¿Qué?

—Me marché por ti.

—¿Por mí?

—Claro: yo no quería verte; mejor dicho, no quería que me vieras... Y como tú habías dado en la flor de ir todas las noches y colocarte de escaparate en la primera fila...

—Oye: ¿y por qué era eso de no querer que yo te viese?

—¡Válgame Dios, hijo! Mentira parece que me lo preguntes. ¿Es que crees que yo no tengo corazón?... Yo sabía que si nos hacíamos amigos otra vez acabaríamos por hacer esto que estamos haciendo ahora.

—Que no creo que sea nada malo. Con una hermana lo haría yo millones de veces.

—Sí; pero si nos viera Ignacio le faltaría

tiempo para decirme: «¿Ves, Paloma, cómo tenía yo razón? ¿Ves cómo eres una cabra loca? ¿Comprendes por qué te he escrito la carta que habrás recibido esta tarde?»

—¡Ah! ¿Te ha escrito una carta?

—Sí.

—Pues ¿dónde está?

—Se fué a Bilbao hace tres días.

—Y ¿qué te dice en esa carta?

Maruja se desabrochó el abrigo de piel y sacó del seno un papel estrujado.

—Toma, léela.

—¿Aquí?

—¿No llevas cerillas?

—Es verdad.

—Dámelas, y yo te iré encendiendo una tras otra.

La carta decía así:

«Querida amiga: Desde hoy nada más que esto: amiga. Me he convencido de que no eres tú la mujer que yo necesito para formarme un hogar que supla las asperezas del mío propio. Desde este momento quedas en libertad de hacer cuanto gustes; una sola cosa te prohibo: que intentes acercarte a mí. En casa de Bonafé encontrarás un depósito de doce mil pesetas puesto a tu nombre. Puedes retirarlo y guardarlo para ti, así como la casa en que vives y todos mis recuerdos. Tu amigo, *Ignacio*.»

Quedaron los dos sin hablar un largo rato. Javier, al devolverle la carta, le estrechó la mano con toda pureza.

—Bueno... y ahora, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué me aconsejas tú?

—¿Yo?

—Claro; no me atrevo a pedir consejo a otro. Tú, por lo menos, no me aconsejarás una tontería.

—¿A qué llamas tú una tontería en este caso?

—Pues mira: en este caso, y en todos, yo creo que morirse de hambre es siempre una tontería.

—¡Es verdad!

—Sobre todo cuando se puede evitar sólo con una palabra.

—Te aconsejo que digas esa palabra.

—¿Mañana mismo?

—Eso no.

—Ya empiezas a decir la tontería.

—No, Maruja; es que yo discurro y me digo: esta mujer, con las doce mil pesetas que le ha dejado ese tío, y algo que tendrá en casa, tiene para pasar una temporada tranquila, de reposo, sin tener que contentar a nadie, y pensando con tiempo en lo que más le conviene, para, con tiempo también, decidirse a ello.

—¡Muy bonito!

—Fíjate que no te aconsejo que vendas tus alhajas y tus muebles y te vayas al campo a cuidar las gallinas, como Margarita Gautier; me harás el honor de suponer también que yo no me adjudico ni siquiera con el pensamiento el papel de Armando. Entre otras razones, porque creo que sería un crimen privar a una criatura joven y bonita, como tú, de lo mucho

que puede ganar — no en dinero solamente— sólo con dejarse querer.

—Veo que te humanizas.

—Claro que alguien diría que no te aconsejo lo del campo y las gallinas porque no te quiero tanto como Armando a Margarita. No sé; no creo que se haya inventado un aparato para medir el cariño como se mide la cebada; lo que sé es que, al considerarte perdida para mí, he sufrido mucho en estos días. Eso, ¿qué es?

—¡No lo sabe nadie!

—No creas que me estoy declarando; te cuento esto como te podría contar un cuento chino o el argumento del último estreno del Español.

—De modo que tú crees que yo ahora debía...

—Dar una tregua a tu cuerpo y a tu corazón.

—Mi corazón no lo necesita. Está siempre en tregua. Mi cuerpo... tampoco está cansado todavía, y, sobre todo, ¿es que tú crees que en nuestro oficio se puede descansar cuando se quiere? Para que la gente se olvide de una, y cuando quiera volver sea ya tarde y tenga que empezar otra vez.

—¡Sí que es triste!

—Pero es verdad. Ahora mismo yo, si quiero, mañana mismo puedo darme el gusto de devolver a Ignacio esa limosna que me envía como despedida. No puedo quejarme: hay un piso en la calle de Serrano que me está esperando, amueblado y todo; lo que hay es que yo... no sé qué hacer. Por eso fué pedirte consejo.

—Nada me habías dicho.

—Y ayer mismo fué a verme a casa Nati, una vecina de cuando yo vivía en la calle de Calatrava. Iba de parte de un señor a quien conocí antes de marcharme, cuando yo corría por ahí...

—Sí, cuando galopabas de casa en casa.

—Me vió el otro día en la Castellana y me reconoció; se enteró de donde vivía, y hoy me ofrece un hotel en el camino de Chamartín, diez mil duros en el Banco, y un automóvil.

—En lo del automóvil hace bien, porque, ¡mira que para venir desde el camino de Chamartín a la Puerta del Sol en día de lluvia...!

—Sólo que yo... no quiero, no me gusta, porque los que la han conocido a una antes, la tratan siempre como a lo que era y no como a lo que es. ¿No me entiendes?

—Vaya si te entiendo; dímelo a mí. Pasa lo mismo en mi oficio; a mí Vallespina, cuando me ve me trata como si fuera todavía el meritorio de su periódico, y, vamos, no es que sea uno un Víctor Hugo, pero algo más que entonces ya es...

—Así es que no sé qué hacer, porque el otro, en cambio...

—¿Quién es el otro?

—Un señor de edad que viene siguiéndome desde que volví a Madrid. Se le ve mucho en los palcos de los teatros, luciendo sus barbas blancas en un proscenio. Con él no me faltaría nada; en varias cartas que me ha escrito me ha dado a entender que él no se opondría a que yo

hiciese por ahí lo que me diera la gana, con tal de que a él lo atendiese todos los dias a una hora fija.

—Y, ¿qué más quieres?

—¡Ah!, sí; pero en cambio, ¡es horrible! Una amiga mía, Blanca Canales, que le conoce íntimamente, me ha contado sus exigencias con las mujeres; como ya es viejo, sabes, y como paga sin tasa, hace que..., pero te daría asco oirlo.

—Me lo figuro.

—Ya ves, ¿qué hago?

— Eso tu estómago lo ha de decir.

—No, eso no, tonto; el estómago se acostumbra a todo. No ves que sabe que a la larga trabajamos para él. Pero es que a una misma, por muy despreocupada que una sea, le humillan mucho ciertas cosas; aunque sepa que nadie se ha de enterar, vamos... que cuesta mucho trabajo.

—¡Pobre Maruja!

—No, ¿pobre, por qué? Otras están en peores circunstancias. ¿Te acuerdas de la Patro?

—¡Que si me acuerdo! ¿No sabes que me hizo el amor, así, me hizo el amor, un día en que fuí a pedirle noticias tuyas?

—No me choca; era novia, con todas las consecuencias, del hijo de nuestra maestra, y a mí quiso conquistarme un día. Iba por buen camino; según me dijo ayer Nati, está de pupila en una casa asquerosa de la calle de Lope de Vega.

—¡Hola!; de donde es parroquiano Calamocha. Le preguntaré por ella.

—Pregúntale y verás; se llama Amelia y se ha pintado de rubio.

El cochero volvió a golpear:

—Señorito: estamos en el puente de Toledo. ¿Dónde vamos?

—¿Qué le digo?—preguntó Javier.

—Dile que a casa; estoy cansada de tanto traqueteo.

En la misma esquina de San Agustín bajó el mozo del coche.

—Quedamos en eso; mañana tarde te enviaré mi chica para decirte dónde nos vemos. En mi casa no me gusta.

Se separaron con un beso casi fraternal, única caricia que los unió en toda la noche.

Maruja le alargó dos duros:

—Toma, págale al cochero; quiero convidarte.

VIII

Javier tenía siempre sobre su mesa de trabajo tres libros inmortales: la *Divina Comedia*, la *Dama de las Camelias* y las *Aventuras de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.*

Cuando llegó esta noche a su casa, con las ropas aún impregnadas del perfume de Maruja, abrió el balcón de su estancia que daba a la calle Mayor; la noche había mejorado y era ahora de una tranquilidad infinita. Abrió el libro de Dumas, y sentándose lo más cerca posible del balcón leyó al azar uno de sus párrafos:

«En ellas, el cuerpo ha viciado el alma, los cálculos han secado su corazón, y el libertinaje ha asfixiado el sentimiento. Las frases amorosas que escuchan se las saben de memoria, conocen al dedillo los medios que sugiere el deseo, y hasta el amor que pueden inspirar saben que no les pertenece, porque lo han vendido. Aman por oficio y no por pasión...»

Cerró el libro y se apoyó en el balcón; en la calle se habían apagado casi todos los ruidos y

los focos del alumbrado público. De tanto releerla casi se sabía de memoria la obra de Dumas, y a pesar de lo manoseada que la tenía siempre le causaban emoción ciertos párrafos.

¿Sería que esto de la prostitución no fuese un vicio y sí un oficio más de los muchos que daban de comer a unos cuantos con esplendidez, y a los demás les ayudaban a no morir? ¿Llegaría la Humanidad a considerarlo así alguna vez, y no como institución nefanda cuyo contacto mancha cual la lepra?

Cierto que la esencia del oficio consistía en fingir una pasión muy noble y muy grande; pero, aparte de que eran muy pocos los que se dejaban engañar por este fingimiento, ¿no había otros oficios considerados por todos como muy nobles y honrosos, que tenían igual base de hipocresía? Javier se asustaba de las terribles consecuencias a que se llegaba con sólo aceptar ese principio.

Sin ir más lejos, su oficio, aquel noble y elevado oficio de la pluma, ¿qué era—salvo excepciones—más que una prostitución del espíritu en que el escritor fingía entusiasmo, fingía competencia, fingía arte, que era tan grave como fingir amor? Sin fijarse en los escritores que, mediante un salario, alquilaban su pluma a este o al otro partido político, a esta o a la otra empresa, ¿es que aun los que alardeaban de más pura independencia no escribían bajo la presión de su público, que era el amo y era el que pagaba?

Quedaba, claro es, la cofradía de los escrito-

res sin público, que, en la seguridad de que nadie los leería, se permitían ciertos alardes de independencia pueril; éstos eran como las solteronas que alardean de su honradez inconmovible porque no han tenido quien les diga: «buenos ojos tienes».

Así como la profesional del amor tenía a veces sus cariños desinteresados, sus caprichos, así el hombre de pluma se permitía de cuando en cuando sus sinceridades; bien caras solían pagar generalmente unas y otros estas escapadas a la ley del oficio. Desde que eso de escribir se había hecho profesión, el profesional tenía un amo, que era el salario, como la cortesana tiene el suyo.

Y cuando salía uno del gremio que hablaba siempre con el corazón, y que en un periódico liberal hablaba contra los liberales, y en un mitin de neos contra el neísmo, acudía en seguida la jauría de los imbéciles a ladrar, como le ladraban a don Miguel de Unamuno, comentando furiosos lo que llamaban sus paradojas y extravagancias, que no eran más que trallazos dados en pleno rostro a los que no se atrevían a desnudarse ante su público como él.

Se alegraba Javier de haber tratado aquella noche a Maruja como a una hermana, más que como a la mujer que en otro tiempo nos apasionó, y a quien se vuelve a tropezar en el camino; prometíase seguir tratándola así en lo sucesivo, esperando que ella sabría agradecerle el ser en esto distinto de todos los demás que se le acercasen. Ya que no podía ofrecerla una

gran pasión, le ofrecería en su amistad como un oasis en el desierto de su juventud.

Al día siguiente recibió Javier una carta del director de un periódico de Madrid, pidiéndole colaboración semanal; la carta tenía un párrafo que era todo un poema: «La índole del periódico, que ya usted conoce, nos obliga a recordarle que no podemos dar cabida en él más que a trabajos en los que vaya impreso el sello de la más rígida moral y el respeto más absoluto a las buenas costumbres. Fuera de esta limitación, puede usted escribir de lo que quiera, y en la forma que quiera».

Eso estaba bien: la moral debía quedar siempre a salvo, por encima de todas las independencias del artista; pero es que había que ver lo que entendía por moral el tal periódico. Un compañero que en él colaboraba le había contado que a él le habían tachado de un artículo la siguiente frase: «La chica se sentó en el suelo, y al hacerlo dejó ver un poco más del arranque de la pantorrilla».

Era esta ñoñería otra forma del trágala que el escritor tenía que soportar, más odiosa aún que la imposición de un dogma político; pero se aceptaba; ¿qué hacer? Eran unas cuantas pesetas al mes, con las cuales se iba viviendo, y no era cosa de renunciar a ellas.

Desde el punto de vista económico, no era mal oficio este de la pluma; de él vivían muy desahogadamente unos cuantos sujetos que, sin llegar a genios, tenían el suficiente sentido común para ganarse los garbanzos con más

comodidad que en el taller o en la oficina. Javier, por su parte, no podía quejarse; al año y pico de escritor reunía todos los meses un ingreso fijo de cerca de ochenta duros, sin contar los trabajos sueltos y lo que sus libros pudieran producirle.

¡Ochenta duros! Consideraba la suma de años de servicios, o la suma de recomendaciones que había que tener para que un empleo del Estado—que parece ser el ideal de casi toda la juventud que estudia—llegase a rendir esa cantidad. Y, sin embargo, aún seguían muchos aferrados a la añeja teoría de que el oficio de la pluma era oficio miserable que sólo daba para tabaco.

No; sólo que al convertirse en oficio lo que antaño sólo fué afición de todo el que creía tener algo que decir al público, se había encanallado, se había envilecido y había dejado de ser motivo de orgullo, para pasar a ser un eslabón más de la cadena que nos une al estómago. Los libros se anunciaban como se anuncia el salchichón o los garbanzos; el precio de un artículo se discutía como se discute el del maíz en las lonjas de contratación. Bien sabían aprovecharse de esta triste consideración los editores, cuando querían tapar la boca a un escritor un poco ambicioso:

—Hombre, ¡por Dios, Fulano!, que no son judías.

Claro es que los editores eran los que menos motivos tenían para hablar de ello: desde el momento en que ellos vendían los libros como

quien vende judías, natural era que el precio de éstas fuese en parte al bolsillo del productor.

A las seis llegó la doncella de Maruja a casa de Javier:

—Dice la señorita que a las nueve esté usted en la calle de Alfonso XII, junto a la puerta del parterre.

—Estaré; oye, ¿ha salido hoy?

—Sí; como siempre.

—Y ¿dónde ha ido?

—Yo no sé, señorito.

—¿Salió sola?

—Sí, señor; y ha vuelto muy temprano con otra señorita; han estado un rato en casa y ahora mismo han vuelto a salir.

—Y ¿quién es esa señorita?

—La señorita Blanca.

—Blanca... ¿Blanca Canales?

—Así creo que se llama.

—¿Va mucho por casa esa señorita?

—Anda, ya lo creo; algunas noches hasta duerme allí.

—¿Qué dices?

—Sí, señor, ya lo creo; anteanoche, sin ir más lejos.

La chica sonrió, bajando los ojos.

—Bueno; pero... cuando se queda en casa, ¿dónde duerme?

—En una alcoba que hay al lado de la de mi señorita.

—¡Al lado!... Y ¿cómo es esa mujer?

—Muy guapa; pero no le llega a mi señorita.

—Y ¿es mayor que ella, o menor?

—Mucho mayor; si puede ser su madre: ahora que por la calle parece una niña. Pero yo, como la he visto muchas mañanas, al levantarse, despeinada y sin arreglarse aún, sé que puede ser su madre.

—Oye: si tú quisieras podrías hacerme un favor.

—Diga usted.

—A ti no te costará ningún trabajo, y a mi me interesa saber...

—¿El qué?

—Mira, tú, cuando estén juntas la señorita y Blanca, fíjate en ellas, obsérvalas, a ver qué notas.

—¿De qué?

—¿No me entiendes? A ver si hay entre ellas algo de...

—Para eso no tengo que fijarme; sí, señor, que hay; pero, ¡por Dios, señorito, no diga usted que yo le he dicho nada!

—¡Calla, tonta! ¿Para qué voy a decirlo?

—Mi señorita es muy buena y no sabe decir que no a nada; por eso hacen de ella todos lo que quieren.

—Ya, ya...

—Esa doña Blanca sabe mucho, y ha cogido a mi señorita, y figúrese usted...

—Me lo figuro... Toma—le ofreció cinco pesetas.

—No, señor, de ninguna manera; ¡buena se pondría mi señorita si supiera que yo le cojo a usted dinero! Lo primero que me ha dicho...

—¡Ah! ¿Te lo ha dicho?

—Sí, señor; dice que a los demás todo lo que me den; pero que a usted ni un céntimo.

Cumplida su misión, la chica se fué a la calle tan satisfecha.

IX

Cuando aquella noche se encaminaba Javier a la calle de Alfonso XII—ya vestido de entretiempo, vuelto al fondo del baúl el traje de dril, que tan buen resultado le diera la noche anterior—, iba pensando en dos cosas a la vez: en Blanca Canales y en la doncella de Maruja.

Decimos cosas y no personas, porque para Javier la una y la otra no eran más que dos objetos o tipos representativos. Con las pocas palabras que la doncella le había dicho se construyó él en su mente el tipo de la tal doña Blanca y se representó el papel que desempeñaba cerca de su Maruja.

La vieja cotorra, sabia en todas las tretas y artimañas del oficio, no era más que una de las muchas que hay siempre en torno a los capullos que se abren. Son estos tipos muy frecuentes en el mundo de la galantería, y caen siempre en la casa donde se alberga una principianta en la que vislumbran brillante porvenir. Ellas aconsejan a las neófitas el modo de

interesar a un amante, y cuando éste ha caído en la red, les enseñan mil artimañas para conservarlo y retenerlo; les resuelven las dudas que pueden presentárseles en casos de elección de varios chotos igualmente ventajosos; las acompañan en sus compras y las ayudan a instalar la casa, enterándolas de mil detalles necesarios para el *confort* especial del oficio; las entrenan en la vida, por fin, y a cambio de todo ello se señalan un cubierto en su mesa los días de festín y un puesto en su palco las noches de teatro; como los carruajes en que las pobrecitas golfas hacen su carrera suelen servir para dos asientos, ellas, las protectoras, se brindan a acompañarlas en el paseo, durante el cual no dan paz a la lengua para decirles:

—Mira: ¿ves aquel que va allí con su mujer y los dos chicos? Ese es Paco Troncoso, el que está con Daniela, *la de las patillas*.

—¡Ah! Sí...

—Y ¿ves aquel que va guiando el tílbury?

—Sí: ¿aquel jorobado?

—El mismo. Ese es Mauricio Ciempozuelos, el de la Berta.

—¿Quién es Berta?

—¡Mujer! La de la calle de Colmenares.

—¡Ah! Ya...

—Este es muy rico; pero ¡es más miserable!... A la pobre Berta la tiene a dieta. ¡Lagarto, lagarto!

—Oye, mira: ¿no querías conocer a María la de Roberto?

—¿Cuál es?

—Aquella que viene allí con el sombrero blanco. ¡Qué guapa está!... Ahora está embarazada.

—¿De él?

—No; de un sobrino suyo, que es cómico: trabaja en Eslava.

—¡Atiza!

—Pero le ha hecho creer a Roberto que es cosa suya.

—¡Vaya por Dios!

A cambio de estos informes, utilísimos para que la neófita se fuera imponiendo en detalles de la sociedad en que tenía que vivir, la profesora se agenciaba casi siempre el goce lésbico de los encantos de la discípula; era esto las más veces medida de cálculo más que satisfacción de un amor torpe. Era un medio de tener a la chica más sujeta y de ser la dueña de sus secretos. Si la chica era tan hermosa como Maruja y tenía su cuerpo y su cara, ¡miel sobre hojuelas!

Javier, que no había llegado nunca a tener celos de los hombres a quienes Maruja conociera, sentía cierta inquietud ante aquella Blanca que le robaba parte de lo suyo. Le parecía estúpida esa inquietud, fuera de toda razón y de toda lógica; ¿por qué se entregaba a ella? Acaso por presumir que las mujeres de cierta clase no entregan a los hombres con quienes tienen trato más que la apariencia de un amor y de un placer, mientras que a las amigas que logran convencerlas de las dulzu-

ras de ciertos extravíos se lo entregan todo sin reservas.

Lo había visto él ciertas veces en alguna de aquellas casuchas que visitaba en pandilla con sus amigos del café; cuando, por complacer a la parroquia, dos de aquellas infelices se entregaban a sus caricias íntimas, se las veía desaparecer al instante el disimulo de la cara, se transformaban, dejaban de ser las profesionales para no ser más que dos hembras sin freno a quienes el fuego de una perversión quemaba las entrañas.

Pero Javier pensaba en la doncella. ¿Cómo se llamaba? Había de averiguarlo. Le llamó desde el primer momento la atención la actitud tranquila e inocente de la muchacha, que viviendo en el fango no se había, por lo visto, contagiado de sus impurezas, y cerraba los ojos, sin notarlo, a aquellas escenas de la Blanca y su señorita.

Parecía una colegiala algo infeliz, que conociese todas las bajezas de este mundo, pero que no las considerase tales bajezas, sin darles importancia. Acaso fuese ella un anticipo de lo que la sociedad sería con el tiempo: ni buena ni mala, sino indiferente, borrada toda idea del vicio, en cuya hipócrita condenación había mucho de convencional y rutinario.

Recordaba lo que Felipe Alvarez le había dicho alguna vez, y hoy mismo le había repetido en la tertulia de la tarde:

—Desengáñate, Javier: en las casas de ciertas mujeres no hay más que un personaje de-

cente, la criada. El vulgo las pinta como avaras, ladronas de sus amas y de los amigos de sus amas, no moviéndose nunca más que por las propinas, y pérfidas consejeras que no aconsejan nunca más que ruindades; pero el vulgo se equivoca en esto como en casi todo. Yo puedo asegurarte, por el testimonio de tres o cuatro a quienes he tenido ocasión de tratar, que son verdaderos perros falderos de sus dueñas, a quienes toman un cariño en cuya explicación tiene que entrar ya la psicología.

—¿De qué manera?

—Muy sencillo: viendo ellas lo mucho que a sus dueñas las solicita todo el mundo, los sacrificios que se hacen por poseerlas, llegan a formarse de ellas una idea altísima; se sienten orgullosas de estar siempre a su lado; de tocar, en el arreglo diario, aquellas carnes que tantos ambicionan; de ver la desnudez de aquellos cuerpos divinos, por cuya sola vista tantos se arruinarían; de lavar y calzar aquellos pies, por los que se dejarían pisotear con deleite varones muy altivos y orgullosos... Llegan a cobrarles un cariño semirreligioso, de ídolos o de fetiches... Y ellas, las pobres golfitas, ¡cuántas veces se tirarían por el balcón a la calle si, en los ratos en que todo el mundo las abandona, no tuvieran el consuelo de aquellas pobres muchachas, hecho todo de fidelidades, de las únicas fidelidades que ellas pueden conocer en este mundo!...

Era un sentimental el tal Felipe, con puntas y ribetes de romántico; por contraste de las

cosas, se ganaban la vida ejerciendo de poeta cómico en los periódicos, y tapando casi siempre con una payasada la mueca triste de su espíritu.

—Sí, Javier, sí; di que te lo digo yo. Si oyes decir que la Fulana, o la Mengana o la Perengana, le ha hecho caso, para refocilarse con él a sus anchas, á un pobre pelagatos que no tiene dos pesetas, puedes asegurar que la doncella se lo ha aconsejado. Son los espíritus buenos de esos geniecillos del mal que llamamos meretrices; el noventa por ciento de los chulos no existirían si no fuera por los buenos oficios de una doméstica de esas, y ya es sabido que el chulo es el punto de contrición que salva y rehabilita siempre ante Dios a la cortesana. No olvides este apotegma.

—Cualquiera diría que tú...

—Que yo me fijo en las cosas, y gusto de hacer justicia. Las pobres chicas, como vienen de la pobreza, ven con disgusto que los encantos de sus amas sean siempre para los ricos: ¡qué demonio!, que alguna vez se lleve un pobre una buena tajada. Y como somos tantos los pobres en este mundo...

—Filosófico estás.

—No lo sabes tú bien: como que muchas veces se me pasa por la imaginación la idea de solicitar la cátedra del Ateneo para dar una conferencia exponiendo estas ideas; el título de la cosa podía ser: «De la doncella de la cortesana, como tipo perfecto de la mujer virtuosa». Pero siempre desisto con amargura de la

idea, porque ¡qué demonio!, no me entenderían. A mí no me entienden más que cuando hablo en coña; lo menos que diría la gente es que yo estaba liado con alguna de esas doncellas, y quería rehabilitar a la clase... Me sé de memoria a mi público.

X

Llegó Javier a la calle de Alfonso XII y se sentó tranquilamente en los escalones de la puerta del Retiro. Al cuarto de hora llegó un coche: en él iba Maruja; pero en vez de esperar a que el muchacho subiera, bajó ella y despidió al cochero.

—He pensado que podemos dar un paseo y subir por la calle de Atocha.

—Como quieras.

—Vamos por aquí—le cogió del brazo y lo llevó por la calle abajo.

—Oye, ¿qué tienes tú con Blanca Canales?

No contestó ella al pronto.

—¿Que qué tengo?... Pues nada, que es muy amiga mía.

—¿Amiga... nada más?

Se echó a reir como una loca.

—¡Qué tonto eres!... ¿A qué viene ahora eso?

—Pues viene a que yo, por más que me esfuerzo, no puedo ver la poesía ni la grandeza de ciertos extravíos. Ya sé que es muy frecuente dárselas de espíritu perverso y afectar

una manga muy ancha para toda clase de aberraciones; pero a mí eso me repugna.

—¿Es que tienes celos?

—No puede ser; para tener celos hay que estar enamorado, y ya sabes que yo no estoy enamorado de ti.

—¡Ya lo sé! Ni yo de ti; no seas presumido.

—Te quiero como se puede querer a una amiga, cuyas prosperidades se celebran y cuyas desgracias se lamentan.

—Pues exactamente lo mismo le pasa a Blanca conmigo.

—Sí; sólo que ella se cobra la amistad con otra cosa, y yo no.

—Porque te la cobraste por adelantado.

—Sí; pero ya...

—¡Si tú supieras los favores que yo le debo a Blanca! Lo mucho que me ha ayudado, lo muchísimo que me ha servido para todo...

—Me lo figuro. También en mi oficio tenemos protecciones de esas que parecen desinteresadas y que no son más que una forma encubierta de la explotación. Así como hay quien se dedica a lanzar mujeres, hay también quien se dedica a lanzar escritores: ¡si tú conocieras al señor de Pastrana!...

—¿Tiene dinero?

—Lo tendrá cuando le toque la lotería.

—Entonces no le conozco.

—Ese también quiso guiar mis primeros pasos; hasta me propuso que colaborásemos en un libro, una colaboración como esas que hacéis Blanca y tú entre sábana y sábana.

—¡Qué estúpido te has vuelto!

--Si te digo que tu oficio y el mío se parecen más de lo que nos creemos... Ahora escúchame un consejo, que aún estás a tiempo: con esas protecciones se queda siempre mal; si no tienes valor para quitártelas de encima, serás siempre una explotada, y si lo tienes y te las quitas, quedarás como una desagradecida, indigna de que nadie se tome interés por ti.

—No te diré que no; pero yo lo que sé decirte es que en muchas ocasiones, si no hubiera sido por Blanca...

—¿Qué?

—Hoy mismo, si no es por ella, no me decido. Anoche te pedí un consejo y te limitaste a compadecerte; hoy se lo he pedido a ella, y como es más práctica que tú, pues me lo ha dado.

—¿Te refieres a aquel elijan del viejo sucio y del otro?...

—A eso.

—Bueno, mira: es que yo no sé tampoco dar consejos en cierta materia. Para aconsejar con acierto en esas cosas es menester ponerse en el caso de la persona que pide el consejo; yo, como soy hombre, no me puedo poner en tu caso; pero Blanca, ¡ya lo creo! ¡Y pocas veces que se habrá visto en él!... ¿A que acierto lo que te ha aconsejado?

—Es posible.

—Te ha dicho que le hagas caso al viejo sucio.

—Sí.

—¡Lo ves! Claro: para ella eso es siempre un plato de gusto... Y dime: ¿tú piensas seguir su consejo?

—Mañana tarde, a las seis, estoy citada con él para... ultimar detalles.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¡Magnífico! Lo único que te ruego es que guardes bien en la memoria todos esos detalles de cuya ultimación vais a tratar en la entrevista, para referírmelos a mí por la noche. Al fin y al cabo, ciertas porquerías tienen siempre el encanto de una curiosidad malsana.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Crees que puedo elegir?

—No; si me parece muy bien lo que has hecho. Desde que empezaste, siempre te ha gustado mucho andar entre barbas blancas.

—Son las más seguras en todos aspectos. Un viejo no es nunca petulante ni le da al amor ese tono cursi de novela que le dais siempre los jóvenes.

—No, si a mí también me han gustado siempre mucho las viejas...

—Además, yo creí que mi decisión te agradaría, porque con ella conservaré íntegra mi libertad. Ya te dije que él no se opone a que yo me divierta por ahí cuanto quiera; así es que podrás verme a tu antojo, siempre que gustes. ¿O es que tú hubieras preferido un tirano de esos como el bilbaíno que se ha marchado, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, y que hubie-

ra acabado por llevarme fuera en cuanto se hubiera enterado de tu persecución?

—Eso te probará que no soy egoísta y que al juzgar tus actos no pienso nunca en mis conveniencias. Claro: si yo fuera uno como hay muchos, puede que estuviera ahora tan satisfecho; tú la amante de un viejo inofensivo y yo tu amigo, libre de gastos. ¿Qué más se puede desear, no es eso?

—Tú sabrás.

—Hasta, con un poco de malicia, podría yo sacarte de vez en cuando algún dinerillo para alimentar mi pasión; es decir, sacárselo al viejo por mediación tuya. Ya ves que me sé de memoria el clisé.

—Tú te lo dices todo.

—Ahora, que sentiría que te enfadaras por lo que te voy a decir; pero de aquí en adelante, siempre que te vea, siempre que me acerque a ti como ahora me acerco, al saber que vienes de los brazos y de las babas de ese pobre anciano y que sales de ellas para ir a las caricias fofas de la puerca de Blanca, no voy a poder reprimir un gesto de asco.

—No te apures; yo me lavaré muy bien.

—Puede que con el tiempo me vaya acostumbrando; no te diré que no; pero lo que es los primeros días me va a costar mucho trabajo.

—Ya verás cómo se te pasa eso. ¡Qué niño eres! ¡Eres más niño que yo todavía!

—Mucho más, gracias a Dios.

Andando y hablando habían llegado a Antón

Martín; torcieron por la calle del Amor de Dios y siguieron por la de las Huertas y el León para bajar por Lope de Vega.

El barrio a aquella hora era un trasunto del Cerámico de Atenas; en cada esquina había una sacerdotisa de Venus, en cada puerta un mercado de amor. Maruja miraba a todas aquellas mujeres como a compañeras con menos suerte y llevaba hacia ellas el raudal de su compasión; el porvenir nadie lo conocía; alguna de aquellas quizá subiese de rango dentro de poco, empujada por la suerte, y en vez de hacer su carrera por las esquinas a aquella hora la haría en coche por las tardes en el Retiro y en la Castellana.

Sólo que pensó en el posible viceversa, y el pensamiento le llenó de espanto; ¿se vería ella algún día obligada, por abandonos de la fortuna, a descender a aquellas esquinas para no morirse de hambre? Una enfermedad que la estropease y alejase de ella a los hombres, el cansancio de éstos, cualquier cosa imprevista, podía ponerla en trance de miseria, y la miseria la empujaría a lo demás.

Había, pues, que defenderse contra aquello con toda clase de precauciones; bien le aconsejaba Blanca al echarla en brazos del viejo, este viejo que la Providencia había puesto en su camino, porque también la Providencia se ocupa de las mujercitas que venden su carne.

Las infelices que aguardaban en las esquinas y en los quicios de las puertas, veían pasar a la pareja con cierto respeto silencioso; a

su paso, y avisadas por el perfume que exhalaba la persona toda de Maruja, suspendían las conversaciones, y los miraban caminar, lentos, cogidos del brazo, resonando sus pasos por la calle solitaria a la luz de la luna.

De una taberna salía el rasgueo de una guitarra; a la puerta había un coche, y en él dos golfas esperaban a que sus hombres acabasen de beber dentro. Iban de juerga, pero en sus caras se reflejaba ese triste aburrimiento del que presiente que va a terminar tarde lo que quisiera no haber empezado; una era muy joven, casi una niña, nueva indudablemente en el oficio; miraba al tío que se atracaba de copas junto al mostrador, como sabiendo que aquel vino acabaría luego en palos y salvajadas sobre su cuerpo. La otra... Maruja la miró casi sin darse cuenta: era la Patro.

Felizmente ella no conoció a Maruja.

—Oye, vamos a prisa—dijo ésta a Javier—. ¿Sabes quién está en ese coche?

—¿Quién?

—La Patro.

Volvió la cara el muchacho, pero ella le contuvo, metiéndose con él por la calle de Quevedo.

—No mires, no vaya a conocernos. ¡Cómo está! No es ni su sombra.

—Es que ciertas cosas gastan mucho.

—¡La pobre!...

Estuvo tentada de decirle a Javier algo muy triste: «¿Ves cómo hago bien entregándome al viejo, que al menos me libra de toda esta mise-

ria de la calle?» Pero se aguantó: ¿para qué? Confiaba en el buen juicio del muchacho, que, pasada la primera impresión, acabaría por darle la razón.

Desembocaban en la plaza de las Cortes.

—Oye, ¿no es muy temprano?

—Ya lo creo.

—¿Por qué no bajamos al café del Palace, y nos sentamos un rato en la terraza? Se debe estar bien allí ahora.

—Ya lo creo.

Encontraron una mesa junto a la mampara de la izquierda; en medio del bullicio de la terraza y de su orgía de luz, estaban como aislados en aquel rinconcito, frente a la majestad de la noche que dormía en la gran plaza, y percibiendo como más purificado el sonido de la orquesta del café.

—Oye, ¿qué idea nos ha dado de venir por esas calles, donde a estas horas no se ve más que miseria?

—Ya, ya...; yo me he puesto de un humor...

Se sentía rodeada de la admiración de aquel público alegre, que ya la iba conociendo, como a mujer de postín.

En una mesa próxima dijeron por lo bajo:

—Mira: ¡si es *La Palomita*, la que trabajó en el Salón Madrileño!

—Y ¿quién es el que está con ella?

—No le conozco; seguramente será su...

No pudo oir el final, pero se lo figuró; apretóse más contra la silla del joven y miró con avidez al cielo lejano como en una liberación.

En esta noche se sentía más pura que de ordinario; mañana ya sería otra cosa, después de la entrevista con el viejo.

—Oye, Javier; ¿sabes que me estaría aqui a tu lado hasta que fuera de dia?

—Y ¿por qué no? Por lo menos hasta que nos echen.

—Hoy no traes el trajecillo de anoche; vienes vestido de persona.

—Es porque hoy no tengo que conmover a nadie.

—¡Qué bien se está aquí!

—Bendito Madrid, que a dos pasos del estercolero ese de las calles que acabamos de dejar, nos ofrece esta terraza, que es como un oasis en un desierto de inmundicias.

XI

A primeros de Junio salía Javier una mañana de la Universidad, donde había presenciado los exámenes de Derecho penal. Aunque sin gusto ni afición ninguna, no había querido dejar la carrera sin concluir; la acabaría sin prisas, pues no le costaba gran cosa rendir su culto a la rutina.

En la puerta se encontró a Felipe Alvarez con una cara más larga que un discurso de Rodríguez San Pedro:

—Te estoy esperando, chico; me figuraba que saldrías a esta hora.

—¿Qué te pasa? Hace lo menos una semana que no vas por Candela: yo he dejado de ir por las noches, pero por las tardes voy siempre.

—Pues yo ni por las tardes ni por las noches.

—Y ¿dónde te metes?

—¿Que dónde me meto?... En mi casa.

—Y ¿qué haces en tu casa?

—Desesperarme; voy a coger una neurastenia que me va a baldar. Mejor dicho, la he cogido ya.

—Pero, todo eso ¿por qué? ¿Qué te ocurre?

—Calla, hombre; una cosa que no le pasa a nadie más que a mí.

—Eso nos creemos todos de nuestras cosas, y luego resulta que a todo el mundo le pasa lo mismo.

—Yo te aseguro que lo mío no es fácil que le ocurra a mucha gente.

—A ver, cuéntame...

—Si no he venido a otra cosa. Contigo tengo más confianza que con los demás. A ti se te puede hablar de esto; no eres como Calamocha, que se ha dedicado a hombre grave y desprecia estas que el llama frivolidades. Además que tú, al fin y al cabo, debes entender algo de esto; cuando se tienen amores con una mujer como *La Paloma*...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Anda, hombre, si lo sabe todo el mundo; eso no es nada malo; al contrario, poco orgullosos que estaríamos muchos si nos encontráramos en tu caso.

—No tengo con ella más que una buena amistad, te lo juro.

—Te creo; pero yo he oído decir que fuisteis novios cuando ella trabajaba de modista... Santero dice que os vió juntos por la calle más de una vez.

—Eso puede que sea verdad... Pero, bueno, cuéntame lo tuyo; ¿qué te pasa?

—Pues, chico, me pasa lo peor que le puede pasar a un hombre: que estoy enamorado.

—Eso es lo peor y lo mejor.

—Bueno; deja tus filosofías para tus libros; cuando te cuente la cosa veremos a ver si te quedas con ganas de filosofar. Se trata de una chica que vive enfrente de mi casa: es preciosa...

—Me lo figuro; no gastes el tiempo en describírmela. Sigue.

—Al principio, ella, que es muy balconera, no hacía caso de mis palabras: yo me pasaba el día gastándole bromas, y ella se limitaba a sonreirme sin mirarme nunca de frente.

—Eso es tan viejo como el mundo.

—Ya verás: un día, hará unas dos semanas, me contesta a los buenos días que yo le di desde mi balcón, porque, como la calle es tan estrecha, resulta que puede uno comunicarse admirablemente. Me contesta, y se echa a reir como una loca, sin que yo haya podido averiguar por qué. Ella es hija de un modestísimo empleado, y como no tienen criada, todos los recados los hace la chica; enterarme yo de esto y esperarla la otra noche en la esquina de la calle, cuando salió por una botella de vino, todo fué uno. Me acerco, la hablo...

—Y no te hizo caso.

—Algo peor que eso: oyó tranquila una declaración amorosa que yo la coloqué, tomándola casi íntegra de una novela de Maupassant—porque como ella no habrá leído a Maupassant, sabes, pues me arriesgué—, y va y... se echa a reir como una loca.

—Entonces no se reía de ti, sino de Maupassant.

—Sí; pero ahora verás. Sin dejar de reirse nunca—y no creas que ella es risueña de suyo, pues con los demás es más seria que un porro—, me confesó que no había tenido nunca novio; que sus padres no se opondrían a que ella tuviese relaciones formales con cualquier muchacho; que una vez autorizadas esas relaciones por sus papás, podría salir sola con el novio todos los domingos.

—¡Por vida de los inconvenientes!

—Espera, que aún no he acabado... pero que ella ya sabía quién era yo, que yo era ese Felipe Alvarez que hacía esos versos tan graciosos en *La España Joven*, y que lo que yo quería era divertirme con ella, y hasta sacarla alguna vez en mis versos tomándole el pelo.

—Todo eso es coquetería.

—Tal creí yo al principio: le juré que le hablaba en serio, que yo hacía aquellos versos para ayudarme a ganar la vida; pero que fuera del periódico yo era el hombre más formal que ella se hubiera podido tropezar en el mundo. Inútil; ¿sabes lo que me contestaba a todo, sin dar su brazo a torcer? «Sí, sí, buen guasón está usted hecho». Quince días llevo persiguiéndola, acosándola, jurándole por todos mis seres queridos que hablo en serio, suplicándole, llorando...

—¿Llorando también?

—Sí, Javier, sí; la otra noche, a la puerta de la verdulería donde ella había entrado por pimientos y cebollas, lloré...

—Sería la cebolla.

—¿Ves, ves cómo tú tampoco me tomas en serio? Si es una maldición que tengo. ¿Sabes lo que me dijo ella cuando me vió limpiarme las lágrimas?

—«Buen guasón está usted hecho».

—Eso mismo, pero añadiendo: «¿También llora usted para gastar una broma?» No puedes tener idea de lo que me atormenta a todas las horas del día el martilleo de ese estribillo: «Buen guasón está usted hecho». Lo tengo clavado en el cerebro. Pero, ¿de veras soy yo tan guasón?

—Afortunadamente para ti; la guasa es una coraza contra el dolor. Apunta ese pensamiento, que es completamente mío, y puedes citarlo cuando te venga a cuento, atribuyéndolo a cualquier filósofo griego.

—Bueno; pero no puedes tener una idea de lo que estoy sufriendo. Porque lo triste del caso es que estoy perdidamente enamorado de esa chiquilla; como no me hace caso me exaspero, y con la exasperación va creciendo mi amor como una hoguera. ¿Qué hago, Javier, qué me aconsejas tú que haga para que ella me tome en serio?... A veces pienso si no me daría resultado dejar de escribir por una temporada mis versos en que me río de todo el mundo, y dedicarme a publicar unas elegías y unos sonetos de cementerio.

—Creería que te habías vuelto loco.

Realmente era triste el caso de aquel pobre muchacho que se pasaba la vida haciendo cabriolas con las cosas más serias y más santas,

y pagaba así las consecuencias de la eterna payasada en que vivía. Javier volvió a acordarse de *La dama de las Camelias:* «Lo mismo les pasa a esas mujeres desgraciadas cuando aman. Son tantas las veces que han mentido, que ya nadie quiere creerlas, y en medio de sus remordimientos son devoradas por su amor». Así decía Dumas hablando de las pocas veces en que una cortesana sentía el amor verdadero. Javier establecía el paralelismo, que ya otras veces se le había presentado, entre la cortesana y el hombre de pluma: el caso de Felipe Alvarez, a quien nadie quería creer cuando hablaba en serio, por la costumbre de hablar siempre en broma, era un dolor vivo y sangrante, pero irremediable. Persuadido de ello le habló con ternura:

—¡Pobre Felipe! Lo que te pasa es triste, pero no debe sorprenderte; debías esperarlo; y contra ese mal, yo no te aconsejo más medicina que la de una santa resignación; aléjate de esa muchacha, quizá sea tiempo todavía; múdate de casa si es preciso, vente a la mía...

—No puedo, hombre, la quiero mucho.

—¡Válgame Dios! Pero es que no podrás convencerla nunca de ello; esa muchacha, como la mayoría de las personas, carece de la doble perspicacia suficiente para ver en ti al hombre, por encima y aparte del escritor. ¿No conoces la leyenda de Pierrot enamorado? Ella, sin conocerla seguramente, la pone en práctica contigo. Observa lo que les pasa a los actores cómicos famosos cuando se muestran en

público, fuera del escenario: todo el mundo los mira con extrañeza, asombrados de no ver en ellos la mueca familiar que despierte nuestra carcajada. Tú has nacido para hacer reir: no te preocupes de lo demás, ríe siempre, aunque sea de labios afuera, y no pretendas que comparta nadie tus posibles tristezas. Esas deben quedarse para ti; y, ¿sabes cuál es el supremo arte de tu arte? Sacar partido de esas mismas tristezas para servirle al público una fábula que le haga reir; por ejemplo: ¿por qué no escribes un cuento bufo narrando el caso de tu vecina? Seguramente tendría un gran éxito.

—¡Oh, pero es horrible! ¿Es que tengo que renunciar a mi condición de hombre?

—Ah, pero ¿no lo sabías? El publico no quiere comprender nunca que un payaso es un hombre. Desgraciado de ti el día en que alguien te tome en serio; tendrás que colgar la pluma y tirarte a un pozo de cabeza.

XII

En esta noche no fué un modesto coche de punto, sino el propio carruaje de dos caballos con la capota echada, el que vino a detenerse ante Javier, en la esquina de la calle del Turco. Maruja le había citado allí para las diez por medio de una carta del interior.

—Anda sube, iremos hasta Chamartín.

Protegidos por el misterio de la capota, que de noche hacía casi invisibles a los que iban dentro, atravesaron todo Madrid, subiendo hasta la Puerta del Sol y bajando por Alcalá a la Castellana y al Hipódromo.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó Javier viendo que ella no decía nada.

—Pues que todo está arreglado.

—¿Has visto a tu viejo?

—Sí, esta tarde; si vieras, es un santo.

—Más vale así.

—Conforme con todo; yo, por ahora, seguiré viviendo en esta misma casa; aquí estoy muy bien, y además le tengo mucho miedo a las mudanzas. El vendrá a verme todos los días a

las cinco, se marchará a las dos horas, y hasta el día siguiente. Todo con mucho orden, con mucha tranquilidad, porque le gusta todo muy ordenado.

—De manera que, ¿estás contenta?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Mujer, si tú lo estás... Bueno, pero... ¿nada más que eso ha pasado esta tarde?

—Nada más.

—¿De veras?

—Claro: no hemos hecho más que hablar. Parecíamos el padre y la hija; él no ha hecho la menor alusión a nada de lo que tú te figuras. Claro que si la hubiera hecho yo le habría complacido; no se cita a un hombre en la propia casa de una para luego mostrarse gazmoña con él. ¿No te parece?

—Así es. Pero él, ¿no ha dejado entrever, aunque sea de un modo indirecto, cuáles son sus *aficiones?*

—Nada: al marchar me ha dado un beso en la mano, uno solo. En todo el tiempo que hemos estado juntos, no ha dejado de hablarme de *usted*.

—¡Qué bien! Ten cuidado con él; esos melosos resultan luego los peores.

—Bueno, mira, deja ya las reticencias. Ya te dije que sé por Blanca las costumbres y los gustos de ese hombre, y comprenderás que si, sabiéndolas, lo recibo en mi casa, es porque estoy dispuesta a que no salga defraudado. Al principio, cuando Blanca me habló de ello, tuve que vencer alguna repugnancia, pero des-

pués me he ido convenciendo poco a poco.

—Hasta que llegues a cobrarle afición a la cosa.

—¡Ah!, pues no te vayas a creer que seré una excepción entre las de mi oficio. Tú es que no has visto el mundo más que a medias, y te lo figuras todo a tu capricho. ¡Si tú supieras las cosas que hacen algunas para dar gusto a sus amigos! Pregúntale a Blanca, y verás...

—¿Es ella la que te lo ha contado?

—Ella, que está muy bien enterada; a una amiga nuestra, *la Charito,* que está con un duque de quien se ha dicho si es o no sodomita, la obliga éste a que se ponga desnuda completamente en el patio de su hotel por la noche y se entretiene en fregarla con agua fría como si fuera un carruaje; cuando la ve tiritando, entonces es cuando él disfruta. Pues y Milagros, la célebre Milagros, que va por ahí muy orgullosa sin mirar a nadie, como si fuera una princesa, ¿sabes lo que la obliga a hacer Manterola siempre que va a verla?

—¿Qué sé yo? Que le limpie las botas, o alguna cosa por el estilo...

—Peor mil veces; la hace que salga a recibirle a la puerta de la calle y que suba detrás de él la escalera a cuatro pies, como si fuera un perro.

—¡Estará preciosa!

—No quiero hablarte de las que saben ya fijo que cada visita de su amante es una paliza o una serie de bajezas o humillaciones sin cuento. ¡Te digo que nuestro oficio no lo co-

noce nadie bien más que nosotras mismas!

—Ya, ya...

—Tú conocerás de vista a Elena, la de Peláez, como la llama todo el mundo.

—De vista, sí; esa, ¿qué hace? ¿Fregar la es-escalera de la casa cuando llega Peláez? No me chocaría, porque tiene un tipo de fregona, imposible.

—Sí, todo lo tipo de fregona que tú quieras, pero no me negarás que es la mujer más guapa y mejor formada de Madrid.

—Eso va en gustos.

—Bueno, pues a esa Peláez la tiene como a una reina. El, como sabes, es un banquero riquísimo, y ha habido año que le ha gastado ella más de cien mil duros; bueno, pues ¿sabes cómo le da el dinero?

—Con un embudo.

—No, señor; le echa los billetes de mil pesetas en el cajón de la basura, y ella tiene que ir sacándolos uno a uno con la boca, delante de él. Las manos se las amarra a la espalda, y el cajón se lo coloca en el suelo.

—Oye, pues ¿sabes que me dan ganas de solicitar la plaza de basurero de esa casa?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Por si acaso la Elena se cansa un día de hociquear en el cajón y se queda algún billete olvidado...

—No te apures; él los cuenta antes de meterlos, y hasta que no los ha sacado todos no consiente que se levante.

—¡Ah, gandul!

—Bueno, ella ha enfermado del estómago; va todos los años a Vichy.

—¿Del estómago nada más? Entonces es una mujer fuerte.

—¡Sí, hijo, sí! Eso hay; y la que no tiene que aguantar eso, tiene que sufrir las impertinencias de un hombre celoso, que no la deja ni respirar, guardándola más que si fuera su mujer propia, y la que no, tropieza con un amante borracho, que va a dormir la mona todas las noches a su propia cama, y se agarra a su cuello, y así se queda dormido, con la boca metida en la nariz de ella, y un vaho de alcohol perpetuo soltándolo por la boca... Y otras dan con enfermos a quienes hay que cuidar para que no se vayan, y que traen a casa la miseria yodofórmica que atraparon en otra parte... ¡Y aún quieres tú que yo me queje!...

—Espera, Paloma, espera, que aún no sabemos dónde llegará tu viejo; puede que te coloque los billetes en el fondo de una alcantarilla y tengas que ir allí a recogerlos. ¡No dejaría de ser un símbolo!

—No hay más remedio que pasar por lo que ellos quieren o dejarlos; ¿no ves que son los que pagan?

—Eso mismo me contestó ayer un compañero mío que era antes anarquista y ahora escribe unos furibundos artículos en un periódico neo, metiéndose con los anarquistas. Pero hombre—le dije yo—, ¿cómo has cambiado de ideas tan radicalmente? ¿Cómo es que ahora sirves a la sotana?

—¿No ves que es la que paga?—Y me dejó, para ir a meterse en la alcantarilla a escribir un artículo contra Pablo Iglesias.

—¡Pues claro! Ríete tú de esa leyenda que se han encargado de propagar unos cuantos, y que habla de nuestra tiranía para con los hombres. ¡Tiranía! No puede haberla cuando el tiranizado puede marcharse de nuestro lado cuando quiera, para no volver más. Ni siquiera las pocas veces que pagamos nosotras nuestros caprichos sabemos ser déspotas con los que nos explotan; esa misma Elena de quien te he hablado, tiene un chulillo, un muchacho que es *botones* de un café de la calle de Alcalá; ella lo mantiene y le da bastante dinero; pues, ¿querrás creer que el chico, que es un mocoso, le pega cada paliza que la balda?

—Le gustará a ella.

—No te quepa duda.

Javier, oyéndola relatar todo aquel cúmulo de bajezas, experimentaba una gran satisfacción: celebraba mucho ir conociendo este aspecto de la vida tal cual era, desnudo del oropel con que el vulgo lo revestía. ¡Oh, la vida de las cortesanas! Para las gentes era una vida de bullicio y de placer, que solía acabar en la cama de un hospital o en la miseria de una bohardilla trastera; de este modo simplista, absolutamente divorciado de la realidad, concebía el público la existencia de aquellas mujercitas que han nacido para víctimas y para juguetes.

Y cuando algún espíritu generoso, como el

de Dumas, se proponía rehabilitarlas, nos contaba la historia del sufrimiento infinito de un corazón de mujer que purgaba con un gran amor todos los errores de su vida. ¡Triste historia la de Margarita, ciertamente! Pero, ¿no estaba también llena de tristezas la vida de aquellas otras sin amor y sin poesía, que aceptaban con gusto todas las humillaciones, disolviéndolas en un perenne aburrimiento?

Una gran pasión era fenómeno que raramente se presentaba entre ellas; la que llegaba a conocerla tenía en ella el supremo encanto y el supremo martirio; pero, sin llegar a mártires, ¡cuánta desesperación al verse tratadas siempre como cosas, como instrumentos de bajeza y canallería!

Las había muy brutas, y eran éstas las más felices; hembras procedentes de la aldea o del gremio de fregatrices, al comer bien y vestir con adornos chillones, saciaban todas las supremas aspiraciones de su espíritu. Para éstas la prostitución era una redención; al prostituirse se elevaban. Pero las otras, las que tenían en el corazón y en la cabeza un poco de fibra, las que iban para honradas y equivocaban el camino—hijas de empleados modestos, obreras de ciudad, novias malogradas por un novio canalla, y alguna que otra señorita a quien el azar empujó al fango—, esas vivían en un perpetuo sueño de amargura, que en vano procuraban aturdir con sus liviandades.

Por instinto las había compadecido Javier antes de conocerlas; ahora, que las iba cono-

ciendo, aumentaba su compasión, celebrando al propio tiempo verlas tal cual eran, y pensando que si todos pudiéramos llegar a verlo todo en su estado real de intimidad, no habría en el mundo tanta infelicidad, ya que ésta consiste, en la mayor parte de los casos, en forjarnos con la imaginación un mundo que no existe y empeñarnos en entrar en él a toda costa.

Sí, las compadecía; no importaba que entre ellas hubiese algunas absolutamente despreciables, verdaderas sirenas de bolsillos, incapaces de nada que no fuese bailar por dinero. ¡Quién sabe si alguna de éstas no sería la más digna de compasión, ocultando bajo las apariencias de un cálculo frío el tremendo desengaño en que la dejó para toda la vida un rufián en la que ella puso su corazón algún día!

¡¡Pobres chicas!!

XIII

En el Ateneo había aquella tarde gran concurrencia. Dionisio López Plata daba su anunciada conferencia, y se esperaba su palabra con emoción.

López Plata pertenecía a la generación del 98; ya se sabe lo que esto quiere decir en el mundo de nuestras letras. La generación del 98 era la generación de la protesta; pero de una protesta constructiva, de las que salieran cosas tan admirables como los libros de Pío Baroja, las críticas teatrales de Manuel Bueno, los versos de Villaespesa y las disquisiciones de *Azorín*.

Claro es que al lado de ello y de alguna otra cosa de igual valor, como los cuadros de Mezquita y las prosas de Valle-Inclán, se había desarrollado un enjambre de cretinos que explotaba los nombres preclaros que acaban de citarse, procurando asociarse siempre a ellos, como si el haber nacido en el mismo año, ni el mismo día, ni aun el haberse bautizado en la misma pila, pudieran hacer nunca gemelas a la estulticia y a la mentalidad superior.

De toda aquella generación, hoy ya en plena madurez, López Plata era el más batallador: era también el más joven. Algo iluso, se había empeñado en que en el campo de nuestras letras todo había de ser perfecto, o, por lo menos, de buena calidad; empeño vano, porque siempre en el campo, junto a la mies dorada de los trigales, se criará el matorral de los cardos borriqueros; habíale costado no pocos disgustos ese empeño, y hasta algún lance personal tenido con un poeta chirle que hacía versos endecasílabos dejando siempre cojo el último de cada estrofa.

Hoy subía a la cátedra del Ateneo a arremeter contra cierto afamado escritor a quien la Academia acababa de abrir sus puertas. Ya en un artículo de cierto periódico había dicho López Plata lo siguiente, al anunciar su conferencia de esta tarde:

«Mi pronóstico de hace dos años se ha cumplido: dije entonces que nuestra Academia de la Lengua iba camino de ser una copia exacta de la Casa de fieras del Retiro: que había en ella águilas como don Alejandro, y leones como don Benito; tímidas gacelas como el señor Saturrarán, y sierpes rastreras como don Mariano Taravilla; tigres como Carmolí, el trágico poeta, y elefantes como el arqueólogo Librado... Hoy nuestro primer centro docente ha completado su colección zoológica: con la elección del célebre novelista Santiago Chorizo tiene ya el último animal de gran calibre que le faltaba: el camello.»

No era aquello más que el aperitivo de su conferencia: López Plata las gastaba así, y a oirle había acudido la flor y nata de nuestro elemento intelectual, más la nata y flor de los aficionados a las letras, que eran los que más disfrutaban con estas disputas de familia.

El salón de actos estaba lleno y hacía en él un calor asfixiante. Javier se sentó al lado de Felipe Alvarez—el pobre payaso, incurable en su morriña de aquellos días—, en uno de los bancos del centro. Tendió la vista por la sala: estaban todos los del oficio, no faltaba ni uno a la reunión, aprovechando el momento de juntarse como en manada, que pocas veces se presentaba.

Allí estaba Trujillo, el hábil cincelador de la prosa, que decía las mayores majaderías en un estilo que no se hubiera desdeñado de firmar Hurtado de Mendoza; allí, Jacinto Brugada, el gran novelista del amor y de las mujeres, que atraía las miradas de los envidiosos, incapaces de perdonarle que se hubiera alzado con el cetro de la novela actual y con el noventa por ciento de los lectores; allí, el dramaturgo poeta Eduardo Marqués, triunfador de la rima en la escena, otra de las víctimas de la ruindad de los compañeros, que le negaban el agua y el fuego desde que había acertado tres veces seguidas; allí, el orgulloso, vanidoso e insustancial Tomás Avellaneda, fracasado del teatro y de la novela, y que ahora se dedicaba a fracasar también en la crónica periodística, envileciendo un oficio todo nobleza; allí, el incipiente poetilla Macoca, más feo que una aparición,

cultivador incansable del habla antigua, que había cristalizado todas sus aficiones en el siglo quince, cuando la gente se bañaba menos que ahora, en lo cual Macoca seguía viviendo en pleno siglo quince...

Pero ya López Plata hablaba, con su recia voz de acero:

«Señoras y señores: Quisiera yo que esto de hoy no fuera una conferencia, sino un acto. Un acto de protesta enérgica y definitiva contra la torpe decisión de esa nefanda Academia de la Lengua, al elegir, para ocupar la gloriosa vacante del preclaro don Enrique Molinillos —¡cabe sarcasmo mayor!—, al estruendoso novelista y berroqueño escritor don Santiago Chorizo. ¿Quién es Chorizo?... No necesito descubríroslo; hablen por él sus obras, sus cincuenta y seis novelas—¡ni una menos, señores!—, de las cuales, según expresión de uno de sus lectores más asiduos, la peor es siempre la última. Pero sí quiero deciros algo de la vida de Chorizo: Chorizo es de Pamplona; por lo menos allí nació; yo no quiero disputarle esta gloria a los navarros. A los dieciséis años vino a Madrid a estudiar el preparatorio de Derecho; detalle interesante: Chorizo, en Junio del año siguiente, obtuvo Sobresaliente y Matrícula de Honor en Literatura general y española. Esto dice mucho en favor de la perspicacia de nuestros Centros docentes. A los veinte años publicó su primera novela: una cosa psicológica que se llamaba *Las sábanas nupciales*. Yo tenía entonces quince años—López Pla-

ta, siempre que hablaba en público, se quitaba diez años de encima—; era la época romántica de la política española; en la tertulia de Romero Robledo gustó mucho el libro de Chorizo, y con aquella lógica que caracterizaba entonces todas las decisiones de los hombres públicos, Cánovas dió a Chorizo un magnífico destino en la Habana. Aunque Cánovas tenía a veces rasgos de un humorismo patriarcal, acaso al mandar a Ultramar al incipiente novelista lo hiciese con la piadosa intención de que se quedase allí para siempre, librando a España del nubarrón que, con sus obras, se le venía encima. Hagamos justicia a la clarividencia y al patriotismo de don Antonio... Pero su rasgo fué inútil; el vómito negro y el cólera morbo, que tantas víctimas hacían entonces en la hermosa Antilla, respetaron la salud de Chorizo, en indudable complicidad con algún enemigo de las letras castellanas, y el ilustre y joven pensador regresó a la Península cinco años después de su marcha. Algo de culpa tuvo nuestro biografiado en la pérdida posterior de Cuba; su presencia excitaría indudablemente el sedimento separatista de aquellos guachindangos, y les haría desear con ardor su independencia. ¡Señores, seamos francos! ¿No es verdad que leyendo a Chorizo se siente uno siempre algo separatista?... El tiempo que nuestro hombre permaneció en Cuba no fué tiempo perdido para las letras: de allí se trajo nada menos que tres novelas, cuyos títulos eran: *Noches del Camagüey*, *Amor de negra* y *Bajo mis alas*. En el

título de esta última Chorizo confesaba tener alas como los murciélagos. De una de ellas —no recuerdo ahora de cuál—solía decir don Juan Valera en sus conversaciones privadas, que había conquistado para su autor doce años de presidio honorario; pero es sabido que el bueno de don Juan pecaba de indulgente; más justo hubiera sido decir que cada una de las tres obras citadas había valido para su autor una pena de muerte honoraria... No seguiremos paso a paso la labor gigantesca de Chorizo; señores, ¡son cincuenta y seis obras! Nos faltan fuerzas para tanto. Sólo queremos decir dos palabras acerca de la principal, de la obra-cumbre, de la que coronó la fama de nuestro gran novelista, y que le valió ser llamado por un crítico, que le debía dinero, el Flaubert español. Me refiero a *Espuertas de corazones*... Todo el mundo sabe que con esta obra se consagró Chorizo como el primer novelista psicológico de nuestra época. Han pasado pocos años, pero las cosas, gracias a Dios y gracias también a nosotros, han variado mucho; se entendía entonces por psicología, en nuestra literatura, unas divagaciones a base siempre de menta y estupidez, en que se nos hablaba del corazón de la mujer como de un terreno de barbecho, en que los novios o los amantes iban sembrando sus concupiscencias; la consecuencia última de toda esta psicología no podía ser más luminosa: la mujer es voluble como una pluma y pérfida como la onda. Claro es que eso mismo, sin necesidad de divagar tanto, lo ha

dicho el autor de *Rigoletto*, cuya letra musicó Verdi:

La donna e movile
cual piuma al vento,
muta d' accento...

etcétera, etc. Pues en esa suerte de psicología llegó a ser maestro el bueno de Chorizo. Y, ¿sabéis cómo llegó? Pues voy a decíroslo yo; su base de lecturas la constituyen: un manual de literatura griega y latina, donde ha aprendido los nombres clásicos con que esmalta su prosa en un chorreo continuado; media docena de traducciones, entre las que se cuentan *Los Miserables* y *El Conde de Montecristo*, y un Diccionario francés-español, para que no se le noten las faltas de ortografía cuando tiene que escribir una palabra en camelo. Este es el hombre a quien la Academia acaba de consagrar maestro, dándonos un bofetón a todos los que aquí venimos trabajando por una renovación cultural desde hace quince años. Un hombre representativo de una época y de una cultura, a quien ahora se quiere premiar su barbarie para que no resalte la barbarie de los que tanto le han aplaudido. Ese es el hombre; ese es el literato.»

López Plata tuvo un éxito de regocijo indiscutible. ¿Cómo no, si se trataba de descuartizar a un semejante?

Cuando Javier salió a la calle iba pensando:

—¿Tendrá razón López Plata? Probablemente sí; pero si Chorizo no hubiera escrito sus cincuenta y seis engendros, ¿de qué iba a haber comido todos estos años?

XIV

Una noche de Julio le decía Javier a Maruja en la terraza de Parisiana:

—Dime: ya ves que hasta ahora nada te he dicho; pero ¿por qué no quieres que nos veamos en tu casa?

—No, no, en casa no; no me gusta.

—Pero será por algo...

—Por nada, porque no me gusta... Y además, a ti tampoco te gustaría.

—¿A mí?

—Claro. ¿Crees tú que yo me olvido de las cosas?

—¿A qué te refieres?

—¡Válgame Dios! Cualquiera que te hubiera oído aquella noche, hace dos meses, cuando me arreglé con mi viejo... ¿Recuerdas lo que me dijiste? «Cuando me acerque a ti y sepa que vienes de las caricias de ese hombre, no voy a poder reprimir un gesto de asco...» Dime, ¿es que ya no te lo daría entrar en mi casa, de donde él acabaría de salir; respirar el aire que él acabase de respirar...; verme a mí, en fin,

rodeada de todas aquellas cosas que su dinero me ha proporcionado?

—¡Qué cosas tienes!

—También recordarás lo que yo te dije aquella noche.

—Sí. «Verás cómo te acostumbras.»

—¿Y acerté?

—No me da cuidado confesarlo. Acertaste. Ya sabes que los primeros días tuve que hacer esfuerzos para que tú no me lo conocieras; ahora comprendo que era una tontería. Tú, limpísima, siempre oliendo a gloria, con tu sola presencia disipas todas las preocupaciones.

—Vamos, confiésalo: ¿a que ya no tendrías inconveniente en acostarte donde él?...

—Mudando las sábanas, ¿por qué no?

—Pues ni eso, porque él no se acuesta nunca. Aún no sé de qué color lleva los calzoncillos.

—Mujer, blancos; hay que hacerle ese honor.

—La verdad es que Blanca exageró en sus informes. A menos que él conmigo no se atreva a realizar todo su programa. El primer día, con toda timidez, me dijo: «Si tú quisieras... dejarías que yo te besara los pies.» Y si te digo que casi no ha pasado de ahí, no te engaño.

—Bueno; pero volviendo a lo de antes, ¿por qué no quieres recibirme en tu casa?

—Porque.., mira, yo creí que tú lo habías comprendido. Si quieres ve mañana mismo, para que veas que no es por nada; pero ¡si vie-

ras cuánto te agradecería que no fueras!... Sólo una cosa te agradezco tanto como esa.

—¿Y cuál es?

—Que en dos meses que estamos juntos a diario no hayas hecho más que besarme como a una hermana.

—Es que, ya ves, ahora el tonto soy yo; es que me inspiras mucho respeto. Esto lo comprendería muy poca gente; nadie que nos vea juntos, siendo tú quien eres y como eres, se lo figuraría, y he llegado a temer que tú misma atribuyeses a desprecio mi frialdad algunas veces. Ya veo que tienes más talento que la mayoría de tus colegas.

—No, no es talento; es que mi deseo más vivo ha sido siempre, desde el primer día, dividirme en dos: ser una para las cosas de mi oficio, de mi profesión, y otra para todo lo demás. Si vieras cuántas mañanas me pongo un velillo, me visto de negro con el peor traje que tengo y, sin una alhaja, sin un adorno, me voy a la iglesia de Jesús a oir misa... Y no es por devoción, te lo aseguro; es por ser una de tantas; por confundirme con las demás que van; por ir siquiera a un sitio donde mi presencia no provoque murmullos, esos murmullos que a otras tanto las halagan, y a mí misma en otras ocasiones; en una palabra, por ser una mujer antes que una golfa.

—Te comprendo a maravilla. Y ¿sabes por qué? Pues voy a decírtelo: porque ese mismo es mi ideal dentro de mi oficio: ser hombre antes que escritor. Y, no creas, que yo también

soy una excepción entre mis compañeros.

—¿Sí?

—Ya lo creo; claro que nuestra popularidad personal no es tan grande como la vuestra; pero ¡si vieras lo que me molesta cuando voy a un sitio y noto que alguien me conoce, diciendo por lo bajo: «Mira, ese es Fulano»!

—Como a mí: «Mira, ahí va la Fulana».

—En cambio ese tributo de la popularidad constituye quizá el mayor atractivo del oficio para la mayoría de mis compañeros. Hay que ver el agrado con que ven la publicación de sus retratos en los periódicos y cómo agarran por los cabellos las ocasiones de asomarse a las planas de ellos, aunque sea con los más fútiles pretextos. «El ilustre literato Fulano de Tal, que piensa publicar un libro.» «El afamado crítico Perengano, que se dispone a emprender un viaje por Bolivia.» «El indiscutible poeta (¡!) Zutano, que estrena esta noche un drama comprimido en el Coliseo Imperial.» Y es lo que yo digo: ¿no se enteran mis buenos compañeros de que al público le tiene sin cuidado cómo tengan ellos las narices o la caída de ojos? Salvo algún caso excepcional, como cuando se trata de un Benavente, de un Unamuno, de un Bonafoux, de un Cávia o de algún otro de su talla, el público tiene que mirar esas efigies con la misma indiferencia con que miraría las de un brahama indio o las de un santón de Marruecos. Es un caso de vanidad completamente tonto, del que procuro defenderme

siempre que puedo, con la excusa de que no tengo retratos disponibles.

—Es cuestión de gustos; yo tengo amigas que cuando están en un sitio donde no se está hablando de ellas, se marchan.

—Yo también tengo amigos de esos.

—A mí, en cambio, ya te digo, me encanta pasar desapercibida cuando no voy a un sitio donde me conviene llamar la atención. Me gusta olvidarme de lo que soy, y que los demás lo olviden también. Por eso a tu lado me encuentro tan bien; has tenido el acierto de no tratarme más que como a una buena amiga, cuyas cosas te interesan. ¡Si supieras cuánto te lo agradezco!

—Era en mí una obligación. Lo demás hubiera sido para ti insoportable.

—Dime, y..., pero no, no te lo digo.

—¿Por qué?

—Si no sé cómo decirlo... Si tú no me ayudas...

—Procuraré; empieza tú.

—Quisiera preguntarte si cuando estás al lado mío..., algunas veces..., claro que no siempre, porque eso sería una ridiculez...

—¿Qué? Acaba...

—¿No habíamos quedado en que tú me ayudarías?

—Pero, hija mía, si es que no sé de lo que se trata.

—Digo si no te dan ganas de mirarme alguna vez como una mujer, nada más que como una mujer..., y recordar la tarde aquella de la Bombilla...

—O las noches aquellas del Botánico y de los altos del Hipódromo...

—O aquella otra tarde de la calle del Barco..., cuando caí en el lazo que tan hábilmente me tendiste...

—Te tendí. Ya me acuerdo... Pues, ¿quieres que te conteste con toda franqueza?

—Sí.

—¿No se romperá así un poco el encanto de esta nuestra amistad formada de purezas, que nos permite pasearnos solos como dos novios formales de un país de esos donde los novios salen solos... y no pasa nada?

—Habla, habla; verás como nada se rompe.

—Pues digo que sí; que muchas veces se despierta mi apetito cuando te tengo al lado, pero sé contenerme. Y, ¡si vieras el trabajo que me cuesta! Me contengo, porque me he hecho una promesa a mí mismo.

—¿Cuál?

—No tomar nunca la iniciativa. Es decir, que si alguna vez hemos de volver a lo antiguo, seas tú la que lo propongas...

—Yo... ¡Vanidoso!

—Ya ves, y va de cuento: me preguntabas antes si alguna vez no sentía deseos... Ahora mismo; esta noche será una de esas en que tendré que violentarme mucho para no descarrilar.

Se levantó Maruja de la mesa en que tomaban café, y dijo imperiosa:

—Vámonos.

Se cogieron del brazo, y por el encantador

jardín que rodea el afamado restaurante, salieron a la Moncloa. En la puerta dijo Maruja a su cochero:

—Espere usted allá arriba, en la esquina de la cárcel.

Y se perdieron los dos por las laderas que bajan al Parque del Oeste. Al principio iban silenciosos en el rumor callado de la noche. De las márgenes del río lejano subía una niebla de bochorno; no había luna, ni le hacía maldita la falta a la pareja. De pronto, en una de las revueltas del sendero, se vieron a lo lejos unas luces por la parte de la Bombilla. Javier las miró detenidamente, y se fijó en una que brillaba más que las otras.

—Mira—dijo a Maruja apretándole el brazo—, allí fué. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Habíamos comido arroz.

—Sí, con cangrejos.

—Y después...

Callaron otro rato. Él volvió a hablar:

—Conque, tú, ¿te vas dentro de una semana?

—Sí, a Biarritz. Ya sabes que te espero allí.

—Sí; pero yo no podré ir, lo menos, hasta mediados de Agosto. No tengo dinero.

—¡Dinero! Ves, si tú fueras otro..., por dinero no lo dejarías. Teniéndolo yo...

—Espera, mujer, no vayas tan de prisa. Puede que con el tiempo me acostumbre también a eso, como me he acostumbrado a otras cosas. ¡Quizá yo haya nacido para chulo! Pero

aún es temprano; es una cuestión de escalones, y estamos aún en el primero.

—Oye..., me dijiste allá arriba que esta noche era una de esas en que tendrías que molestarte y aguantar mucho...

—Te lo dije; es que estás más guapa que nunca.

—Mira, aquí hay un banco.

—Sí, aquí hay un banco.

—Oye, ¡qué casualidad!, y caben dos; ¿no lo ves?

—Lo veo; y veo también que, según cómo se pongan esos dos, aún sobra sitio.

Y sobró, ¡ya lo creo! Al cabo de un rato, Maruja le dijo a Javier:

—¿Ves cómo no ha perdido nuestra amistad su encanto? Yo para ti, ahora, no soy *La Paloma* la golfa: soy una mujer que se te entrega por su propia voluntad.

—Y yo para ti no soy más que un hombre; si además de ello fuera un escritor, me aprovecharia de esta nuestra aventura para escribir una novela de la que tú fueses la protagonista. No dejaría de ser una canallada, pero descuida, que no lo hago.

—Oye, ¿y por qué será que todos los romanticismos, y todas las amistades entre un hombre y una mujer, y todos los amores de hermanos, entre dos que no son hermanos, acaban siempre en esto?

—Más tarde o más temprano, así es. Y es que *esto* es como a modo de resumen de todo lo demás; es un compendio en que hay de todo:

romanticismo, amistad, bancos de los paseos públicos, etc., etc. Ya lo dijo la sabiduría infinita: «Creced y multiplicaos»... Seamos obedientes con los mandatos que vienen de lo alto; anda, vamos a multiplicarnos otra vez.

TERCERA PARTE

I

Aquella noche los salones de Blanca Canales, en la calle de Serrano, se abrían para una fiesta mundana; estos salones eran cuatro: uno tapizado de amarillo, con balcones a una calle perpendicular a la primera, que era el salón de baile; otro, escarlata, que era el comedor, en cuya mesa había servicio para treinta y seis cubiertos; otro, de fumar los hombres... y las mujeres, que no estaba tapizado de nada porque las paredes eran de purísimo estuco, y el último, situado en un rincón de la casa, en el cual había una amplia mesa con una ruleta en medio, y varias sillas haciendo escolta a la mesa.

La previsión de la dueña de la casa había preparado dos habitaciones más; pero éstas pertenecían a la parte reservada de la vivienda, y por eso no metemos en ella al lector; eran sencillamente dos alcobas, con su *bidet* y todo, dispuestas para el caso —¡harto probable!— de que una de las invitadas se indispusiera repentinamente, y tuviese que echarse un rato, acom-

pañándola, por si había que llamar al médico, algún galán de los más atentos.

A las diez de la noche, Blanca, vestida de raso malva, y con un escote asomándose al cual se le veían las rodillas, esperaba ya la llegada de los invitados a la puerta del salón de baile. La acompañaban solamente dos personas: Maruja y Javier; éste... se había *acostumbrado* ya a todo, como sabiamente había previsto él mismo algunos meses antes. Quiere esto decir que el muchacho había ascendido —descendido dicen algunos— a chulo de *La Paloma,* a quien sacaba muy buenos cuartos, entre otros el importe de un abono a un precioso coche de un caballo, con el cual el joven se paseaba de continuo por Madrid, como si fuera el presidente del Consejo.

—¿Esperas mucha gente?—preguntó Maruja a su amiga.

—Yo creo que vendrán casi todos; yo he invitado a todo el mundo. Creo que vendrá Daniela con Paco.

—¿Paco aquí?

—¡Pues ha venido pocas veces!... Bastante le importa a él. También vendrá Berta, y me ha dicho esta tarde que procurará traer a *Lucerito.*

—¿Al torero?... Pero, ¿es que han hecho las paces otra vez?

—Ya lo creo; ¿tú crees que esos se pelean nunca de veras?

—Oye, ¿y Elena?

—Vendrá también. Y Josefina, y Ramón.

—¿También Ramón?

Maruja al decir esto miró a Javier, que ante un espejo se estiraba las solapas del *smoking*.

—¿Qué Ramón es ese?—preguntó el joven—. ¿Ramón Ledesma?

—El mismo.

—Pues sí que nos vamos a juntar aquí sinvergüenzas esta noche.

—¡Pobre Ramón! Pues si es tan simpático...

—No lo niego; pero es un distinguido canalla.

—Bueno, éste es que, sabes—intervino Maruja—, la tiene tomada con él porque me hace el amor.

—No, porque te hace el amor, no; porque te lo hace delante de mí.

—Eso demuestra que es un hombre franco.

—Lo que es es un presuntuoso inaguantable. Se figura que las mujeres se desmayan al verlo.

—No, guapo sí es.

—Ya sé que te gusta; pero ándate con ojo, que el otro día le prometí un mamporro, y yo soy hombre de palabra.

Llegó Antoñito Bermejo; era éste un elegante con algunas pesetas, que tenía justa fama de invertido, fama que era para él un timbre de gloria, a cuyo lustre se consagraba a diario con nuevas hazañas. Venía tras él Clara Magallanes, una ex meretriz que había hecho algunos cuartos, pero que ya no ejercía con los hombres, dedicándose a gastárselos con las mujeres más de su agrado.

Poco a poco se fué poblando la casa: el pú-

blico era ese especial de entretenidas, chulos, protectores y celestinas, cuyas reuniones era una lástima que no tuviesen su cronista en las columnas de los periódicos.

Cuando iba a empezar la cena llegó Manolo Tomillo, el simpático e ilustre escritor, que vivía como el pez en el agua en aquel medio social, y que era punto fuerte en toda reunión donde se rindiese culto a la ruleta o al bacarrá. Apenas vió a Javier, se colgó a su brazo y lo llevó hacia el salón de juego.

—¡Hola, señor Escosura! ¿Usted por aquí?... ¡Ah, vamos!—había visto a Maruja—; la soga tras el caldero.

—A ver...

—Bueno, y ¿qué hay de cosas?

Se indignó al ver vacía la mesa de la ruleta.

—Pero, hombre, ¿aún no ha empezado esto? Verá usted cómo esta gente cursi prefiere irse a cenar como bestias en vez de meterse aquí. Pues yo no pienso aparecer por el comedor. ¿Usted ya habrá cenado?

—Ayer, sí, señor.

—¡Ah, vamos! Entonces no cuento con usted... Bueno, hombre, señor Escosura; no estamos satisfechos de la vida, ¿verdad?

—No, no estamos; hay muy poca gente que lo esté.

—Bueno, pero hay algunos que tienen dinero: se confirma eso por fin.

—Sí; pero para nosotros como si no.

—Y esos libros, ¿cómo van?

—Pues tan buenos. Ahora voy a dar uno.

—Ya lo he visto anunciado.

—¿Cómo se llama? Que no recuerdo el título...

—*Más alto que el sol.*

—Y ¿qué es? ¿La vida de don Antonio Barroso?

—No; cosas de hace un siglo.

—Entonces los datos se los habrá dado la dueña de esta casa, porque Blanca, hace un siglo, ya hacía la carrera por el paseo del Prado y el arco de Boteros.

—No diré yo que no.

—Bueno, y ¿es verdad que se va a vivir a París? ¿O es un pretexto para dar esta fiesta de despedida?

—No, no; es verdad.

—Pero la historia esa del americano rico, ¿también es verdad?

—Ya lo creo; es un millonario de Méjico que se ha enamorado de ella y le ha puesto un palacio en la avenida del Bosque.

—Será algún anticuario, porque esta mujer no creo que inspire ya interés como otra cosa. Ahora, al entrar, al estrecharle la mano, me pareció estrechar un pergamino de esos donde escribían sus fueros los pueblos castellanos.

—Sin embargo, algo tendrá oculto cuando así encuentra quien la adore.

—Es posible.

Pero se acercó a ellos la propia Blanca:

—Vamos, mocitos, ¿no pasáis al comedor? Ya van todos para allá.

—Mira, Blanca, a mí me vas a perdonar; pero la dispepsia me ha atacado esta noche

más fuerte que de costumbre. Así es que dispepsia, digo, dispensa si no me siento a tu mesa, pero no voy a abrir la boca.

—Anda, tonto, beberás una copa de *champagne*. ¡Y yo que te había puesto a mi lado...!

—¿A tu lado?... ¡Qué detalles tienes!

—Como es la última vez que nos reunimos en mi casa...

Fueron todos al comedor, y Javier se encontró a Maruja hablando con Ramón Ledesma.

—Oye, Ramón, ¿es que me quieres quitar la novia?

—¡Qué estúpido eres!

—Yo creí que tú tendrías bastante con la baronesa del Cañete. ¿Son ochenta y dos años o noventa y dos los que tiene?

—No sé; yo no les miro nunca la edad a las mujeres, sino la cara.

—Sí, pues la cara de tu baronesa tiene fama en Madrid para quitar el hipo.

Maruja intervino:

—Javier, no seas tonto.

—Anda, vente; Blanca quiere que nos sentemos a su lado.

Antoñito Bermejo llegaba, contoneándose como una bayadera.

—¿No habéis visto ustedes al *Lucerito?*

—Pero, ¿ha venido?

—Ay, sí; pero se me ha perdido; debe haberse marchado con la cochina esa de Milagritos. ¡Qué mujer! ¡Me lo trae loco al muchacho!

—No te apures, que ya aparecerán los dos, aunque sea en algún rincón, y muy juntitos.

—No decídmelo, no decídmelo, que me ahogo...

Y se fué con un idéntico contoneo, como quien persigue una ilusión lejana.

La comida fué animada y bulliciosa. Blanca se había sentado entre Manolo Tomillo y Maruja; Javier estaba al lado de ésta, y tenía al otro lado a una incógnita matrona de seno prominente, que no hacía más que mirarle de un modo subversivo.

A la mitad de la comida llegó una dama, alta, muy pálida. Blanca se levantó a abrazarla y la colocó, como pudo, al otro lado de la mesa.

—¿Quién es?—preguntó Maruja a Blanca, cuando volvió a su sitio.

—Teresa Ayamonte; ¿no la conoces?

—Pero, ¿esa mujer es Teresa?

—Claro, ¡la pobre!

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

—No—bajó la voz para decirlo—; que está embarazada.

—¿De mucho tiempo?

—No lo sabe; ella cree que de trece meses, pero ¡qué sabe la pobre!

—¡Jesús, de trece meses! ¿Qué fenómeno es ese?

—No; es que ha tenido un aborto de seis meses hace siete, y como se quedó embarazada en seguida, pues ella ha empalmado las dos cuentas, y se hace un lío.

—Y para qué viene a estos sitios estando así?

—Y ¿qué va a hacer? ¿Se va a tirar a un pozo?

—No; pero que se meta en la cama.

—¡La pobre! Como es mi despedida, no ha querido faltar. Dios se lo pague.

—Y la ayude a librar bien; porque el caso es que en el cuerpo no se le nota.

—Tiene ella muy buen cuidado de que no se le note.

—¿Qué hace para eso?

—Liarse por todo el cuerpo un emplasto de linoleum, y encima darse siete vueltas con otros tantos números del *Heraldo.*

—¿Oye usted, Escosura? ¿Ve usted para lo que sirven los periódicos, que son el escaparate de nuestra vanidad de escritores?

—Menos mal cuando sirven para abrigarse la panza; ya sabe usted que hay espíritus escépticos que los destinan a otros usos peores.

—¡Oh, pequeñez de las glorias humanas! Blanca: haces bien en irte a París; aquí ya no pueden vivir más que los que se han extirpado el cerebro.

II

Al terminar la comida y marcharse poco a poco los comensales, Tomillo volvió a unirse a Javier, mientras Maruja se iba con Blanca hacia el salón de baile:

—Verá usted qué fenómeno más curioso se va operando poco a poco en la concurrencia. Al principio, cuando los vapores del alcohol no han subido aún al cerebro, todos se hacen visibles con una relativa corrección, de la que tendrían no poco que aprender otras gentes.

—¿Y luego?

—Luego, el concurso se va aclarando poco a poco; primero desaparece una pareja; luego, otra; más tarde, son dos mujeres solas las que se pierden por las sombras de algún pasillo, y hasta puede que allá, a la madrugada, en la hora lúgubre de todas las aberraciones, sean dos galanes los que se extravíen en busca de un asilo piadoso. Dicho se está que estas personas no desaparecen para marcharse a la calle.

—Ya me lo figuro.

—Poco a poco nos iremos quedando solos; hasta que, desaparecida cada oveja con su pareja, nos quedemos solos usted y yo.

—No, no; perdone usted; se quedará usted solo, porque lo que es yo me voy a la calle.

—¡Criatura! ¿Dónde va usted a ir que esté mejor que aquí?... ¡Con el frío que hace...!

—Pero es que aquí dentro hará demasiado calor.

—Perderá usted el momento más solemne de la noche; aquel con que soñaba Napoleón para restaurar las pérdidas de hombres de una batalla.

—Es mucha solemnidad para mí.

—Fíjese, observe; no perderá usted el tiempo. ¿Ve usted esta gente? No hay uno que no tenga un estigma de degeneración o de vicio; de ellas, la que no es lesbiana es masoquista; la que no, es las dos cosas a la vez, o sádica o vampiresa; de ellos, el que no es invertido es un sádico; el que no, un rufián o un andrógino.

—¡Hombre, por Dios! ¿Y usted y yo?

—Yo tengo algo a mis horas del marqués de Sade, y usted... ¿verdad que no se tiene por un San Luis Gonzaga ni por un caballero Rolando?... Mas bien un Des Grieux, en los momentos en que el amante de Manon perdía la cabeza.

—La vergüenza, querrá usted decir.

—Delo usted por dicho.

—No me ofendo.

—Ya ve usted que no exagero. Esta gente es lo peor de cada casa, ¿no es verdad?

—Así es.

—Bueno, pues esto que ve usted aquí es lo mejor de la Humanidad; me explicaré para que no crea que cultivo la paradoja, aunque ya sé que usted no es de los cretinos que se asustan de la paradoja. Todos estos seres que en estos momentos discurren por estos salones, tienen una falta, un vicio que los señala al desprecio de los demás; pero tienen la franqueza de ostentarlo así públicamente, no engañan a nadie, y el que trata con ellos ya sabe a lo que se expone. ¿Conoce usted alguno de los aquí presentes a quien pueda molestar que le digan en público lo que es?

—Yo creo que no.

—¡Si algunos hasta alardean de ello! El mismo Antoñito Bermejo, que es el que más tiene que tapar, porque su vicio es el más repugnante de todos, ya sabe usted que ha hecho de su sodomía el mayor timbre de su gloria.

—Es verdad.

—Ahora bien; yo discurro así: de la otra gente, de la que no viene aquí, de la decente, ¿cuánta hay que esté libre de alguna de las faltas que aquí tienen esta noche tan brillante representación?

—Hombre, no sé; así de pronto... Habría que hacer una estadística.

—Déjese usted de estadística; lo que hay es que el resto de la Humanidad añade a sus otros vicios el de la hipocresía, el más repugnante; porque ríase usted de aquello de que la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la

virtud. La hipocresía no es más que una falta de valor, de valor integral, no le quepa duda.

Tenía cuerda para rato, porque el simpático crítico, cuando se ponía a explanar sus teorías sociales, era inagotable; pero les interrumpió aquella matrona gorda, vecina de Javier en la mesa, que vino a buscarles al rincón de la sala de fumar, donde se habían refugiado en compañía de dos cigarros *Sports*.

—¿Y Blanca? ¿Dónde está Blanca? Ayúdenme ustedes a buscarla; la necesito.

Estaba agitada, nerviosa, temblándole las carnes opulentas.

—Pero, ¿es que pasa algo?

—No sabemos; ahora veremos.

Se levantaron y fueron con ella.

—Yo la he visto marcharse por aquí con *Paloma,* su amiga de usted.

Estaban en un pasillo, a cuyo fondo había una habitación pequeña; por el montante de ésta salía luz.

—Deben estar allí, porque se ve luz.

—Entonces no están—arguyó Manolo—; ciertas cosas se hacen mejor a obscuras.

—¡Calle usted, mal pensado!

—Llegaban a la puerta, y la dama llamó con los nudillos:

—Blanca, Blanca...

Una voz débil contestó dentro con visible mal humor:

—¡Qué demonio pasa! ¿Quién me busca ahora?

—Soy yo, abre; tengo que decirte una cosa que no espera.

Pero la puerta estaba sin cerrar por dentro, y a un débil empujón de la dama se abrió de golpe; se oyó una exclamación pintoresca precediendo a una frase que salía del corazón de Blanca:

—¡Y eso que nos hemos metido en el último rincón para que nos dejen en paz!

Al mismo tiempo se oyó el ruido de un cuerpo bajándose violentamente de la cama. La dama, sin asombro por lo que veía, le dijo con premura:

—Mujer, suspende eso que estabais haciendo, y ven conmigo, que Teresa se ha puesto mala.

Salió Blanca al pasillo, y al ver a los dos jóvenes soltó el trapo a reir.

—¡Seréis pelmazos!—Y dirigiéndose a Javier—: Anda, hijo, entra tú, que ya te la he dejado ahí preparada.

Pero Maruja salía también, con el rostro colorado y arreglándose la cabellera. Todos juntos marcharon guiados por la dama opulenta que había traído el aviso.

—¿Dónde está?—le preguntó la dueña de la casa.

—En la alcoba grande.

—Y ¿quién estaba con ella?

La gorda bajó más la voz para contestar:

—Yo...

—¡Mujer, por Dios! Tú también tienes unas cosas... Sabiendo el estado en que se encuentra...

—Pero si ha sido ella la que me ha llevado... Si hubiera sido por mi gusto, mi compañía hubiera sido otra.

—¿Cuál?

—La de Javier.

—¿Te gusta?

—A mí sí.

—Pues anda con él.

—Ya veremos luego. ¿Es celosa *Paloma?*

—No.

Pero llegaban a la alcoba de la enferma: a los gritos que se oían desde fuera habíase ido arremolinando alguna gente a la puerta.

—¡Válgame Dios!—dijo Blanca al oirlos—. A ver si me habéis buscado un compromiso en mi propia casa.

El *Lucerito,* que había acudido de los primeros, la consoló con dos palabras:

—No te apures, Blanca; esó se arregla con una buena *palisa*. Probablemente se tratará de una buena *jumera*... ¿Quieres que entre yo?

Milagros, que estaba junto a él, se estremeció voluptuosa al oir lo de la *palisa*.

Blanca, que había entrado sola con la gorda, salió al poco:

—Javier, ¿quieres decir que avisen a un médico?

—Iré yo mismo.

—Y yo con él—se apresuró a decir la obesa.

—No, que vaya el sereno. Ahí enfrente vive uno: el doctor Cienfuegos.

—Pero, ¿qué le pasa?—preguntó uno del grupo.

—¡Qué sé yo, hijo mío! ¡Que son más puercas que una cerda! Al demonio se le ocurre, estando como está ella, ponerse a hacer una...

—¿Una qué?

—¡Una qué! ¡Mira éste!... Una ensalada puede que sea.

La fiesta vino a turbarse por aquel suceso imprevisto; Antoñito Bermejo, borracho como una cuba, llegó abrazando a todo el mundo, sin distinción de sexos; al ver al *Lucerito*, se colgó a su cuello, mientras le suplicaba:

—Acompáñame, que estás huído toda la noche.

—Niño, suéltame o te descabello.

Unos pocos que entretenían sus ocios en la ruleta, recibieron orden de levantar el campo, pues iba a apagarse la sala, ya que iba a entrar en la casa gente extraña.

El médico, que llegó a poco con el sereno, pasó en seguida a ver a la enferma; era un hombre joven, que se mostró un poco sorprendido ante lo abigarrado del público; por lo visto pensó en algún crimen del vino o del juego. Tras un breve reconocimiento dió fatal su diagnóstico: ni cólico, ni ataque de histerismo, ni rotura de nada; dos horas de espera cuando más, y, al cabo de ellas, la Humanidad—aquella Humanidad de la que con tanto desprecio hablaba siempre Tomillo—tendría un miembro más, para honrarla o para escarnecerla.

Pasaron las dos horas, y el nuevo ser vino al mundo; la pobre Teresa Ayamonte pudo descansar un poco, libre ya de su molesta carga,

y el médico se retiró de la casa satisfecho del feliz desenlace.

A las seis de la mañana, cuando Javier y Maruja abandonaban la casa de Blanca, invitaron a Tomillo a subir con ellos al coche; por el camino Manolo les iba diciendo:

—Ese ser, cuyo advenimiento al mundo acabamos de presenciar, puede ser un cualquiera, pero puede ser también un hijo ilustre de la Patria que, con el tiempo, se encargue de honrarla y enaltecerla. Tal vez sea un general que nos lleve a la victoria, o un estadista ilustre, o un dramaturgo famoso, o un virtuoso del violoncello.

—O un tenor—agregó Javier—que eclipse el recuerdo de Gayarre.

—Condiciones naturales no le faltan, a juzgar por los berridos que daba al salir del claustro materno. En el caso de que ese infante llegue a ser un hombre célebre habrá que colocar con el tiempo una lápida en la fachada de la casa en que acaba de nacer. Nosotros, ¡ay!, no veremos la colocación de esa lápida, pero la verán nuestros nietos, y se descubrirán ante ella con veneración, pensando: «He aquí un hombre que no ha sido como los demás»... ¡Y pensar que este hombre habrá venido al mundo en el seno de una cloaca, y rodeado de un ejército de tíos y de tías!... Pero no por eso será menos ilustre, que es lo que yo digo siempre.

III

Javier Escosura había terminado en aquel mes de Septiembre su carrera de Derecho: ya era abogado, y ya estaba en perfectas condiciones para morirse de hambre si no tenía otra cosa más que su título de perito en la ciencia de Justiniano.

Felizmente, Javier la tenía: tenía su pluma, que le permitía vivir con decoro, trabajando a gusto en lo que eran sus aficiones, y tenía la protección de Maruja, que le permitía divertirse indecorosamente sin trabajar lo más mínimo. A veces, y a medida que las liberalidades del bolsillo de la chica se iban afirmando, pensaba él si no tendría resuelto para siempre su porvenir económico, y podría permitirse el lujo de colgar la pluma, dedicándose a vivir a costa del físico; es decir, vacilaba entre seguir en la brecha del oficio para llegar algún día a eclipsar a Palacio Valdés y a Galdós, o retirarse de las vanidades de la pluma y acogerse a las comodidades de su condición de mantenido.

Pero no; la duda se resolvía siempre en favor de lo menos indecoroso; seguiría escribiendo, aunque no fuese más que por ser aquella su inalterable afición, y además como elemental medida de prudencia para lo futuro. ¡Quién sabe si Maruja se cansaría alguna vez de cuidar de su despensa, y quedaría él en la calle a pedir limosna! Y aunque, una vez lanzado, no le faltaría acomodo con cualquiera otra de las compañeras de Maruja, no se atrevía a desafiar tan descaradamente al porvenir.

Una tarde, ya en Diciembre, poco tiempo después del baile de Blanca, estaba el mancebo en su casa escribiendo un artículo, cuando llegó toda agitada la doncella de Maruja: Elvira—que ya sabía él cómo se llamaba—venía con un recado urgentísimo:

—Señorito, la señorita que vaya usted en seguida.

—¿A su casa?

—Sí.

—¡Qué raro!

—Pero no pierda usted el tiempo; yo he venido en un coche por llegar antes, y abajo está esperando. Puede subir en él.

—Pero, ¿es que pasa algo?

—Si yo no sé: a mí ha salido la señorita a buscarme al salón donde yo estaba cosiendo, y me ha dicho que tomase un coche y viniese por usted en seguida.

En el coche, donde subieron los dos, se fué enterando Javier de algo:

—¿Está sola la señorita en casa?

—No, señor.

—¿Quién hay con ella?

—Don Gonzalo.

—Es verdad: es su hora.

Don Gonzalo era el viejo amigo de *Paloma*. Javier agregó:

—Entonces debe ser cosa de él. ¿Le habrá pasado algo?

—Yo no sé; yo no me he enterado de nada. Ya ve usted que yo estaba en la habitación de al lado de la de ellos, y no he oído nada.

—¡Estos hombres que no pueden ya con los pantalones y se empeñan en pollear!...

Llegaban a la casa, y Javier dejó que Elvira subiera delante; como era la primera vez que el mozo entraba en ella, se dejó guiar.

En la misma puerta de la escalera, entreabierta, estaba Maruja, y apenas entró, se agarró llorando a su cuello.

—Hija, por Dios, ¿qué pasa? No me asustes...

—Ese pobre...—dijo la amante entre sollozos.

—¿Quién, don Gonzalo?

—El mismo; ¡qué compromiso, Dios mío! ¡Dirán que le he matado yo! ¡Me llevarán a la cárcel!

—Calla, calla; no vas tú poco de prisa. ¿Dónde está?

—Ahí, en mi alcoba.

—Anda, llévame tú; vamos a ver...

Atravesaron un saloncito en que había un piano y grandes macetones con palmeras. Ma-

ruja abrió una puerta de cristales diminutos, sin dejar de llorar.

—Por aquí: pasa.

Un olor densísimo al perfume predilecto de *Paloma* envolvió a Javier en una oleada de embriaguez momentánea; en la chimenea, que era lo primero que se veía al entrar, en el muro de enfrente, ardían unos leños, gruesos como columnas.

Era aquel un nido de íntimo recogimiento, en el que se experimentaba sensación de inefable bienestar; la alcoba, propiamente dicha, estaba separada de esta otra estancia por dos columnas de mármol, entre las que pendían gruesos cortinones. Aquí, en la habitación de fuera, que tenía un balcón a la plaza—el balcón donde se asomó Maruja aquella noche—, había un gran armario con espejo de luna inmensa, una mesita pequeña de escribir en un rincón junto al balcón, y otra de te colocada ante la chimenea, y entre dos otomanas; en esta mesita había un servicio de te, una taza llena y otra a medio tomar, y un plato con dos rodajas de limón. En el ángulo de la alcoba y la chimenea había una *chaise-longue* enorme, que más bien parecía un lecho, toda llena de almohadones, y sobre ella estaba tendido el cuerpo de don Gonzalo, vestido de americana, con el rostro muy colorado y las manos caídas hacia el suelo.

Javier se acercó respetuoso; en el suelo había una hermosa piel de tigre, cuya cabeza se bañaba en los resplandores del fuego de la

chimenea. Sobre la piel se arrodilló Javier, y, cogiendo una de las manos del anciano, aplicó un oído a su pecho. Se volvió rápido a Maruja, que no había dejado de llorar:

—Mujer, ¡por Dios! Te alarmas muy pronto; este hombre está tan vivo como tú y como yo.

—¿De veras?

—¿No ves cómo respira?

Del pecho del anciano se escapaba un resuello fatigoso que le levantaba a compás las barbas blanquísimas como el mármol.

—Sí, sí..., es verdad. Pero yo, al verlo caer, me asusté tanto que no me fijé en nada y salí corriendo.

—Hay que llamar a un médico.

—Pero yo no me atrevo; ¿y si el médico da parte?

Javier quedó un momento pensativo; de pronto se decidió, fué a la mesita de escribir, y sacando una tarjeta de su tarjetero, dijo a Elvira, mientras trazaba con lápiz unos reglones:

—Mira, vas a ir al Ateneo, ya sabes dónde es, ahí mismo.

—Sí, señor.

—Y vas a preguntar por este señor: don Carlos Romero. Que lo busquen bien por toda la casa, pues a esta hora está él siempre ahí. Que le den esta tarjeta, y, cuando salga, lo traes aquí; ya se lo digo yo ahí.

Salió Elvira al recado, y Javier se aproximó a Maruja para decirle:

—¡Quién me había de decir que la primera

vez que yo había de entrar aqui iba a ser para una cosa así!

Ella se alejó instintivamente, como no queriendo profanar la agonía del anciano con la proximidad de su cuerpo al del muchacho.

—Oye, ¿dónde estaba cuando se puso malo?

—Sentado ahí mismo, no hizo más que caer de espaldas.

—Y... ¿tú?

—Sentada a su lado.

—Y... ¿qué estabais haciendo?

—Nada: hablando. Él me tenía cogida la mano derecha con las dos suyas, y nada más. ¡Te lo juro!

—No, mujer, si te creo sin juramento.

—De pronto me soltó, le dió así como un mareo, y, sin decir palabra, se cayó.

—Oye..., por si recobra el conocimiento, será bueno que le digas que yo soy también un médico, que vive en el piso de arriba, y a quien habéis llamado en el primer momento.

—¡Tonto! ¿Crees que no sabe él quién eres?... Ya lo creo; el pobre te conoce muy bien; una noche nos vió juntos por la calle. Pero, ¡como ha sido siempre tan bueno conmigo, nunca me decía nada!

—Y lo seguirá siendo, mujer; esto no es nada.

—¡Dios te oiga!

—Ahora que...

—¿Qué?

—Que convendría avisar... Este hombre, ¿con quién vive?

—Con una hermana.

—Pues sería conveniente mandar recado a su casa.

—¿Para qué?

—Mujer, para que estén preparados. Porque habrá que llevarlo allí...

—¿Así como está?

—Ahora veremos lo que dice el médico... Si quieres yo mismo iré a su casa.

—No, no me dejes sola, te lo suplico.

Llegaba el médico llamado por la amistad de Javier; era un muchacho joven, con la carrera recién terminada, pero que iba camino de ser pronto célebre gracias a su talento y a su buena suerte. Muy amigo de la gente de pluma, estimaba a Javier por su sencillo trato.

—Hola, Escosura; creí que era usted el enfermo.

Le presentó a Maruja.

—Tanto gusto, señora. ¿De qué se trata?

Pero ya Javier le señalaba a la *chaise-longue*.

—Mire usted este hombre.

Acudió presuroso el doctor, y, como antes Javier, arrodillóse sobre la piel del tigre; le pulsó, le auscultó, intentó abrirle los ojos... Levantóse, y dijo con calma:

—Sí; lo mismo puede durar tres horas que tres semanas.

—Pero, ¿se muere?—demandó angustiada Maruja.

—Sin remedio, señora; yo no sé engañar. No podemos intentar más que prolongar lo más posible su agonía: primeramente hay que acostarlo.

Volvió Maruja a preguntar cada vez con mayor terror:

—Pero, ¿aquí?

Javier, en dos palabras, puso al corriente del caso a su amigo:

—Este hombre estaba aquí de visita, cuando, de pronto, se sintió indispuesto... Él no vive aquí...

—Ya me lo figuro.

—Si pudiéramos meterlo en un coche y llevarlo a su casa... A su familia, y a todo el mundo, podemos decirle que íbamos por la calle, y delante de nosotros se ha caído al suelo.

Como lo pensó se hizo; el mismo coche que había traído a Javier desde su casa sirvió para llevar a cabo la comedia. El pobre viejo, sin recobrar el conocimiento, y envuelto en su gabán de pieles, fué bajado a la calle en una silla, entre Elvira, Javier y Romero. Felizmente, en la calle no había nadie cuando abrieron la portezuela del coche, y lo acomodaron dentro: Carlos y Javier subieron con él.

Todo salió a pedir de boca; poco antes de llegar a la casa del enfermo, en la calle de Olózaga, hizo éste un movimiento, y casi pronunció algunas palabras; las escaleras las subió por su pie, aunque torpemente y sin dejar de apoyarse en los brazos de Javier.

Sentía éste una emoción especial al darse cuenta del sarcasmo cruel que suponía la agonía de este hombre, apoyándose en las fuerzas del que tanto le había escarnecido, llenando su frente venerable de adornos grotescos.

Cuando los dos jóvenes volvieron a casa de Maruja, ésta seguía aún llorando en la misma estancia donde había ocurrido el accidente; pudieron tranquilizarla un poco, contándole la mejoría real del enfermo al llegar a su casa.

Carlos se despidió, ofreciéndose para todo.

—Sí, doctor, sí—le suplicó Maruja—; y si acaso hiciera falta su dictamen para librarme a mí de toda culpa, cuento con él, ¿verdad?

—No se preocupe usted, señora; aquí no hay culpa por parte de nadie. Si acaso, la única culpable sería la Naturaleza, que pone el deseo donde no hay fuerzas para realizarlo.

Y se marchó, después de haber soltado aquella frase, que a él le parecía de una grandeza fundamental.

Maruja suplicó a Javier que no se separase de su lado en toda la noche; accedió el joven a lo que era expresión ardiente de un miedo infinito, y se quedó en la casa.

Pero los dos jóvenes, sobrecogidos por una emoción inexplicable, pasaron toda la noche sentados y silenciosos en la estancia donde el pobre don Gonzalo había caído aquella tarde.

IV

A los cinco días, Maruja leyó en los periódicos la noticia: don Gonzalo había muerto; mandó a Elvira a confirmarla a la propia casa de su viejo amigo, y la doncella volvió con la triste confirmación esperada.

Paloma se abrazó a ella llorando.

—Elvira, ya estoy otra vez en la calle. ¡Qué va a ser de mí ahora!

—¡Válgame Dios, señorita, parece mentira que diga usted eso! ¿Es que a usted le va a faltar donde escoger?

—Sí, claro: vosotras lo veis todo eso muy sencillo. Tendré que echarme a rodar por ahí como tantas otras.

—No rodará mucho si usted no quiere; verá en cuanto se enteren más de cuatro de que el puesto está vacante, cómo lo que le sobran son moscones. ¿No ve usted que yo lo digo por algo?... Acuérdese de lo que pasó cuando se fué el señorito Ignacio; decía usted lo mismo que dice ahora, y ya ve lo que tardó en acomodarse de nuevo. El tiempo que la señorita quiso.

—Sí, pero aunque así sea, ¿dónde voy a encontrar yo otro hombre tan bueno como éste? Ni que me deje la libertad que este pobre me dejaba... ¡Si era un santo, Dios mío!

—Eso sí es verdad; Dios le tenga en su santa gloria, aunque no sea más que por lo bien que lo hizo con usted... No hay que apurarse tan fácilmente, señorita; hasta ahora no puede usted quejarse de su estrella, y no sé por qué ha de pensar que la suerte no ha de seguir favoreciéndola.

Trataba de consolarla, pero esta vez con poco éxito. Javier, que llegó aquella tarde —desde que ocurrió la cosa iba a diario, a la misma hora que lo hacía don Gonzalo—sabia ya lo ocurrido,

—Sí, hija, sí; ya lo he visto. ¿Qué le vas a hacer? ¡Paciencia! Cuando ocurren estas cosas es únicamente cuando uno siente no ser rico, muy rico, para ofrecerte, por lo menos, un poco de tranquilidad.

Fueron unos días tristes para los dos; en la tristeza de ella había no poco del recuerdo agradecido para el hombre que, durante año y medio, había sabido tratarla como un padre, sin procurarle ni un solo disgusto. Pero había algo más: un miedo cerval, que Javier estimó ridículo desde el primer momento, a que la Justicia tomase cartas en la muerte del viejo, y acudiese a ella para que aclarase aquel enigma.

—Qué ganas tienes de atormentarte tontamente—le decía él siempre que ella le comuni-

caba sus temores—. ¿Puedes creer eso después de las seguridades que te dió Carlos Romero la otra tarde?

No bastaba todo ello para impedirla sobresaltarse de un modo extraordinario siempre que oía llamar a la puerta de su piso. ¿Será el juez de guardia? ¿O acaso el comisario del distrito?

Quiso guardarle luto y se propuso no salir a la calle en nueve días; en esta resolución tomó también parte el miedo; sí, tenía miedo a que la gente se hubiera enterado de todo y la señalasen unos a otros, diciéndose: «Ahí va la que mató a Gonzalo».

Porque para Maruja la cosa estaba muy clara: le había matado ella.

Por vergüenza, por miedo infinito, no se había atrevido a confesar la verdad ni al propio Javier, de quien nada hubiera podido temer. Ni siquiera a Elvira, su confidente obligada en cosas muy íntimas, le había dicho una palabra; sería aquel uno de esos secretos que todos tenemos y que no nos atrevemos a confesar ni a nosotros mismos, y mueren con nosotros y con nuestro corazón.

Le había matado ella: en un arrebato de lujuria senil quiso el pobre resucitar su espíritu y algo más sobre el cuerpo de ella. Maruja se reprochaba no haber resistido a su capricho, no haberle sabido contentar, como otras veces, con cuatro caricias engañosas, pero que al pobre viejo le calmaban por el momento. Aquella tarde, no; un enfermizo y malsano sentimiento

de sadismo le hizo a ella olvidarse de todo al ver los inútiles esfuerzos de él, y el fuego de su carne joven alimentó la hoguera en que se quemó el cerebro del anciano con los horrores de la congestión.

¿Podía dudar que le había matado ella? Claro que no; desde el fondo de su alma pedía a Dios que la perdonase y al muerto que supiese disculpar su arrebato inexplicable. Bien lo estaba purgando con aquella congoja perpetua en que vivía desde que el buen señor había entregado su alma a Dios.

Para librarla de ella, los consuelos de Javier valían poco; en estos momentos de abandono, cuando falta el hombre que con su dinero las permite cierta dignidad, es cuando se aprecia lo triste del oficio de la cortesana. Maruja se lo decía al muchacho:

—¿Ves, Javier, ves cómo todo es preferible a esta soledad en que una queda cuando se marcha el que traía dinero a casa con regularidad?

—Ya, ya...

—Mientras cuenta una con algo fijo puede hacerse la ilusión de que vive de un modo honesto, en la tranquilidad de su casa y en la relativa regularidad de su vida. Pero todo ello se acaba cuando tenemos que preguntarnos a diario: ¿de dónde sacaré yo mañana el dinero que necesito para comer, para seguir vistiendo como visto, para continuar viviendo como hasta aquí?

—Lo encontrarás, no te apures; hay que tener confianza.

—¿En quién?

—En Dios, en último caso.

—Pero ¿no dicen que Dios no quiere nada con nosotras hasta que no nos arrepentimos?

—¡Arrepentirse! ¿Es que hay alguna de vosotras que, a los dos meses de ejercer el oficio, no esté arrepentida de haberse dedicado a él?

—Es verdad.

—Lo que pasa es que no podéis volveros atrás. En la vida es siempre muy difícil volverse atrás... Pero si pudierais... Sería curioso hacer la prueba con todas vosotras: ofreceros los medios de fortuna para vivir tranquilas fuera del oficio y llevar cuenta de las que seguían en él voluntariamente. Sería una buena respuesta a los que afirman que es el vicio el que os mantiene en la brecha.

—¡Imbéciles! Si no hablaran siempre de memoria...

—Eso es precisamente lo más triste de vuestra situación: lo forzado de ella.

Inútil será decir que con estas filosofías un poco pedrestres, lo que el muchacho lograba era más bien entristecer a Maruja; ¡sí que era un lince para consolar afligidos!

Pero Dios provee a todo y rara vez consiente que una de sus criaturas—y las entretenidas también lo son—muera de congoja. Habían pasado quince días de la muerte del pobre don Gonzalo; aquella mañana Paloma, sin dar el nombre, había encargado a los frailes de la iglesia de Jesús que dijesen una misa por un alma de su secreta intención. Salió ella muy

enlutada y se oyó la misa entera de rodillas; al volver a su casa la esperaba en el vestíbulo un caballero.

—¿Es usted María de la Paloma Echevarría?

—Servidora de usted.

—Muchas gracias. Usted a mi no me conoce.

—No tengo ese gusto.

—Pues yo soy sobrino de don Gonzalo.

Maruja tembló de los pies a la cabeza; aquel hombre venía a pedirle cuentas de la muerte de su tío.

—Soy también uno de sus testamentarios, y vengo a hacerla entrega de una copia simple del testamento de mi pobre tío, que hemos abierto hace ocho días.

—¿A mí?... ¿Para qué?

—Cuando lo lea saldrá usted de dudas. Bástele saber que en ese testamento hay una alusión a usted.

—¿Qué dice usted?

—Mi tío se acordó de usted al disponer su última voluntad, cosa que hizo hace poco menos de un año. Usted debió tener con él... una gran amistad, ¿no es cierto?

—Amistad, sí, señor.

—Y... seguramente, la última vez que usted le vió ya... vamos, ya estaría él un poco enfermo, ¿no?

—No me fijé. Pero no comprendo a qué viene hablarme a mí de eso.

—Simple curiosidad, señora; usted perdone.

Se despidió, ofreciéndose con toda cortesía.

—Como a causa del testamento nos hemos de ver con alguna frecuencia, pues tendremos que ponernos de acuerdo para ciertos detalles, me despido hasta un día próximo. Manuel Vallina es desde hoy un servidor de usted.

—Muchas gracias. Vaya usted con Dios.

No supo decir otra cosa, pues la sorpresa no le dejó discurrir más. Fué corriendo al comedor y rompió nerviosamente el sobre lacrado que le había entregado aquel señor; para leer mejor los pliegos que había dentro se aproximó a una de las ventanas que daban al patio.

Aquel don Manuel Vallina era, por lo visto, el heredero principal; a él iba a parar la casi totalidad de la fortuna del difunto, que entre muebles e inmuebles se elevaba casi a los cuatro millones de pesetas. Subrayado con lápiz azul venía lo que a ella le interesaba: una casa que el muerto poseía en la calle del Piamonte, valorada en ciento veintidós mil pesetas, pasaba a ser propiedad de Maruja, juntamente con treinta títulos de la Deuda por valor de quince mil pesetas; en el recuerdo nada romántico del viejo para la joven que había sabido endulzarle los últimos meses de su vida—y que se la había quitado por fin de un modo harto dulce—, figuraban también dos acciones del Banco de España y varias de distintas Sociedades anónimas. Total: una *alusión* de muy cerca de cincuenta mil duros.

Para precio de un homicidio no estaba mal; esto fué lo primero que pensó y casi dijo en voz alta Maruja cuando acabó la lectura de todos

aquellos formulismos legales que la convertían en propietaria.

Durante media hora larga quedó plantada en el mismo sitio con el papel en la mano y sin saber si alegrarse o entristecerse. Lo inesperado del golpe la había aturdido, y del aturdimiento no salió más que para caer en un estado de excitación febril que la obligó a refugiarse en su alcoba y a echarse vestida en el suelo sobre la piel de tigre.

Cuando Elvira la llamó para comer no quiso hacerlo.

—Comed vosotras; yo no tengo gana.

—¿Es que está mala la señorita?

—No, mujer, es que no tengo gana; luego tomaré algo, cuando venga el señorito Javier.

Pensando en la sorpresa que había recibido, empezó poco a poco a darse cuenta de su situación. La encontró inmejorable por dos razones, ambas poderosísimas: con aquel dinero no sólo podía permitirse ella cierta temporada de respiro, sin los apremios del mañana inmediato, sino que podría asegurarse un mínimo para toda la vida, que, por lo menos, la libraba de la miseria. Pero la otra razón la consolaba más de todas las congojas pasadas; es decir que, por lo que se veía, ¿en su oficio no era todo fugaz y pasajero, como las pasiones que ellas mismas inspiraban, sino que había también afectos que duraban más allá de la muerte, como el cariño de aquel pobre viejo, a quien llamaba su padre con harto más motivo que al

que la engendró y la dejó después sola en la vida?

La decisión del anciano era a sus ojos más valiosa, por cuanto al tomarla no podía ignorar que ella, con su propio dinero, seguiría escarneciendo su memoria con aquella vida de licencia que él supo perdonarle de continuo.

Ya más tranquila, cuando llegó Javier por la tarde, se limitó a alargarle el papel, diciéndole, mientras se alegraba de antemano con su asombro:

—Toma, lee eso.

V

Sólo que Javier, a pesar de su innegable talento, era un poco iluso y además dominaba poco las matemáticas. De no ser así, hubiera cogido papel y lápiz y habría echado las siguientes cuentas:

Una casa en Madrid, valorada en veinticinco mil duros, por muy baja que fuese la valoración y por muy optimista que fuese el cálculo de su renta líquida, no podría producir más del ocho por ciento anual: total, diez mil pesetas.

Quince mil en títulos de la Deuda, rentaban, justas, seiscientas. Y aunque se dejase volar mucho la imaginación en el cálculo de la renta de los otros veintidós mil duros—y siempre son funestos esos vuelos imaginativos en asuntos financieros—, ¿qué más iba a obtener que otras diez mil pesetas cada doce meses?

Total: veinte mil seiscientas pesetas al año.

Nadie cometerá la candidez de despreciarlas; pero lo que es algo difícil es hacer con ellas lo que Javier propuso a Maruja: retirarse

de la vida pública, y seguir viviendo en Madrid como una burguesa feliz, pasándose por la rabadilla a los hombres y a sus bolsillos.

Y eso se lo decía Javier a una mujer que sólo en coche, vestidos, sombreros y perfumería gastaba algo más de esos pobres cuatro mil duros en el año; a una mujer a quien él, pocos días antes, había sacado un billete de mil pesetas en una hora, para costearse la edición de su nuevo libro *Más alto que el sol*.

Felizmente, la chica tenía un sentido práctico que ya quisieran para sí la mayoría de nuestros ministros de Hacienda.

—No seas tonto, Javier; un poco más tranquila respecto al porvenir inmediato, estoy en la misma situación de antes. Tengo que seguir, tengo que buscar, o hacer que me busquen, que es lo más difícil.

—Como quieras, pero yo en tu caso...

—Tú, en mi caso, harías lo mismo que yo, a menos que seas tonto de nacimiento. Ayer estuvo aquí Blanca...

—Entonces no me digas más.

—Venía a despedirse, pues por la noche se marchaba a París. Y, ¿sabes lo que me dijo?

—Alguna estupidez, seguramente.

—A ti puede que te lo parezca, pero no lo es... Que Ramón había heredado de un tío suyo, que era ya muy rico y que, al serlo, la primera persona de quien se había acordado era de mí.

—¡Maruja! Pero, ¿te has vuelto loca?

—Sí, ya sé que Ramón te es muy antipático;

pero yo no tengo la culpa de eso. Si pensaras imparcialmente, comprenderías que a ti lo mismo debiera darte ese que otro cualquiera. Es decir, ese mejor que otro, porque, al fin y al cabo, es amigo tuyo.

—¡Qué bien discurres!... Pero criatura, ¿dónde vas a meterte? ¿Tú no sabes que Ramón Ledesma es un sinvergüenza?

—Eso era antes, cuando no tenía dinero.

—Y ahora, con dinero, se emborrachará con más frecuencia que antes..., y antes lo hacía a diario...

—Pues mira, no es la borrachera el vicio que a mí más me repugna en los hombres.

—¡Anda con Dios!... Bueno, pues mira: te voy a decir lo que no te he dicho nunca desde que nos conocemos; con todos, fíjate bien, con todos menos con ese, mientras yo signifique algo a tu lado. Con todos, con mi mayor enemigo, con el último licenciado de presidio, con el que quieras, pero con ese no.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que puestas así las cosas, me vas a obligar a que te diga, aunque no sea más que por amor propio, que con ese ha de ser, y nada más que con ese?

—Piénsalo bien, Maruja; mira que no me vuelves a ver en tu vida...

—Otras cosas he perdido que quería más, y ya ves que sigo viviendo.

—Claro, como que no hay como haber nacido zorrón deshecho para no afligirse por nada...

—Será mejor ser un chulo indecente como tú... ¡canalla!

Era la primera vez que se lo decía. Javier se prometió a sí mismo que sería la última. Y para no vacilar en su decisión salió de la estancia dando un portazo y ganó la calle con altivez.

Se refugió en el Ateneo; cuando llegó a los salones de abajo se encontró con que en la cacharrería se estaba discutiendo la existencia de Dios. Gente de buen humor aquella cacharrera, siempre engolfada en problemas abstrusos, que en definitiva son los que menos interesan a los que los discuten y se apasionan por ellos. Se sumergían a diario en las disquisiciones más fundamentales, sin duda para olvidarse cada cual de sus propios problemas personales, como el del cocido, el de la familia, el de la querida, etc., etc.

Decía un alumno del Doctorado de Derecho, plantado en medio de la estancia:

—No se canse usted, don Pedro; Dios existe, porque no tiene más remedio que existir. Recuerde el ejemplo de la circunferencia de Leibnitz.

—¿De quién?

—De Leibnitz.

—¡Ah, sí!

—No hay circunferencia sin centro, no puede haberla; pues bien, el mundo es una circunferencia y Dios es ese centro. Ahora que a ese centro unos le llaman Dios; otros, fuerza inmanente; algunos, ley de lo abstracto, y otros, por fin, le llaman Dios al cacique de su provincia. Pero fuerza, ley, cacique o Dios, ¿qué más

da? El caso es que existe, y eso no puede negarlo nadie.

—Pero venga usted acá, joven: si existe Dios, ¿cómo es que existe el demonio?

—Pues por eso precisamente; mejor dicho, para eso. El demonio existe para hacerle a Dios el bis.

—Eso es un juego de palabras.

—Juego de ideas, si usted quiere, pero verdad como un templo.

Terció en la discusión un catedrático republicano, con el ánimo de encauzarla:

—No se cansen ustedes. Hay una prueba inconcusa, irrefutable, de la no existencia de Dios.

—¿Cuál es?

—La siguiente: si Dios existiera, ¿cómo iba a consentir que el conde de Romanones continuase siendo presidente del Consejo de Ministros en España.

—*Pro me faciis*, que dicen los escolásticos: la permanencia de Romanones en la Presidencia del Consejo es la prueba más grande de la existencia de Dios.

—¡Muy bonito!

—A ver si va usted a resultar ahora, además de deísta, romanonista.

—Todo lo contrario, señor mío; déjeme acabar. El hecho de que España no haya perecido, después de un año del gobierno de Romanones, prueba palmariamente que Dios vela por ella, y claro es que para velar tiene que existir.

En aquel momento entró de la calle un redactor del *Diario Universal*, diciendo que Romanones acababa de plantear la crisis total, y que seguramente le sustituiría un gabinete García Prieto.

—Y ahora—se apresuró a gritar el estudiante—, ¿cree usted en la existencia de Dios?

—Calma, calma—replicó el catedrático—. ¿Usted cree que García Prieto tiene prestigio bastante para reconciliarle a uno con la Divinidad?

No podían interesar al conturbado espíritu de Javier aquellas discusiones, y se marchó a la calle.

Desde el día de la riña con Maruja se dió a frecuentar mucho el Ateneo, atraído sin duda por la proximidad de la casa de ella, que estaba allí a la mano. Habían pasado tres días desde aquel suceso, y el muchacho, a la hora del crepúsculo, abandonó la docta casa y tiró calle del Prado abajo, hacia la plaza de las Cortes; le atraía allí esa voluptuosidad siniestra que hace al asesino volver al lugar donde dejó ensangrentada a su víctima, y al autor de una comedia rondar en torno al teatro donde se verifica el estreno de su creación.

Claro es que Javier no pensaba en subir a casa de Maruja, ¡qué disparate! Se limitaría a pasar dos o tres veces por la acera, con las manos a la espalda, y silbando un aire cualquiera de zarzuela. Lo único que sentía era que su vejiga no tuviese en aquel momento necesidad de desahogarse para echar una firma

líquida sobre las baldosas del portal, en señal de menosprecio.

Al cruzar por delante de la puerta la primera vez, se tropezó con un hombre que salía de la casa.

—Perdone usted—dijo el individuo.

—No hay de qué—replicó Javier.

Pero al punto se conocieron ambos: era Ramón Ledesma, que salía a cuerpo, como era su costumbre, aun en las noches más frías de Enero.

—Hombre. Tú por aquí... ¿Bajas de casa de *Paloma?*

—Sí; y tú, ¿subes ahora?

—¿Yo?... ¿A heredarte? ¡Ca, hombre! ¡Pues no hace mucho tiempo que bajé yo!...

—¿Me acompañas?

—¿Adónde?

—Aquí..., a la Peña.

—No va a poder ser, porque yo tengo que llegarme ahora aquí a Çarabanchel de Abajo, donde tengo una cita con una princesa, que está de paso en Madrid, y quiere probar los hombres de la tierra.

—¡Caray, que sea enhorabuena!

—¡Qué te creías tú! Estoy harto de golfas; ahora me dedico a las honradas. Para llevarse bien con las golfas hay que ser algo golfo también.

—¿Crees tú?

—Ya lo creo. Verás tú qué bien te llevas con *Paloma*... Dios los cría...

—Bueno, adiós; me están esperando.

—Anda con Dios, hombre... ¡Ah!, oye: y por mí ya sabes, ¡que te aproveche!

—Gracias.

Partieron cada uno por su lado y Javier se encaminó a la calle de Lope de Vega. Era lo mejor; en cierta casa muy conocida preguntaría por la Patro, y si estaba libre, entraría con ella, y se dedicaría a contarla, entre guarrada y guarrada, la historia de Maruja.

¡Cuánto se iba a alegrar la pobre chica, que indudablemente miraría a la otra desde el hoyo de su estercolero con toda la envidia de su alma pequeña!

¡La historia de Maruja! A Javier en aquel momento le parecía una historia ejemplar, digna de esculpirse en mármoles.

VI

Por el camino hasta su casa maduró Javier su plan; sí, era lo mejor. Las cosas había que hacerlas completas o no hacerlas, y las actitudes gallardas había que llevarlas hasta el fin.

Después de haberle contado a la Patro la historia de sus amores con Maruja, se había decidido a contársela también al público. ¿Por qué no? No es que él creyese que al público le interesasen mucho aquellas cosas, pero al menos que su caso sirviera de ejemplo y aviso a los incautos; ¿no decían que el Arte debía ser ejemplar?

Porque él se consideraba una víctima en sus pasadas relaciones con Maruja; la Patro le confirmó en su idea.

—Si esa siempre ha sido muy perra.

—No lo sabes tú bien.

—¿Recuerdas que te lo avisé el día aquel en que me acompañaste hasta la puerta de mi casa?

—Sí, pero yo he estado ciego.

Al principio la chica no le reconoció, pero tardó poco en darse cuenta; él no la encontra-

ba tan estropeada como Maruja le había dicho. Y es que las mujeres miran siempre estas cosas de otra manera.

Al marcharse le dispidió ella con la frase sacramental:

—Oye, que vengas por aquí.

—Claro que volveré.

—Y que me busques.

—Figúrate.

Y volvería, ¿por qué no? ¡Como no era complaciente la chica!

Pero primero había que liquidar lo otro. Llegó a su casa, y extrajo de uno de los cajones de la cómoda el papel donde quedaba el dinero; lo contó: ochocientas setenta y cinco pesetas justas. Se había gastado veinticinco duros de los doscientos que Maruja le había dado para imprimir el libro.

No importaba; mañana mismo pediría esa cantidad como anticipo en el periódico donde colaboraba y se la enviaría a Maruja. Ahora había que escribir la carta que acompañaría al envío.

—«Amiga *Paloma*...»

La llamaría así por su nombre de guerra, para más humillarla.

—«...Al marcharme el otro día de tu casa se me olvidó devolverte las mil pesetas que hace poco me regalaste; ahí van. Como el libro ya no lo pagas tú, he decidido archivarlo y escribir otro en su lugar, que podrá llamarse: *El nido de La Paloma* o *Entre zorras anda el juego*, y en el cual, usando del derecho sagrado

que tenemos todos los artistas, le contaré al público toda tu vida y milagros. Recordarás que más de una vez te he dicho que mientras tú fueras para mí nada más que una mujer y no una golfa, yo sería para ti nada más que un hombre, y no un escritor; pero eso se ha acabado, porque tú has querido que se acabe. Ya no eres para mí más que lo que has sido para todos, y yo, en cambio, recobro también mi libertad y escribo lo que quiero, sin que nadie me lo pueda prohibir. Me porto como uno de mi oficio, por haberte portado tú conmigo como una del tuyo.

»Cuando esté el libro impreso ya te enviaré un ejemplar dedicado.—*Javier Escosura.*»

La leyó tres veces y le pareció admirable. Al día siguiente, reunido ya el dinero que le faltaba, lo metió en un sobre con la carta, y lo llevó al continental de la Carrera de San Jerónimo. Al chico encargado de llevarla le advirtió:

—Si quieren darte contestación no la tomes de ninguna manera.

Y se quedó tan satisfecho.

Cuando Maruja recibió la carta aquella misma tarde, estaba sentada ante la chimenea de su alcoba; cogió los diez billetes de cien pesetas y los fué echando al fuego uno tras otro; los veía arder, retorcerse, ponerse primero muy rojos, y luego muy negros, hasta convertirse en ceniza que ella misma se encargaba de pulverizar a golpes con las tenazas. La operación la distrajo algún rato, y, cuando ardió el

último papelucho, cogió la carta de Javier, la besó sobre la firma, y se la guardó cuidadosamente en el pecho.

Sintió frío, y se abrigó los hombros con una toquilla; por los cristales del balcón veía ella avanzar la noche sobre las torres de los Jerónimos, y más allá, sobre las arboledas del Retiro. No quiso encender la luz, a pesar de que las tinieblas del atardecer se espesaban poco a poco. La hora era propicia a la meditación, y la comprometida meditó un rato:

—Es extraño—se decía a sí misma, casi en voz alta—lo sola que me han dejado todos en pocos días. Primero se fué Gonzalo, el pobre para no volver más; luego se ha ido Blanca, mi mejor amiga, y ahora este mocoso se va también, por lo visto para siempre... ¡Claro que no puedo quejarme! Para comer y vestir bien no los necesito a ninguno, pero... no sé por qué me figuro que voy a aburrirme mucho sin los tres... Y es que ninguno de ellos—fuera del viejo, que era un santo—me ha querido de verdad... Ni yo a ellos, por supuesto, porque aun al mismo Javier, cuyo afecto echo ahora de menos, no puedo decir que le quería con verdadero amor... Y es que esto del amor es muy complicado; si mañana Elvira, la doncella, me dijera que se marchaba, yo lo sentiría muchísimo, hasta lloraría, y, sin embargo, ¿voy a pensar por eso que estoy enamorada de ella?

Le sacó de su monólogo la voz de Ramón que gritaba en la estancia vecina:

—¿Dices que está aquí? Pues, leñe, ¿cómo es que está apagado?

Venía borracho, se lo conocía en la voz; empujó la puerta y dió la vuelta a la llave de la luz.

—Leñe, ¿estás aquí? Y por qué estás a oscuras?

—Mira...

—¿Qué hacías?

—Durmiéndome estaba...

—Oye, ¿sabes que hace frío esta tarde?

—Acércate aquí; hay fuego.

—No está de más.

Se sentó con las piernas abiertas frente a Maruja; no cesaba de resoplar, como si se abrasara por dentro.

—Oye, mañana tarde tendrás aquí eso para que lo veas.

—¿El qué?

—El coche. Me he decidido por el de Juanito Solares; es de lance, pero está nuevo; no le falta un detalle...

—¿Tiene luz dentro?

—Ya lo creo; y tubo acústico y toda la pesca. No, es un buen coche, pero ¿sabes lo que quiere por él?

—¿Cuánto?

—Diecisiete mil pesetas.

—¡Jesús!

—Una burrada, porque siendo de lance no debiera ponerse tonto. Claro que el coche vale vale más, eso ya lo sé, pero... no es esa la cuenta.

—Y ¿por qué no esperas otra ocasión...?

—Porque no me da la gana, ¿te enteras? Pues sí qué eres tú estúpida; yo me gasto contigo lo que quiero, ¡no faltaba más!

La borrachera le daba siempre por alardear de generosidad.

—Claro, estás acostumbrada a que te saque los cuartos el chulo ese de Javier, y crees que todos somos iguales.

—No lo nombres—suplicó ella—; ¿qué falta hace nombrarlo?

—Me da la gana, ¿sabes? Y además digo que es un sinvergüenza y un chulo indecente; ¿qué hay?

—Si hubiera heredado de un tío, como otros, no sabemos lo que sería.

—Oye, *Paloma,* ¿es que lo vas a defender después que va por ahí poniéndote verde?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todo el mundo lo sabe; si hasta dice que va a escribir un libro poniéndote como un trapo...

—Habla de mí, ¿eh?

Maruja, al decir esto, no supo disimular un gesto fugaz de alegría.

—Oye..., ven acá...

La hacía señas de que fuera a sentarse en sus rodillas; acudió ella obediente, y él intentó abrazarla, pero cuando iba a hacerlo se echó la chica a llorar como una colegiala.

—¡Leñe! ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Te acuerdas de él, no es verdad?

—No, no es eso.

—Claro que sí; pero no creas que me importa. Puedes llamarle cuando quieras, que yo no voy a dejarte por eso. Ni voy a tener celos de él, ni me importará que le des algunas pesetas de las de mi bolsillo.

—¡No las tomaría él!

—¡Él! Buen rufián está hecho. Ahora que a ti, cuando te vea llorar como lloras ahora, porque te acuerdes de tu chulo, te haré siempre esto.

En la mejilla derecha de Maruja vino a estrellarse una bofetada del beodo, que la hizo caer de rodillas sobre la alfombra.

VII

Estaba el chico acabando de peinarse en su habitación, cuando entró la dueña de la casa a avisarle:

—Don Javier, ahí le busca una señora.

—¿Una señora a mí?... ¿Y cómo es?

—Soy yo, Javier—dijo en la misma puerta la voz de Maruja.

—¡Ah!

Pasó la joven, y la dueña de la casa se marchó, cerrando la puerta discretamente.

—Vengo a buscarte.

—A mí, ¿para qué?

—Para que vengas conmigo.

—¿Adónde?

La chica calló; vestía con sencillez un traje oscuro de levita y cubría su cabeza con una gorrita de pelo de cuyos bordes se escapaban sus cabellos, negros y brillantes. Fué a decir algo, pero antes de poder hablar se dirigió al joven, se colgó a su cuello, y rompió a llorar silenciosamente.

—¡Maruja! ¿Qué te pasa?

—Nada.

La llevó al sofá, y se sentó con ella, sin dejar de abrazarla. La dejó llorar a su sabor; cuando se hubo desahogado, se desprendió de sus brazos, limpióse los ojos con mucha calma, se arregló un poco los cabellos y sonrió.

—Perdóname. Ya ha pasado. ¡Qué habitación más pobre tienes!

—Pues es la mejor de la casa.

—¿Cuánto pagas por ella?

—Seis pesetas diarias, con la comida, se entiende...

—Qué frío debe hacer aquí.

—No lo sabes tú bien; por las noches, cuando me quedo trabajando, me entran un brasero, me lo coloco bajo los pies, y así puedo lograr no quedarme yerto.

—Oye, quería pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Que vengas a dar un paseo conmigo. Tengo abajo mi automóvil.

—¿*Tu* automóvil?

—Sí, ¿no lo sabías? Tengo automóvil. Soy, con Elena la de Peláez, una de las dos que en Madrid tienen automóvil propio. Las otras, las que más, no han podido pasar del coche de caballos.

—¡Cómo prosperas!... ¿Conque automóvil? ¿Eso será algún regalo de Ramón?

—Así es.

—Estáis en la luna de miel. Ya vendrá la de hiel...

—¿Ya vendrá?... Ya ha venido. El mismo día

que me regaló el automóvil me pegó una bofetada que aún me duele.

—Eso es cariño.

—Así dice él cuando se le pasa la borrachera.

—¡Y tú encantada!

—Bueno, vámonos.

En la casa había producido revuelo la presencia de la joven. Los huéspedes se hacían los encontradizos con la pareja por los pasillos para verla a ella a su sabor; la casa quedó llena del perfume de Maruja como de un incienso mundano.

Al llegar al portal, la chica dijo:

—Oye, supongo que no te dará vergüenza subir en el coche, a pesar de su procedencia.

—¿No te lo han regalado a ti?

—Sí.

—Pues entonces es tuyo, y no le debe nada a nadie.

—Vaya, veo que te vas volviendo razonable.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Temo comprometerte.

—¿Por qué?

—Suponte que nos vea juntos Ramón.

—Nos saludaría muy respetuoso y seguiría su camino.

—Y luego, cuando esté a solas contigo, liquidaréis la cuenta a bofetadas.

—No, te aseguro que no; lo que es por eso ni me riñe siquiera. No le importa lo más mínimo.

—¡Hola! Eso indica que es un hombre de talento...

El automóvil, sin que Maruja dijera nada al mecánico al subir, había seguido por la calle Mayor y desembocaba ya en la de Bailén.

—Dime, pero, ¿dónde vamos?

—Pronto lo sabrás. No creas que voy a secuestrarte.

Cruzaron la plaza de Oriente, y al llegar a San Marcial torcieron por el paseo de San Vicente; eran las doce, y el día era hermosísimo. Se respiraba con deleite el aire tibio de la mañana invernal, a la que los esplendores de un sol radiante quitaba toda su crudeza.

—¿Es que vamos a tomar el tren? ¿Nos fugamos tú y yo al extranjero?... Sería un bonito final, pero te advierto que si no llevas mucho dinero vamos a pasar fatigas, porque yo me he salido de casa con seis perras gordas.

—Te sobran sesenta céntimos, porque hoy pago yo.

—¡Olé!

—Ya lo verás.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Nos dejamos atrás la estación del Norte? Pues ahora sí que no sé dónde vamos.

—Por aquí se va a muchas partes. Al Pardo, a la carretera de La Coruña...

—A San Antonio de la Florida... ¡Ah, vamos, ya caigo! Vamos a darle gracias al santo de Padua por haberte proporcionado un novio tan rumboso como Ramón. Me consentirás que me quede a la puerta, pues lo demás sería

inmoral. ¡Cómo! ¿Tampoco paramos en San Antonio?... Pues ahora sí que no sé dónde vamos.

—Falta ya poco.

—Si estuviéramos en primavera, diría que me llevabas a la Exposición de ganados. En clase de carnero no creas que sería yo de los peores.

Cerca del puente de los Franceses se detuvo el auto. Javier miró a su izquierda; estaban a la puerta del merendero donde él y Maruja se refugiaron *aquella* tarde hacia ya más de tres años.

Al bajar le dijo la muchacha:

—¿Ves ahora dónde vamos?

—Ya; se trata, por lo visto, de reconstruir la escena del crimen en el propio lugar de su ejecución.

—Ni más ni menos.

– Pues vamos allá.

El criado, que por lo visto estaba prevenido, les instaló en el mismo cuarto de entonces; pero los años no pasan en balde; el criado no era el mismo, y, además, al examinar Javier la estancia con el corazón emocionado, sufrió una amargura. El diván que tan amorosamente les había acogido en la tarde memorable, no estaba ya en su sitio; el pobre veterano del amor había, por lo visto, sucumbido a los vaivenes de su vida tumultuosa, y hoy estaría en cualquier prendería del Rastro, sin que nadie se ocupase de premiar sus dilatados servicios a la especie y a la raza, prendiendo de la tela de su respaldo una honrosa condecoración.

Maruja le dió un beso, aprovechando la momentánea ausencia del camarero; la mesa estaba puesta de antemano, y el *menu* era el mismo de aquel día.

—Todo está igual—dijo ella mimosa, asomándose con él a la ventana.

—Casi todo, hija mía. Mira ese árbol de junto a la tapia; aquel día estaba frondoso, hoy... se ha secado.

—¡Mientras no nos sequemos nosotros!

—Aquel día hacía más calor.

—Es que era en Octubre.

—Sí, ya me acuerdo; el dieciséis.

—Nos faltó un detalle.

—¿Cuál?

—Grabar la fecha con la punta de un cortaplumas en cualquiera de estas paredes, como hacen los novios cuando suben a un faro o a la torre de una iglesia.

—Hubiera sido una tontería.

—¿Por qué?

—Porque luego hubiera venido el dueño de esto, y al enlucir las paredes con cal se habría llevado al cuerno la fecha.

—Eso sí.

—Llegaba el camarero con la fuente del arroz; ocuparon sus puestos en la mesa, lo mismo que el día aquel...

—Oiga usted—preguntó Javier al sirviente—: ¿hace mucho que está usted en la casa?

—Por Navidad va a hacer un año.

—Y, dígame: ¿en ese tiempo ha servido usted a mucha gente en esta habitación?

—¡Anda!... ¿Cómo quiere el señorito que yo lleve la cuenta?...

—Bueno; pero, vamos, hagamos un cálculo: todos los días vendrá alguna pareja, ¿no?

—Casi todos.

—Pero, en cambio, habrá épocas en que vendrán varias en un día.

—¡Ya lo creo! En verano hay veces en que a las diez de la mañana se ocupa la habitación, y en cuanto salen unos, entran otros, y así hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

—Es decir, que para no equivocarnos, podemos calcular en cuatrocientas el número de parejas que visitan al año este local..

—¡Ya lo creo!

—Fíjate, Maruja: cuatrocientas. Y multiplica ahora por tres, que es el número de años que hace que nosotros estuvimos, y tendrás mil doscientas parejitas que han estado aquí después que nosotros.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Nada, un simple cálculo para pasar el rato.

Miró al sitio donde antaño estuvo el diván, y donde hogaño había una amplia butaca de respaldo muy inclinado.

—¡Pobre mueble, y qué bien ganada te tienes la jubilación!

Atacaban ya el arroz con excelente apetito. El camarero volvió a salir para asuntos de servicio. Javier aprovechó el momento para decir:

—Oye, que no se entere este hombre, porque le serviría de disgusto y parece buena persona.

—¿Qué?

—Con sinceridad: ¿es ilusión mía, o este arroz no sabe tan bien como el de hace tres años?

—Lo he notado y no he querido decirlo.

—Sabe un poco a pegado.

—Y además los cangrejos deben ser de lata.

—¿Cómo de lata?

—Quiero decir que son de conserva; que no son frescos...

—Ya, ya...

—Veremos si en los otros platos tenemos más fortuna.

—Veremos...

—Como esté dura la carne del bisté, y el pescado esté picante, me parece que se nos va a agriar un poco el aniversario.

VIII

A los postres, Maruja le preguntó de pronto:

—¿Y tu libro?

Era la primera vez que le planteaba la cuestión—la torpe y grosera cuestión de la conducta de él—en toda la mañana.

—¿Mi libro?... Bueno, gracias. Ya lo he comenzado...

—¡Ah!, ya... ¿Y cuándo lo acabarás?

—No sé; eso depende...

—¿De qué?

—¿Cuándo terminas tú con Ramón?

—Cuando él quiera.

—Me gustaría más que fuese cuando quisieras tú. Pero ya veo que tenéis espíritu de esclavas.

—Y desgraciada la que no lo tenga. Mira, debo contarte, para tu especial satisfacción, que resultaste profeta en lo que a Ramón se refiere.

—¡Ah, vamos!

—Sí, hijo, si a mí no me duelen prendas. Ramón va a casa borracho como una cuba casi

todos los días; yo tengo que soportar sus bajezas, sus groserías...; algunas veces hasta sus golpes. Me trata como una criada a quien se paga bien y a quien se le exige por ello que justifique el salario que gana; pero, fuera de eso, yo no puedo quejarme de él.

—¡Fuera de eso!

—Sí, Javier, sí; fuera de eso. Me da más dinero que ninguno; me deja que yo haga lo que quiera; no es nada celoso; no me pide nunca cuentas de nada... Ayer mismo, y por cierto que no estaba borracho, me dijo que se había empeñado en que yo fuera la mujer de más postín de Madrid y que no pararía hasta conseguirlo. «Así—dice—, el día que yo te deje podrás permitirte el orgullo de desollar a los que vengan detrás con más pretensiones.»

—¡Vaya, que has encontrado tu segundo padre!

—Poco menos; raro es el día que va a casa y no me lleva un regalo como este.

Enseñó al joven una sortija que llevaba en el anular de la mano izquierda, de platino, con seis brillantes y seis perlas en cruz.

—¿Tanto dinero ha heredado?

—Mucho; pero al paso que lleva conmigo, dentro de un par de años calculo yo que estará lo mismo que antes.

—Menos mal.

—Él dice, con toda ingenuidad, que a mí lo único que me falta para ser una mujer célebre de veras es haber arruinado a alguno.

—Ves tú: en eso le doy la razón. En vuestro

oficio, la que no ha tenido maña para dejar pidiendo limosna a un cordero, por lo menos, es una infeliz. Y la infelicidad es entre vosotras la virtud que más cara se paga.

—Dice Ramón que él quiere ser ese hombre; que así me acordaré siempre de él y le deberé el título más alto de mi rango de mujer famosa... Ahora que yo, a pesar de todo eso, si tú quieres le dejo mañana mismo.

—¡Maruja!

—Hoy mejor; desde aquí le escribo una carta diciéndole que se meta su dinero en el forro del chaleco, y nos marchamos tú y yo a París para una temporada larga.

—¿Serías capaz?

—Haz la prueba. Esta noche, a las ocho, en el sudexpreso podemos marcharnos; yo, con media hora que pase por casa tengo bastante para dejarlo todo arreglado, y supongo que a ti no te hará falta más tiempo.

—¿A mí?... De esa media hora me sobran veinticinco minutos. Pero, Maruja, ¿estás hablando en serio?

—Mira, Javier: tú a mí no me conoces ni me conocerás nunca; si dijera que quiero huir contigo porque estoy enamorada de tí, no diría más que una majadería. No se trata de eso; yo no me he enamorado nunca de nadie, y no sé si compadecer o envidiar a la que se enamora de verdad.

—Las dos cosas.

—Pero también te digo que te necesito a mi lado como un consuelo, como un descanso,

como algo que me da fuerzas para seguir en la brecha: lo he visto estos días en que me has dejado sola. No puedo; yo sola, abandonada a la vaciedad de mi profesión, tendría que acabar por retirarme de ella. Por eso te digo: decide tú; si para seguir a mi lado necesitas que Ramón se marche, se marchará en seguida; pero como él no había de querer irse así, de pronto, lo mejor será que huyamos de él nosotros. De manera que... tú dirás...

Javier se levantó de la mesa, fué a apoyarse en la ventana y encendió un cigarro, dando al sol la columnilla del humo; quería, por lo visto, que el tabaco le inspirase una contestación. Al cabo de un rato, en el que reinó el silencio, habló el muchacho:

—Mira, Maruja: a mí Ramón Ledesma me ha sido siempre muy antipático, tú lo sabes. Sabía de él que era un borrachuzo incorregible, y, además, y esto me parecía a mí lo más grave, que tenía el feo vicio de ponerle la mano encima a las mujeres, por diversión más que por otra cosa. Por ello te aconsejé que no le hicieras caso, y estaba decidido a no transigir con él, habiendo transigido ya—¡ay!—con tantos otros. Ahora veo que vosotras a eso de los palos no le dais importancia y que le perdonáis fácilmente a un hombre que os ponga la mano encima como si fuerais bestias. ¡Qué quieres que yo te diga!... Otras cosas os molestan más que una bofetada o un puntapié; éstos se diría que os gustan...

—No tanto...

—Poco falta; yo, que no le he puesto nunca la mano encima a una mujer, quizá porque eso no me proporciona ningún deleite, no me explicaba bien que pasarais tan fácilmente por eso; me quedaba por aprender ese capítulo; ya lo he aprendido, y verás cómo no se me olvida... No; yo no me voy; no es menester que Ramón se vaya tampoco de tu lado. Viviremos los dos sobre el país en el mismo terreno, ya que, según me dices, a él tampoco le importa.

—Absolutamente.

—Yo no quiero aceptar la responsabilidad de separarte de un hombre que está dispuesto a ser tu Providencia. Lo único que pido es que lo arruines pronto; será mi única venganza... Pero, mientras tenga dos pesetas, sigue con él; tienes razón, ¿qué vas a hacer?... ¡Si es tu oficio!

—Claro.

—Ahora que, no te enfades por lo que voy a decirte; es mi justa reciprocidad. Yo, para ganarme algunos cuartos, voy a escribir, y luego a publicar, el libro aquel de que te hablé en mi carta de despedida.

—¿Mi historia?

—Tu historia sola es poco para un libro; escribiré la tuya y la mía también. Ya ves que me ofrezco en holocausto; y aunque dicen que los pueblos jóvenes no tienen historia, tú y yo, que no somos viejos todavía, tenemos ya nuestra pequeña historia. Y, no temas, yo te aseguro que no saldré mejor parado que tú; procuraré cargar en mi contra todas las tintas.

Se levantó Maruja para abrazarle:

—Pero, no te vas, ¿verdad?

—Claro que no; ahora ya no puedo aunque quisiera. ¿No ves que tengo que continuar mi historia?

—No me importa; puede que el libro me sirva de reclamo. Lo único que te pido es que le cambies el título.

—No veo en ello inconveniente. En vez de *El nido de La Paloma*, le pondremos *Entre guarros anda el juego*. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Pues no hay más que hablar. Se hará el libro; ¡qué quieres!, yo también tengo mi oficio.

¡Pícaro oficio! Oficios los dos—el de ella y el de él— de pícaros, entre los cuales andaban siempre mezclados algunos tontos, pero éstos prosperaban poco. Oficios que imprimían carácter, como el sacerdocio y la milicia, y en los cuales, una vez metido, no había más que sucumbir a todas sus picardías, o salirse de ellos para siempre. Y todas las bajezas, todas las infamias que dentro de ellos se cometían, se excusaban siempre con una frase, que parecía ser la absolución de toda culpa. «¡Qué quiere usted! ¡Es mi oficio!»

—Oye—volvió a decirle Maruja—, lo único que te pido es que el libro, nuestro libro, procures hacerlo bonito.

—Lo procuraré; no será la vida de *Romeo y Julieta*, porque yo no soy Shakespeare, pero mejor que tomar mis argumentos del mundo de mi fantasía, prefiero tomarlos de la realidad

que yo conozco, aunque haya de pisotearla un poco. ¡Como hombre de pluma, tengo ese derecho!... ¡Hombre de pluma... como los cuervos o los gansos!

—Oye, ¡qué lástima! Hoy no hay música; no podemos bailar como aquel día.

—Es verdad; aquel día, aunque lejano, se oía el *chotis* que marcaba el organillo. ¿Por qué no sonará hoy?

—Ya, ya; sí que está el día soso.

—Mira, aquellos se van de merienda junto al río. Son dos parejas... ¿Será la primera vez, como nosotros hace tres años?

—¡Quién sabe! Van muy juntos para que no sea así.

—¡Hola! Uno de ellos lleva una guitarra.

—Van a tener música; tienen más suerte que nosotros.

—Sin embargo, si los cuatro se agarran a bailar, ¿quién va a tocar la guitarra? Va a ser un problema.

—Es verdad.

—Ves tú, he ahí las ventajas de la música mecánica, que no quieren ver sus detractores; si esos chicos dispusieran ahora de un gramófono, le daban cuerda, y... ¡zumba que es tarde!

Se miraron los dos y se cogieron por la cintura.

—Mira, Maruja, el que no haya música no debe ser una razón para entristecernos. No todas las situaciones de este mundo son musicables, aunque se empeñen en lo contrario los autores de operetas. Ven conmigo; con música

o sin ella, no debemos hacerle a esta butaca el desaire de no aceptar sus servicios.

—¡Qué cosas tienes!

—¿No ves que nos llama, Maruja? ¿No ves que nos espera con los brazos abiertos?

—¡Cuatrocientas parejas por año!

—Mientras haya muebles como estos no hay peligro de que muera la raza... Anda; celebremos el dieciséis de Octubre. ¡Tu día!

FIN



